El tesoro perdido

Según la leyenda, "la dote española" era un tesoro repleto de joyas y monedas de oro.

A finales del siglo XVII, Maggie Verrere contrajo nupcias con Sir Edric Neville en un intento de sus padres por unir a ambas familias. Pero ella se fugó a Estados Unidos con otro hombre, y la dote desapareció. Los Verrere y los Neville se habían peleado y odiado desde entonces.

Ahora, ciento cincuenta años después, otra mujer de la familia Verrere pretendía encontrar la dote. Descubrirla era la única esperanza de Cassandra Verrere de proporcionarles un futuro a sus hermanos pequeños... Y a sí misma. Por desgracia, necesitaba la ayuda de un Neville. Pero confiar en uno de ellos era algo inconcebible.

Prólogo

Según la leyenda, "la dote española" era un tesoro repleto de joyas y monedas de oro. A finales del siglo XVII, Maggie Verrere contrajo nupcias con Sir Edric Neville en un intento de sus padres por unir a ambas familias. Pero ella se fugó a Estados Unidos con otro hombre, y la dote desapareció. Los Verrere y los Neville se habían peleado y odiado desde entonces. Ahora, ciento cincuenta años después, otra mujer de la familia Verrere pretendía encontrar la dote. Descubrirla era la única esperanza de Cassandra Verrere de proporcionarles un futuro a sus hermanos pequeños... Y a sí misma. Por desgracia, necesitaba la ayuda de un Neville. Pero confiar en uno de ellos era algo inconcebible.

Prólogo

La puerta de la habitación se abrió con suavidad y entró un hombre. Llevaba una vela que apenas penetraba la oscuridad. Se acercó sigilosamente hasta la cama, pero la mujer que yacía sobre ella no pareció advertir su presencia. Se detuvo, algo desconcertado. Había imaginado que la encontraría despierta. Se detuvo, algo desconcertado. Había imaginado que la encontraría despierta y que se giraría hacia él para darle la bienvenida con la misma efusividad que había mostrado horas atrás. Arrimó la vela a la cama y la llama iluminó su cabello, suelto y extendido sobre las sábanas y la almohada. Era ese cabello dorado lo que había llamado su atención por la tarde, más que la perfección de sus facciones.

Dejó la vela, la apagó de un soplido, se descalzó y gateó sobre la cama hacia la mujer. Que no dijo nada. Resultaba extraño que se hubiera ido a dormir sin más después de haberlo citado para medianoche. Se le ocurrió que estaba simulando dormir, quizá porque pensara que él lo encontraría excitante. Debía reconocer que

tumbarse junto a su cálido cuerpo, indefenso, dócil e inconsciente, tenía algo bastante intrigante.

Hundió la cabeza en el fragante cabello de la mujer y la rodeó con un brazo delicadamente. Luego le retiró el cabello y posó los labios sobre su nuca con ternura.

La mujer exhaló un suspiro trémulo, y él sonrió contra su piel. Recorrió su cuello beso a beso hasta encontrar una oreja. Le mordisqueó el lóbulo mientras introducía una mano bajo las sábanas. Las apartó y descubrió que llevaba puesto un camisón de algodón. Una prenda recatada que le pareció, sin embargo, mucho más excitante que otras mucho más provocativas. Le entraron ganas de reír. No había supuesto que la joven fuese tan sabia y experimentada. Quizá lo pasara mucho mejor de lo que había pensado en un principio.

Conquistó su cuerpo con las manos mientras seguía lamiéndole la oreja. Le acarició los pechos y las caderas por encima del camisón. Dejó que sus dedos jugaran sobre sus muslos, su estómago. Comenzó entonces a besarle el cuello, le desabrochó los primeros botones del camisón, y, al mirar un segundo sus turgentes senos, sintió una excitación abrumadora. Inclinó la cabeza y le besó los hombros.

La respiración se le aceleró, apretó el cuerpo contra el de ella y frotó de arriba abajo su redondeado trasero. Deslizó una mano por su abdomen y luego bajó hasta el vértice de sus piernas. Ella gimió, separó los muslos, entregada. Había algo tremendamente excitante en esa aceptación silenciosa, en el modo en que la respiración se le iba entrecortando. Movió los dedos rítmicamente, apretando y soltando, recorriendo sus labios menores sobre la tela, y obtuvo la recompensa de un segundo gemido, que pareció nacer de lo más profundo de ella.

Cerró los ojos y avanzó a besos por su piel hasta llegar a una de sus mejillas. La mujer se giró hacia él, levantó los brazos, le rodeó el cuello mientras el hombre la besaba, azotado por el deseo.

Le subió la falda del camisón por encima de los muslos, le acarició con delicadeza, fue subiendo hasta sentirla húmeda y mojarse los dedos con el rocío perlado de su feminidad. La mujer se estremeció cuando notó que tocaban su región más íntima, pero luego se movió, instándolo a que siguiera rozándola, celebrando las maniobras de aquellos dedos tan sabios.

La necesidad latía en sus ingles. Quería saborearla y tocarla por todas partes. No había imaginado algo así al aceptar la invitación de Joanna, la hija de la señora Moulton. Le había parecido una descarada y, en un principio, había pensado que no acudiría a la cita. Al final, una vaga inquietud lo había hecho salir de su habitación para entrar en la de Joanna. Y ahora...

Ahora, al tocarla y aspirar su aroma, no estaba encontrando la pasión vulgar y premeditada que había esperado. El calor de su cuerpo, el modo en que ella lo besaba y gemía y suspiraba, hablaban de una falta de experiencia más excitante que... NO recordaba haber sentido algo tan intenso entre los brazos de una mujer nunca.

Abandonó su boca y descendió hasta los pechos temblorosos. La mujer se arqueó para pegarse a él, que empezó a chuparle los pezones.

Gimió, movió las caderas agitada y, de pronto, notó una sacudida. Gritó. Abrió los ojos de par en par y él la miró a la cara, sonriente y lleno de orgullo. Entonces vio el desconcierto de la mujer, el horror que asomaba a sus ojos... y descubrió que la mujer que hacía debajo de él no era Joanna Moulton.

Capítulo 1

Cassandra estaba embriagada de placer. Nunca había experimentado algo así. Había tenido sueños agradables desde el momento en que se había quedado dormida. Andaba por su casa, la vieja mansión de Chesilworth, y no por la de su tía, en mejor estado pero menos hogareña. Su padre seguía vivo y estaba leyendo en la biblioteca. Ella entraba en un dormitorio iluminado por velas, pero, de pronto, estaba fuera, frente a una parra verde y fresca. Una brisa soplaba y el sol brillaba y le calentaba los hombros.

El placer la inundaba mientras el viento jugaba con su cuello y sus mejillas. Era consciente de que no llevaba ninguna prenda encima, pero, sorprendentemente, no parecía importarle. Ahora estaba junto a un hombre, que la acariciaba y la besaba una y otra vez. Notaba sus labios sobre la boca, una cálida humedad entre las piernas, las cuales apretaba, como intentando atrapar el placer que allí sentía.

Se aferraba a él, sentía sus manos por todo el cuerpo, gemía y movía las caderas instintivamente, buscando algo sin saber el qué. Entonces, un placer intenso estallaba en su interior...

Cassandra se estremeció y abrió los ojos de par en par. Estaba despierta. Y un hombre al que jamás había visto estaba tumbado encima de ella, mirándola a la cara.

Por un momento, se quedó contemplándolo con una estupefacción sólo comparable a la que veía reflejada en el rostro atónito del hombre. Cuando el cerebro empezó a funcionarle, sintió pánico, tomó aire para gritar... pero el hombre le tapó la boca con una mano y la empujó hacia el colchón con firmeza.

Era más fuerte que Cassandra, pero ella no era de las que se rendía, y contaba con la ventaja de que él tenía una mano ocupada tapándole la boca. Empezó a darle puñetazos en los hombros y en la espalda, hasta que el hombre logró agarrarle las dos muñecas con una sola mano.

Cassandra estaba asustada, no entendía por qué estaba asaltándola un señor tan rico y poderoso como Sir Philip Neville.

-¡No grite! -susurró él-. Le aseguro que no quiero hacerle daño. La soltaré si me promete que no gritará.

Cassandra lo miró y asintió con la cabeza. Philip vaciló un par de segundos y luego fue apartando la mano con la que le cubría la boca poco a poco.

-¡Maldita sea!, ¡vaya lío! —dijo Philip mientras se apartaba de Cassandra-. No es usted la que me estaba esperando.

-Se lo puedo asegurar -replicó ella, al tiempo que se incorporaba-. ¿Y en qué habitación pretendía colarse? -añadió con sarcasmo.

-No me iba a colar en ningún sitio -repuso Philip con orgullo-. Estaba aceptando una invitación.

-Por supuesto. Debería habérmelo imaginado- dijo Cassandra con sequedad-. Estoy segura de que Sir Philip Neville estará acostumbrado a recibir invitaciones para entrar en el dormitorio de muchas mujeres.

-Es usted una mujer muy rara -comentó Neville.

-Eso dicen.

-Debería sentirse más... violenta en una situación así -agregó él.

-¿Lo preferiría? -contestó Cassandra-. No acierto a ver de qué me serviría ponerme histérica.

-No he dicho que fuera a servir de algo. Sólo que me parece más... normal.

-Será que no soy una mujer normal. Es lo que siempre me dice mi tía. Y que por eso no cazo ningún marido. Aunque yo creo que eso tiene más que ver con el precario estado de nuestras finanzas.

Sir Philip la miró fascinado. Nunca había conocido a una mujer que hablara con la franqueza de Cassandra. De hecho, le costaba mucho conversar con una mujer sin que esta tratase de coquetear con él de inmediato. Había descubierto que tener unos ingresos superiores a ciento cincuenta millones anuales era un afrodisíaco potentísimo.

-Volviendo a la cuestión inicial -prosiguió Cassandra-. ¿Se puede saber por qué está en mi habitación?

-Debo de haberme equivocado al venir -lamentó Neville. Luego encendió la vela que había dejado a los pies de la cama y sacó una nota del bolsillo para releerla-. Aunque es bastante claro: la quinta puerta a la derecha a partir de las escaleras. ¿No es esta la quinta puerta?

-Sí -contestó Cassandra. Se puso de rodillas y miró la nota por encima del hombro de él. Se quedó asombrada al reconocer la descuidada caligrafía de su prima-. ¡Dios!, ¡es la letra de Joanna!

-Sea discreta, por favor. Arruinaría la reputación de esa mujer si esto llegara a saberse -le pidió Sir Philip.

-Creo que es mi reputación la que está en juego, dado que ha acabado usted en mi habitación.

-Estoy seguro de que es lo suficientemente inteligente como para no hablar de esto con nadie, y dado que yo no tengo intención de revelarlo, está claro que su reputación está a salvo.

-Por supuesto que voy a callarme -respondió Cassandra. Extendió entonces la mano y le arrebató la nota que Joanna le había escrito a Sir Philip-. Ahora lo entiendo: no decía la quinta puerta, sino la cuarta. Siempre ha tenido una letra horrible... En fin, no se preocupe por la reputación de ... la chica. No voy a mancillar a mi familia, contándole a todo el mundo que Joanna se cita con hombres clandestinamente. Es mi prima, por si no lo sabe.

-¿Su prima? -Neville estudió el rostro de Cassandra-. ¡Qué raro! No recuerdo haberla visto con ella.

-Suele ocurrir -contestó Cassandra con naturalidad. Después de todo, estaba acostumbrada a que su bella y coqueta prima le hiciese sombra siempre.

A los veintisiete años, Cassandra sabía que se le había pasado la edad de casarse y que nunca había tenido éxito con los hombres. Por una parte, porque no se le daba bien coquetear y no tenía el menor interés en aprender a hacerlo. Por otra, porque sus facciones carecían de la perfección de una auténtica belleza. Sus pómulos eran demasiado prominentes, el mentón demasiado firme, y tenía una boca más ancha de lo normal. Incluso sus ojos, que era lo que más le gustaba de ella, eran de un gris sereno, menos apreciados que otros colores.

Así que, pasado un año de su presentación en sociedad, había terminado desistiendo, sin que el hecho de no lograr casarse la hubiese disgustado apenas. En realidad, sólo se había esforzado para complacer a su familia. Como siempre, necesitaba dinero desesperadamente, y habría accedido a decir sí, contra su voluntad, si se hubiese presentado un candidato adecuado. Pero no había encontrado a ningún hombre durante el año de su presentación y si era sincera, se alegraba de haber regresado al seno de la familia, en Chesilworth, soltera y sin apenas probabilidades de casarse nunca. Disfrutaba criando a sus hermanos pequeños y con la conversación de su padre, y si algo faltaba en su vida, aparte de dinero, no lo había llegado a sentir. En las reuniones, se sentaba junto a las madres que vigilaban las travesuras de sus hijos, y en los últimos dos años, hasta se había habituado a cubrirse el pelo con un pañuelo, como asumiendo su condición de solterona.

Con todo, debía reconocer que le había dolido un poco que Sir Philip ni siquiera se hubiera fijado en ella y sí en Joanna.

-Estaba usted ocupado mirando a otra persona -prosiguió Cassandra finalmente.

-Ya veo -dijo Neville. Bajó la mirada hacia el camisón de Cassandra, aún sin abrochar, y se preguntó cómo era posible que no hubiese reparado en ella.

Cassandra descubrió su desnudez, se ruborizó rabiosamente y comenzó a abrocharse el camisón. Era lo peor que le había ocurrido nunca. ¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara? Ningún hombre se había asomado más allá de su escote y, de pronto, ese desconocido la había visto con la intimidad de un marido. ¿Qué hacía con la mitad de los botones desabrochados? Cassandra pensó en las salvajes emociones de su sueño, en el calor de su vientre. ¿Qué había ocurrido?, ¿había sido un sueño o la habían acariciado de verdad?.

Lo miró con las mejillas encarnadas. Se sentía violenta, pero Cassandra Verrere no le tenía miedo a la verdad.

-¿Qué ha pasado? Aquí, esta noche -le preguntó-. He soñado... cosas extrañas. ¿Eran reales? ¿Qué es lo que he hecho?

-No ha hecho nada, tranquila -le aseguró Sir Philip-. He entrado en su habitación, me he acercado pensando que era usted Joanna y... la he abrazado. Luego... la he besado. Y se ha despertado.

-¿Eso es todo?

-Por supuesto -Neville enarcó las cejas-. ¿Qué más podía haber pasado?

-Nada -contestó Cassandra con alivio-. ¡Qué extraño! Me siento como aletargada.

-Ha sido un día agotador.

-Sí -no había sido una jornada tan cansina físicamente, pero era cierto que hablar con todos los invitados de la fiesta que estaba ofreciendo Lady Arrabeck desgastaba mucho-. Creo que es mejor que se marche.

-Si, tiene razón -Neville salió de la cama y avanzó hacia la puerta, seguida por Cassandra.

-Espere, será mejor que mire yo antes, no vaya a ser que haya alguien en el pasillo -dijo ella.

-Bien pensado -concedió Sir Philip. Cassandra abrió la puerta una rendija, miró... y volvió a cerrar de inmediato-. ¿Qué pasa?

-No salga -susurró ella-. ¡Está mi tía!

-¿Qué hace ahí?

-No tengo ni idea.

De pronto oyeron que llamaban a la puerta... pero no a la de Cassandra, sino a la de al lado.

-¡Joanna! -bramó tía Ardis-. ¡Abre la puerta! ¡Soy tu madre! ¡Te exijo que abras la puerta!

-¿Su tía acostumbra a despertar a todo el mundo en mitad de la noche de esta manera?

-No -Cassandra denegó con la cabeza, asombrada-. No se me ocurre a qué puede deberse esto. Suele estar dormida a las diez.

-¡Joanna!

Cassandra descorrió el cerrojo y abrió la puerta lo justo sólo para ver a su tía. Era una mujer grande, con un trasero enorme que sobresalía como la proa de un barco cuando se ponía faja. Como en esa ocasión, a pesar de que llevaba un camisón rojo y estaba en zapatillas. Cassandra notó que no se había deshecho el moño. ¿Por qué estaría tan enojada?

-¡Joanna! ¡Te digo que abras! ¿Quién está ahí dentro contigo? ¡He oído voces!

-¡Dios!, ¿crees que nos habrá oído? -susurró Cassandra.

En ese momento, la puerta de Joanna se abrió.

-¡Chis!, ¡es muy pronto! -replicó esta-. ¡Todavía no está aquí!

Tía Ardis se quedó boquiabierta y miró horrorizada a su hija. Se estaban abriendo las puertas de todo el pasillo y sus respectivos inquilinos asomaban la cabeza adormilados, furiosos o intrigados.

-¿Se puede saber qué ocurre? -preguntó el Coronel Rivington-. ¿A qué se debe este escándalo?

-Eh... -balbuceó tía Ardis.

-Lo siento mucho -dijo Joanna-. Por favor, perdone a mi madre. Sólo estaba...

-Preocupada -completó tía Ardis cuando recuperó la voz-. Oí que Joanna estaba llorando en sueños y...

-Tenía una pesadilla -aseguró esta-. Una pesadilla horrible.

Cassandra cerró la puerta y se giró hacia Sir Philip, frunciendo el ceño, atónita.

-¡Qué extraño! ¿Por qué estarán...? -detuvo la pregunta al ver la expresión disgustada de Neville-. ¿Qué pasa?

-Ahora lo entiendo -dijo él con acritud-. Me sorprendió mucho la actitud de la señorita Moulton esta tarde. Debería haberlo sospechado.

-No comprendo. ¿De qué está hablando?

-Del plan de su prima. Y de su tía. Me citó para que fuera a su habitación a medianoche. Y luego le dijo a su madre que armase un escándalo para despertar a todos con sus gritos.

-¿Quiere decir que lo sedujo para que su madre lo sorprendiera en una situación comprometedora con Joanna? -preguntó Cassandra-. ¿Por qué iba a querer arruinar la reputación de su propia hija?

-Querida mía, dudo mucho que la preocupara su reputación... si a cambio de la deshonra obtenía mi dinero y mi apellido.

-¿Insinúa que... querían obligarlo a que se casara con Joanna? ¡No puedo creérmelo! -pero sí podía. Bastaba con pensar un segundo para comprenderlo. ¿Por qué había armado tanto ruido su tía si no con el propósito de conseguir testigos? ¿Por qué, si no, estaba despierta su tía a medianoche, con la faja todavía puesta y el pelo recogido?-. ¡Claro!, ¡por eso me sentía adormilada! Tía Ardis debe de haberme puesto algún somnífero esta noche. Debería haber imaginado que estaba tramando algo cuando ha entrado con un vaso de leche caliente. Quería que estuviera profundamente dormida, para que no pudiera oírlo entrar en la habitación de Joanna.

-Exacto. Por suerte, no he entendido la caligrafía de la señorita Moulton. De lo contrario, me habría visto obligado a convertirme en el marido de su prima.

-¡Qué vergüenza! Le pido disculpas por el comportamiento de mi familia, Sir Philip. No puedo imaginarme qué las ha llevado a actuar así.

-Con el tiempo he descubierto que el brillo del dinero provoca comportamientos extravagantes.

-Pero eso no justifica... tamaña falta de principios. Lo siento, lo siento mucho -los ojos le brillaban con lágrimas de rabia y de vergüenza-. Debe pensar que somos horribles.

Neville sonrió, tomó una mano de Cassandra y le besó el dorso con suavidad.

-Querida mía, no creo en absoluto que usted sea horrible. De hecho, casi me ha devuelto mi fe en el hombre.

El roce de sus labios sobre la piel causó una excitación inusual en Cassandra, la cual recordó el estado febril y frenético en que había despertado. Tragó saliva y se apartó.

-Voy... a ver si todos han vuelto ya a sus dormitorios -abrió la puerta una rendija y, viendo que no había nadie, sacó la cabeza y miró a un lado y otro del pasillo-. Se han ido todos -le dijo a Sir Philip.

-Entonces me despediré de usted -repuso él. Sonrió y le hizo una reverencia-. Gracias por una velada de lo más interesante, señorita Moulton.

-Yo... -Cassandra se detuvo. Pero no era ese el momento de explicar que no se apellidaba Moulton-. Sólo lamento lo que mi prima y mi tía han hecho.

-Y yo pido disculpas por... lo poco caballeroso que ha sido mi comportamiento.

Cassandra notó que las mejillas volvían a encendérsele. Se giró, volvió a comprobar que no había nadie en el pasillo y se apartó para dejar salir a Sir Philip.

Una vez a solas, se recostó sobre la puerta y suspiró. ¡Dios! ¿por qué había ocurrido todo aquello?, ¿esa noche entre todas las noches y con Sir Philip Neville?

Cassandra fue a la cama y se desplomó sobre ella. Le había costado mucho persuadir a su tía para que la llevara consigo, tras haberse enterado de que Sir Philip acudiría a la fiesta. Y ahora se había desbaratado todos sus esfuerzos, ¿Cómo podría volver a mirar a la cara a Sir Philip, sabiendo lo que Joanna había intentado hacerle?, ¿después, además, de la situación en la que se habían conocido?

Sintió una oleada de calor al recordar las cosas que había soñado: los besos profundos y apasionados, las sensuales caricias. ¿Habían sucedido de verdad? ¿los había transformado en sueños su cerebro narcotizado? Sir Philip le había dicho que no había ocurrido hada, pero quizá sólo estaba siendo caballeroso...

No, Sir Philip no había intentado protegerla al decir que no había pasado nada. Se había limitado a decir la verdad. Se había metido en su cama pensando que era la de Joanna y en seguida se había dado cuenta de que no era así. No la había estado besando y acariciando durante varios minutos antes de darse cuenta de que no la conocía.

Cassandra suspiró aliviada. Podría mirar a Sir Philip a la cara sin avergonzarse. De hecho, le había dicho que apreciaba su integridad. Y lo cierto era que necesitaba hablar con él, pues el futuro de su familia dependía de que estuviese de acuerdo con su plan.

"Mañana mismo lo haré", decidió Cassandra con firmeza. Luego se tapó con las sábanas y apagó la vela de un soplido.

Capítulo 2

Sir Philip Neville paseaba por el jardín sin apenas advertir la fragancia de las rosas. Estaba pensando en la joven a la que había conocido la noche anterior en tan extrañas circunstancias. ¡Y pensar que era pariente de las otras dos Moulton!

Le costaba encontrarle el menor parecido con Joanna. Puede que los demás consideraran más guapa a esta, pero la belleza de Cassandra era innegable. ¿Cómo no se había fijado en ella el día anterior?

No podía creer que la hermosura de Joanna lo hubiese cegado. Puede que las sonrisas y miradas descaradas que le había lanzado lo hubieran excitado, pero no lo habían descerebrado. Le aburría su conversación y, antes de aceptar su invitación, se había planteado muy en serio si merecería la pena aquella satisfacción física pasajera, si a cambio tendría que soportar el insustancial parloteo de aquella mujercita.

Pero se alegraba de haber ido, pues gracias a eso había conocido a Cassandra. Sir Philip recordó el sabor de sus labios, el roce de su tersa piel, el placer sincero que

había experimentado ella.

No era la primera mujer que sonreía y gemía para él, pero Philip nunca estaba seguro de si el placer de sus amantes era auténtico o una mera interpretación, para complacerlo.

Había heredado una buena fortuna siendo pequeño, legada por su abuelo materno. Y tras la muerte de su padre, años más tarde, había adquirido las extensas propiedades de los Neville. Aunque él sólo era barón, su familia contaba con uno de los linajes más nobles y antiguos de Inglaterra. De modo que su riqueza y su apellido lo habían convertido en objetivo prioritario de las mujeres depredadoras. Por suerte, había aprendido a cuestionar la atracción que despertaba en ellas antes de cumplir los veinte.

Pero la noche anterior no había habido engaños. La excitación de Cassandra había sido inconsciente, espontánea e indudable. El mero hecho de recordarlo hizo que volviese a excitarse otra vez.

Se detuvo y se giró para mirar hacia la casa, con esperanza de ver a la señorita Moulton de nuevo. Justo mientras aguzaba la vista tratando de localizarla, oyó una pisada por detrás.

-Sir Philip, volvemos a encontrarnos -oyó decir a una mujer.

Era su voz. Se giró hacia ella. Era más alta que muchos hombres, esbelta, de pechos firmes, apetecibles, aunque escondía su cuerpo bajo un vestido marrón y ocultaba su cabello con un sombrero de paja, cuyas anchas alas le ensombrecían el rostro.

-¡Señorita Moulton!, ¡qué agradable sorpresa! Mis paseos matutinos suelen ser muy aburridos, pero estoy seguro de que usted me lo amenizará -Sir Philip le ofreció un brazo-. ¿Me acompaña?

Cassandra aceptó, sonriente. Lo había visto unos minutos antes y había estado dando vueltas, haciendo acopio de valor para hablar con él. Cuando por fin lo había abordado, el corazón le había dado un extraño vuelco ante la sonrisa que Sir Philip le había dedicado.

Procuró no hacer caso de cómo le latía el corazón mientras dejaban atrás un emparrado y salían a la parte trasera del jardín.

-No me apellido Moulton -le comunicó Cassandra.

-Disculpe, lo había dado por supuesto. Como su tía se apellida Moulton...

-Por supuesto. Pero ella es la esposa del hermano de mi madre.

-Entiendo. ¿Cómo se llama entonces?

Se acobardó en el último segundo y se limitó a responder:

-Cassandra.

-Cassandra -repitió Sir Philip, cuyos ojos marrón dorado destellaron al son de su sonrisa.

-Pero mis hermanos me llaman Cassie -añadió esta.

-¿Y cómo se llaman sus hermanos, si me permite la indiscreción? -quiso saber él.

-Mi hermana se llama Olivia. Y los gemelos, Crispin y Hart -respondió Cassandra.

Se estaban aproximando al laberinto y apuntó hacia él con la barbilla-. ¿Entramos? Lo recorrí ayer y conseguí salir. Hay una fuente preciosa en el medio.

-Sí -respondió Sir Philip con voz rugosa, ante la perspectiva de pasear entre las altas y verdes paredes del laberinto, a solas con Cassandra-. Buena idea.

-Es bonito... aunque no muy difícil. El que teníamos en casa era complicadísimo. Era muy fácil perderse, hasta para nosotros. Una vez, cuando Hart y Crispin eran pequeños, entraron y nos costó horas dar con ellos. Papá amenazó con cerrarlo, pero lo convencí de que se limitara a bloquear la entrada hasta que fueran mayores.

Lo que no le contó a Sir Philip fue que en los últimos años habían descuidado el laberinto, porque no tenían dinero para seguir pagando a un jardinero.

-¿Dónde está su casa?

-En el condado de Gloucester, cerca de Faitbourne. En realidad, vivimos con tía Ardis desde que papá murió. No está muy lejos de nuestra casa, pero la echamos de menos -Cassandra sonrió y añadió con convicción-. Aunque las cosas van a cambiar pronto. Y entonces podremos volver a nuestra casa.

Entraron en el laberinto y empezaron a doblar esquinas. Aislados por sus verdes paredes, parecía que estaban en un mundo aparte.

-No le he dicho mi apellido -dijo Cassandra después de pasear unos segundos en silencio.

-No, no lo ha hecho -repuso él, intrigado.

-Pues, como decía, no me apellido Moulton... sino Verrere.

-Una Verrere desleal -dijo Sir Philip en broma.

-Un Neville despiadado -respondió ella con los brazos en jarra.

-¿Y qué quiere una Verrere de un Neville?

-Sé que hace años que nuestras familias están...

-¿Enfrentadas?

-Creo que es una palabra demasiado fuerte -repuso Cassandra-. Hace más de un siglo que los Verrere y los Neville enterramos el hacha de guerra.

-Un gran logro.

-Espero que no sea tan obtuso como para echarme en cara mi apellido -lo desafió Cassandra.

-De pequeño me decían que si era malo, los Verrere vendrían por mí -Sir Philip sonrió-. Sin embargo, confío en poder contenerme en esta ocasión.

-He venido a pedirle ayuda, no en busca de pelea.

-¿A pedirme ayuda?, ¿un Verrere pidiéndole ayuda a un Neville?

-¿Tiene intención de seguir jugando a esa tontería? He venido a esta fiesta exclusivamente a hablar con usted, pero a veo que es incapaz de olvidarse de sus prejuicios.

-Disculpe, señorita Verrere- Sir Philip borró la sonrisa de sus labios-. Me esforzaré por comportarme con seriedad. Aún así, me resulta muy extraño que me pida ayuda una Verrere, y dudo que vaya a estar dispuesto a ofrecérsela.

-Espero que sea razonable. Comprenderá que es beneficioso para los dos.

-¿Qué sería beneficioso?

-Eso es lo que estoy a punto de contarle. Ah, este es el centro del laberinto. ¿Verdad que es un lugar tranquilo? ¿Por qué no nos sentamos en el banco mientras intento explicarme?

-Usted primero -dijo Sir Philip, tras limpiar el banco con un pañuelo.

-Estoy buscando la dote española -anunció entonces Cassandra.

-¿Qué?

-Seguro que ha oído hablar de ella. Es la culpable de la rivalidad entre nuestras familias.

A finales del siglo diecisiete, los Neville y los Verrere habían acordado que Sir Edric Neville se casaría con la hija de Richard Verrere, Lord Chesilworth en aquel entonces. La hija se llamaba Margaret, la cual, en vez de casarse con Sir Edric, terminó fugándose a Boston con el hombre al que realmente amaba, en la misma víspera de la boda. Había sido un escándalo enorme; entre otras razones, porque la cuantiosa dote que los Verrere habían ofrecido a los Neville también desapareció.

-¿Se refiere a la dote de Maggie la Pirata? -exclamó Philip.

-A la dote de Margaret Verrere -corrigió ella.

-Debe de estar bromeando -afirmó Sir Philip-. Todo el mundo sabe que no existe ninguna dote. Se trata de una leyenda.

-¿Una leyenda? ¿Cómo va a ser una leyenda? La dote española es real. ¿Por qué, si no, la reclamaron sus antepasados tanto dentro como fuera de los juzgados?

-No niego que Lord Chesilworth tuviera algunas joyas, pero la cantidad y su valor se han magnificado con los años. Además, ¿quién me dice a mí que de veras ofreció esa dote para la boda de su hija? Quizá todo fue una argucia para engañar a Sir Edric.

-¡Tonterías! -espetó Cassandra-. He leído la lista de bienes que formaron esa dote: esmeraldas y rubíes, monedas de oro, una estatua de oro macizo con forma de leopardo, con ojos de esmeralda y un collar de rubíes. Era una obra de arte.

-En caso de que llegaran a enviar ese tesoro a Haverly House junto con Maggie la Pirata, ésta se lo llevó consigo cuando se fugó a Boston -contestó Sir Philip-. Es evidente que Sir Edric no lo tenía, pues se lo habría reclamado a su padre de lo contrario. Y este afirmaba que tampoco lo tenía. De modo que, una de dos, o estaba mintiendo, o Maggie la Pirata se lo llevó cuando se fue con su amante.

-¿Le importa dejar de llamarla así? Margaret Verrere no era una ladrona, y no se llevó el tesoro español. Lo dejó en tierras de los Neville -aseguró Cassandra.

-Habla como si la conociese -observó él-. Y lleva muerta más de ciento cincuenta años.

-Ciento cincuenta y cinco, para ser más exactos -precisó Cassandra-. Pero siento como si la conociera, sí. Porque he leído sus diarios.

Sir Philip la miró en silencio unos segundos.

-La cosa se pone interesante por segundos -dijo por fin.

-Le aseguro que digo la verdad -repuso Cassandra, molesta por el tono irónico de Sir Philip-. Tengo los diarios de Margaret Verrere.

-¿Cómo se ha hecho con ellos?

-Gracias al señor Simons, Perryman Simons... tiene una tienda de libros antiguos. Se los vendió a mi padre. Por si no lo sabe, a él siempre le interesó todo lo relacionado con la dote española.

-Había oído que estaba... apasionado con el tema.

-A juzgar por su expresión, supongo que habrá oído que estaba obsesionado.. Creo que chiflado es el adjetivo habitual -dijo Cassandra-. Pero digan lo que digan, mi padre era un hombre inteligente y muy sabio. Basaba sus juicios en hechos comprobables, no en vanas suposiciones. Estaba muy informado y sabía que Margaret Verrere no era el tipo de mujer capaz de marcharse con la dote. Los Verrere siempre hemos tenido a gala nuestro sentido del honor.

-Sentido que debió olvidar Margaret cuando rompió su matrimonio y dejó plantado a Sir Edric en el altar.

-¡Estaba enamorada de otro! -estalló Cassandra-. Tenía derecho a casarse con el hombre al que amaba, en vez de someterse a un matrimonio de conveniencia. Además, puede que Sir Edric fuese rico y poderoso, pero a ella tampoco le faltaba dinero. Y mi familia no amasó sus fortunas mendigando favores -remató desafiante.

-¿Está diciendo que los Neville, sí? -Sir Philip se puso de pie, súbitamente indignado-. Siempre hemos sido astutos, pero no nos hemos rebajado a mendigar, como usted dice. Lo que ocurre es que hemos sabido invertir nuestro dinero, mientras que los Verrere son soñadores, irreflexivos, incapaces de tomar una decisión de negocios inteligente.

-Soñar no tiene nada de malo -replicó Cassandra -. Son los soñadores los que levantan imperios y crean obras maestras. Los Verrere son eruditos y se interesan más por el arte y la belleza que por el precio del té o del café.

-Ya, pero conviene saber el precio del té o del café si uno quiere seguir adquiriendo arte y belleza -contestó Sir Philip. En seguida se dio cuenta de que había sido una grosería echarle en cara a Cassandra los disparatados proyectos y fracasos de su padre-. Perdone, no pretendía...

-Claro que lo pretendía -Cassandra lo miró a los ojos-. Sé que a mi padre no se le daba bien gestionar el dinero. Ni a mi abuelo. El amor por la belleza no nos ha enriquecido. Pero me alegro de que mi padre no haya sido de otro modo. Era un hombre admirable y yo lo quería mucho.

-Tenía suerte de tener una hija como usted -concedió Sir Philip.

-Espero que él pensara lo mismo -Cassandra esbozó una débil sonrisa.

-No me cabe la menor duda. Todo el mundo sabe que Chesilworth era un hombre hogareño, amante de su familia.

-Sí, nos quería mucho -afirmó ella con la voz quebrada-. Disculpe, me temo que aún lo echo mucho de menos.

-Perdóneme, no quería...

-No, soy yo quien tiene que disculparse, por desviarme de la cuestión -atajó Cassandra, forzándose a sonreír-. Estábamos hablando de los diarios.

-Ah, sí, los diarios -Sir Philip no pudo evitar usar un tono sarcástico-. Por supuesto -añadió mientras volvía a sentarse en el banco.

-Hay siete en total. Como decía el señor Simons se los vendió a mi padre poco antes de... su muerte -arrancó Cassandra. Pero no se molestó en añadir que su padre se había gastado más dinero del que a familia podía permitirse entonces-. Después... al final fui yo quien los leyó. Y en ellos Margaret dice que dejó su dote en las tierras de los Neville. Y no sólo eso, sino que dejó instrucciones de cómo recuperarla. Si trabajamos juntos, podremos encontrar el tesoro español.

Capítulo 3

Cassandra esbozó una sonrisa triunfal y se quedó a la espera de la reacción de Sir Philip.

-Señorita Verrere, ¿no le parece demasiada casualidad que esos diarios aparezcan de pronto en Inglaterra? -le preguntó él.

-Ya me imaginaba que trabajar con un Neville sería así. ¿Es que no tiene espíritu aventurero?

-Lo que no tengo es el menor interés por los cuentos fantásticos -replicó Sir Philip-. Se trata de un truco, señorita Verrere. Los diarios, después de tantos años en Estados Unidos, aparecen en Inglaterra. Y resulta que van a parar a manos del señor Simons, que casualmente es el dueño de la librería favorita de su padre. Lo siento, pero son demasiadas coincidencias para no recelar.

-A mí no me parece tan raro. El señor Simons dijo que un estadounidense, descendiente de Margaret Verrere, le entregó los diarios. El hombre es comerciante y a veces va a Inglaterra en viaje de negocios. Cuando decidió vender los diarios, supuso que le darían más dinero aquí, ya que Margaret era inglesa -arrancó Cassandra-. Además, el señor Simons no fue el primer librero al que se dirigió. Había probado con otros antes. Simons los adquirió porque conocía el interés de mi padre por Margaret y por la dote y sabía que se los compraría.

-Señorita Verrere, me parece mucho más probable que ese Simons o algún compinche suyo escribiera los diarios, sabedores de que su padre los compraría.

-¡Sir Philip! -lo reprendió Cassandra-. Perryman Simons es un hombre respetable. ¡Jamás le habría vendido una falsificación! Y aunque lo hubiera escrito él, ¿por qué iba a poner todas esas cosas sobre la dote?

-La referencia al tesoro escondido facilitaría la venta de los diarios. Seguro que le cobró a su padre una buena suma.

-Costaron caros -reconoció ella-. Pero son documentos históricos de gran relevancia para mi familia. Papá los habaría comprado aunque no aludiesen a la dote.

-Pero el librero no podía tener la certeza de eso. Me temo que su padre fue víctima de una estafa, señorita Verrere.

-No quiero imaginarme lo que le habrá ocurrido a lo largo de su vida para convertirse en un hombre tan desconfiado -dijo Cassandra.

-Recuerde lo que ocurrió anoche y podrá hacerse una idea -replicó Sir Philip-. Me

temo que es usted la que es demasiado confiada, como probablemente lo fue su padre.

-Puede que mi padre no fuese tan desconfiado como usted, pero conocía al señor Simons desde hacía años -contestó ella.

-No me aferro a que Simons falsificara los diarios. Quizá a él también lo engañaron. Quizá el culpable fue el hombre que se los vendió a él.

-Para eso tendría que ser un falsificador tan bueno como para engañar tanto a mi padre, un amante de los libros antiguos, como al señor Simons, uno de los mejores libreros de Londres. Ninguno sospechó sobre la procedencia y el origen de los diarios. A no ser, claro, que sugiera usted que los diarios fueron falsificados hace ciento cincuenta años, para que un día alguien pudiera estafar a mi padre.

-No, en absoluto.

-Mi padre sabía mucho de libros y se habaría dado cuenta de si habían sido escritos recientemente. No creo que nadie le mereciese la pena tomarse el trabajo de realizar una falsificación tan perfecta como para engañarlo, a cambio del dinero que conseguiría. Es mucho más probable que de veras sean los diarios de Margaret Verrere.

-Me cuesta creer que una mujer deje instrucciones en su diario para encontrar el tesoro. Los diarios se escriben par uno mismo y ella ya sabía dónde estaba el tesoro.

-No dejó instrucciones específicas. Las referencias a la dote salpican los siete libros de Margaret. Pequeños detalles, alusiones indirectas. En el primer libro, por ejemplo, cuenta lo preocupada que estaba porque no sabía nada de su padre. Le escribió una carta, pero no obtuvo respuesta que indicara que la había recibido. En un momento dado, dice que en esa carta está parte del secreto para dar con la dote. Por eso se la mandó.

-Entonces, lo normal es que Chesilworth recibiera la carta, siguiera la instrucciones y encontrara el tesoro. Si no se molestó en responder luego a su hija es porque por su culpa se había mancillado el apellido de la familia.

-Sir Philip, me temo que va a ser muy complicado que colaboremos si continúa criticando a Margaret Verrere. Imaginaba que un hombre moderno sería capaz de reconocer que una mujer tiene derecho a casarse con quien quiera.

-Y me parece perfecto, pero no estoy de acuerdo con cómo manejó la situación: desposarse para huir después la noche antes de la boda no es un comportamiento muy correcto.

-Usted no sabe qué ocurrió en realidad, el miedo que tenía de su padre y de Sir Edric. Pero yo sí lo sé porque lo he leído. Tal vez no le parezca el modo más elegante de actuar, pero Margaret Verrere era una chiquilla de diecisiete años y se sentía sola y desesperada. Hizo lo único que se le ocurrió.

-Está bien -concedió Sir Philip-. Digamos que Margaret Verrere no era una persona despreciable, sino una chiquilla asustada y confundida. Digamos incluso que los diarios son auténticos. ¿Cómo pretende que encontremos la dote?

-Por lo que he entresacado de los siete libros, Margaret le envió un total de tres cartas a su padre, en las que le indicaba dónde había escondido el tesoro. Nunca

recibió respuesta, quizá porque era un hombre testarudo y no llegó a perdonarla.

-O quizá porque se enteró de que alguno de mis antepasados ya había encontrado la dote.

-No creo que sea el caso. Margaret se tomó mucho trabajo en esconder el tesoro y es muy poco probable que nadie pudiera localizarlo sin ayuda de esas cartas. Me consta que también dejó alguna pista a los Neville antes de marcharse a Boston, pero insuficiente por sí sola. Sabía que su huida había enemistado a los Verrere con los Neville, quería que nuestras familias se reconciliaran y, para ello, las obligó a cooperar en la búsqueda del tesoro.

-Así que necesita usted las cartas que mandó a su padre y luego conocer la pista que dejara en Haverly House -resumió Sir Philip, en referencia a la casa solariega de los Neville. Seguía considerándolo un invento, pero no podía evitar sentir cierta curiosidad.

-Sí. Estoy segura de que si reuniéramos toda la información, daríamos con el tesoro.

-Interesante -Sir Philip se acarició la barbilla-. ¿En qué parte de Haverly House dejó esas instrucciones?

-No estoy segura.

-¿No lo había leído en sus diarios?

-Vagamente. Al parecer, escondió un mapa dentro de un libro.

-¡Un libro! -gruñó él-. ¡Debe de haber miles de libros en la biblioteca de casa! ¿Y si lo han tirado con el paso de los años?

-Margaret no era tonta. Elegiría algún libro valioso, del que nunca quisiese desprenderse su familia.

-¿Y eso es todo lo que sabe? -preguntó Sir Philip, malhumorado-. ¿Qué está escondido en un libro?

-No especificó el título -respondió Cassandra con cautela. Contaba con más información, pero aún no sabía si podía confiar en Sir Philip.

-¡Vaya! -Sir Philip advirtió la expresión desconfiada de ella-. Así que sabe más de lo que está dispuesta a contarme.

-No esperará que le cuente todo cuando ni siquiera ha accedido a ayudarme -argumentó Cassandra-. Puedo asegurarle que seré totalmente franca una vez que empecemos a colaborar.

-Así que me propone que si acepto, iremos a Haverly House y una vez allí buscaremos un libro, aunque no sabemos cuál es, y que si por algún milagro lo encontráramos, debo ayudarla a encontrar un tesoro que está en mis tierras para entregárselo a los Verrere, ¿no es así?

-La mitad -corrigió Cassandra-. Había pensado que lo dividiéramos.

-Querida señorita Verrere, me parece a mí que este tesoro debería ser exclusivamente mío -dijo él, sólo para provocarla-. Después de todo, es en mis tierras donde espera encontrar el mapa para llegar al tesoro.

-Ya le he dicho que ese mapa no basta para encontrar el tesoro. Y soy yo quien

posee el resto de la información.

-¿De veras? -preguntó Sir Philip, asombrado-. ¿Ha encontrado alguna de las cartas que Margaret le envió a su padre?

-Bueno... todavía no -reconoció Cassandra-. Estoy registrando el desván de Chesilworth y está repleto de baúles y documentos. Estoy segura de que podremos encontrarlos.

-¿Podremos?, ¿hay una tercera parte implicada en este disparate?

-Me refiero a mis hermanos. En realidad es por ellos por lo que quiero encontrar la dote. Aunque nos quedemos sólo con la mitad, será mucho dinero y podremos dejar de vivir a costa de la caridad de nuestra tía. Crispin heredará una casa de cierto valor. Y quizá haya suficiente para ayudar también a Hart y a Olivia en el futuro.

-Veo que tiene grandes planes para ese tesoro que aún no ha encontrado -observó Sir Philip-. No crea que estoy en contra de los sueños, pero me temo que se llevará una gran decepción cuando el suyo se rompa.

-No tiene por qué romperse -replicó Cassandra-. Sabemos que Margaret no quería casarse y que huyó la noche anterior de la boda. Sabemos que tenía una dote fabulosa, que desapareció y nadie ha llegado a encontrar. Y sabemos que las dos familias se enemistaron. Lo único novedoso es la existencia de los diarios de Margaret y la posibilidad de encontrar el tesoro.

-Precisamente eso es lo que arremete a mi credulidad. Señorita Verrere, le pareceré un hombre terriblemente soso, pero me he dado cuenta de que las respuestas más simples son también las verdaderas casi siempre. Y la respuesta más simple es que Margaret Verrere se marchó con la dote y la consumió para empezar una nueva vida en Boston -sentenció Sir Philip.

-Es evidente que se niega a ayudarme -comprendió Cassandra, sumamente decepcionada-. Debería haber dado por sentado que a un Neville le parecería una estupidez todo este asunto. Nunca tuvieron espíritu romántico ni aventurero -añadió, poniéndose en pie.

-Señorita Verrere, le aseguro que no la considero estúpida. De hecho, pienso que es una mujer muy inteligente, además de bella. La admiro mucho -Sir Philip hizo una pausa y sonrió-. Y no me falta romanticismo. De hecho, albergo pensamientos de lo más románticos en este preciso instante.

Cassandra tragó saliva, incapaz de retirar la mirada de aquellos ojos marrón dorado. De pronto, tenía la garganta seca y apenas podía respirar.

-Lo único que no me atrae de usted es el proyecto que me ha propuesto -prosiguió él, al tiempo que la rodeaba por la espalda y tiraba de ella hacia su pecho.

-Sir... Sir Philip -balbuceó Cassandra, confundida.

Neville inclinó la cabeza y la besó. De repente, Cassandra recordó el lascivo sueño de la noche anterior, se le aflojaron las rodillas, se le derritieron las ingles...

Por un momento, se abandonó al placer y se olvidó del tesoro.

-Cassandra... -murmuró él entre dos besos fugaces, delicados.

De alguna manera, la voz de Sir Philip la devolvió a la realidad. Cassandra recordó

dónde estaban, lo inadecuada que era su conducta...y que aquel Neville acababa de tirar por tierra sus esperanzas de encontrar la dote.

Retrocedió un paso y le dio una bofetada.

-Le pido disculpas -dijo él, enojado, todo dignidad.

-Debería habérmelo imaginado. No ha escuchado ni una sola palabra de cuanto le he dicho. Lo único que quería era seducirme mientras estábamos a solas en el laberinto -bramó Cassandra.

-Le recuerdo que es usted la que me ha traído al laberinto para hablar conmigo en privado -protestó Sir Philip.

-¡Pero no para que me besara!

-Pues tengo la impresión de que ha respondido de buena gana a mi beso -contestó él-. Al menos, hasta que se ha acordado de que debía reaccionar como una doncella ultrajada.

-¡Váyase al cuerno! -espetó Cassandra-. ¡Ojalá no hubiese hablado nunca con usted! ¡Ojalá no lo hubiese visto nunca!

Y, tras esas ácidas palabras, se dio media vuelta y se alejó.

-¡Espere! Señorita Verrere...

Neville trató de darle alcance, pero Cassandra le llevaba una buena ventaja y sabía el camino hacia la salida del laberinto, de modo que logró dejarlo atrás. Nada más salir, se encontró con su tía y prima.

-¡Siempre corriendo! -la reprochó tía Ardis al ver el paso acelerado de Cassandra-. ¿Por qué tienes que ir siempre tan rápido? Es muy poco elegante.

-Lo siento, tía -respondió Cassandra.

-¡Maldita sea, señorita Verrere! -exclamó entonces Sir Philip.

De pronto, tanto tía Ardis como Joanna se olvidaron de la falta de elegancia de Cassandra y miraron a Neville sonrientes.

-¡Qué agradable sorpresa! -exclamó la tía.

-No resulta tan asombrosa, teniendo en cuenta que los dos estamos en la misma casa. Confío en que la señorita Moulton se sienta mejor esta mañana, después de su pesadilla -contestó Sir Philip, dirigiéndose a Joanna, la cual se quedó boquiabierta-. Buenos días -añadió acto seguido, justo antes de despedirse.

-¡Lo sabe, mamá!, ¡lo sabe! -exclamó entonces Joanna.

-Eso parece -dijo Cassandra-. Es evidente que él también se ha enterado de vuestra despreciable trampa.

-¡Se lo has dicho! -gritó su prima, indignada.

-No hacía falta -repuso Cassandra-. Cualquiera que asistiera al espectáculo que montasteis anoche puede hacerse una idea de lo que tramabais.

-¡Basta! No pienso permitir una escena en casa de Lady Arrabeck -intervino tía Ardis. Luego se dirigió a su sobrina-. ¿De verdad piensas que todos creen que nosotras... que Joanna...?

-Estoy segura de que a todos les pareció muy peculiar que anoche estuvieras gritando en el pasillo -contestó Cassandra-. Y tampoco ayuda que Joanna te dijera al

abrir que todavía no estaba ahí... quien fuera a quien esperarais.

-Tenemos que pensar qué podemos hacer -dijo tía Ardis-. No soporto quedarme aquí mientras todos nos miran pensando que nosotras... que tú...

-¿Qué organizasteis una trampa para cazar a Philip Neville? -sugirió Cassandra-. En fin, tienes razón, tía Ardis; lo mejor será que nos vayamos cuanto antes.

-Exacto -convino esta-. Nos iremos en cuanto se olvide esto un poco... ¿Pero qué le digo a Lady Arrabeck? No puedo ofenderla.

-Dile que me he puesto enferma y que tenemos que marcharnos -propuso Cassandra, sabedora de que cargarse con la culpa le parecería una idea excelente a su tía.

-Tú nunca te pones mala -objetó Joanna con vehemencia.

-Pero eso no lo sabe Lady Arrabeck -repuso Cassandra-. Claro que siempre puedes ser tú la que finja descomponerse.

-Sí, es más normal que una madre se preocupe por la salud de su hija -aceptó Joanna, a la cual le pareció romántica la idea de que su prima tuviera que ayudarla a andar. Quizá hasta acabara llevándola en brazos algún hombre apuesto-. Venga, Cassandra, deja que me apoye en tu brazo.

Cassandra suspiró malhumorada, pero se recordó que haría cualquier cosa con tal de alejarse de aquel sitio y del odioso Sir Philip. Prefería no pensar en cómo le había arruinado este sus planes. Aunque no todo estaba perdido. Seguiría buscando por el desván hasta dar con las cartas de Margaret y entonces... entonces ya vería cómo ingeniárselas para encontrar ella sola la dote española.

Capítulo 4

Joanna se tomó la farsa con tal entusiasmo, daba unos suspiros tan lastimeros, que a Cassandra le entraron ganas de abofetearla. Por supuesto, como su prima estaba tan débil fue ella quien tuvo que encargarse de hacer las maletas de las dos.

Finalmente, un hombre fornido, aunque ya maduro, la llevó en brazos hasta el carruaje. Tía Ardis y Cassandra subieron y, tras despedirse de ellas la hija de Lady Arrabeck, se pusieron en marcha.

-¿Por qué ha tenido que bajarme ese viejo? -protestó Joanna-. Y no ha venido nadie a despedirnos.

-Lady Patricia -le recordó su madre.

-Sólo es la hija solterona.

-Precisamente en lo que te convertirás tú como cometas más fallos como el de ayer -replicó tía Ardis.

-¡Fui cuando habíamos acordad! Pero Sir Philip se retrasó. No estaba ansioso por verte. ¡La culpa es tuya por no haberlo seducido!

Cassandra suspiró, miró por la ventana y procuró no prestar atención a la discusión entre su prima y su tía. Aunque aún aspiraba a encontrar la dote por su propia cuenta, la negativa a colaborar de Sir Philip había sido un severo revés para ella. Jamás había creído que fuese tan desconfiado... ¡y menos aún que estuviera más

interesado en besarla que en encontrar un tesoro!

Notó que las mejillas le ardían con el recuerdo de su boca sobre la de ella, pero se obligó a concentrarse en cómo dar con la dote española sin su ayuda. Desde el momento en que había empezado a leer los diarios de Margaret Verrere, había comprendido que aquel tesoro era la única escapatoria que tenía para sacar a sus hermanos de la casa de su tía.

Su padre había muerto sin un penique, Cassandra había tenido que vender algunos muebles para saldar sus deudas y, lo peor de todo, tanto ella como sus hermanos se habían visto forzados a abandonar Chesilworth, una casa ancestral, maltratada por el paso del tiempo y la negligencia de su padre y de su abuelo. Necesitaba infinidad de reparaciones, y sólo ellos, que estaban tan encariñados con la casa, habrían estado dispuestos a seguir viviendo allí.

Pero tras la muerte de su padre, la escasez de dinero los había obligado a irse a la casa de tía Ardis, a un kilómetro de Chesilworth. Tío Barlow era un hombre agradable, pero apenas pasaba tiempo en casa, posiblemente para evitar a su esposa.

Porque tía Ardis era una mujer avara y despótica, que sólo había acogido a Cassandra y a sus hermanos por caridad. Siempre estaba criticándolos y se aseguraba de que todo el mundo, dentro y fuera de casa, tomara conciencia del terrible sacrificio que estaba realizando, dándoles cobijo.

Joanna era más guapa que Cassandra, de modo que a aquella no le importaba la presencia de su prima. Pero Crispin y Hart tenían doce años, eran ruidosos y la incordiaban. Y Olivia se estaba convirtiendo en una joven bellísima, por lo que Joanna veía su reinado amenazado.

No había cosa que Cassandra deseara más que salir de allí y regresar a Chesilworth. Su tío era el tutor de Olivia y de los gemelos, y estaba segura de que podría convencerlo para que la dejara educarlos ella, si tuviese el dinero con qué hacerlo. Y la dote española se lo proporcionaría.

-...no es tan buen partido -oyó Cassandra que estaba diciendo su tía, en alusión a Sir Philip.

-¿Ah, no? Creía que habías dicho que era uno de los mejores partidos de Inglaterra.

-Puede que sea rico, sí; pero no tiene un título muy alto. Sólo es barón. Además, tengo entendido que Sir Philip es muy libertino.

-¿Libertino? -Cassandra notó que se le hacía un nudo en el estómago-. ¿Quién te lo ha dicho?

-Daphne Wentworth -respondió tía Ardis, en alusión a una de las invitadas a la fiesta de Lady Arrabeck.

-¿Y ellas cómo lo saben? Seguro que no son más que rumores -lo defendió Cassandra.

-Más que eso. He oído cosas...

-¿Qué tipo de cosas?

-El tipo de cosas que dos jovencitas como vosotras no debe oír.

-Vamos mamá -protestó Joanna-. Siempre dices lo mismo.

Cassandra estuvo tentada de decir que su prima no era una criatura inocente, pero no tenía sentido enfrentarse con ella por algo tan insignificante como la fama de Sir Philip.

Puede que los rumores fuesen ciertos y, sobre todo, era absurdo salir en defensa del hombre que había tirado por tierra su s esperanzas.

Giró la cabeza hacia la ventana y continuaron el viaje en silencio.

Cassandra abrió los ojos y miró en derredor. Comprendió que se había quedado dormida, como lo estaban su prima y su tía. Corrió la cortina de la ventana y vio que ya casi estaban en casa.

El carruaje se detuvo frente a la mansión de tía Ardis y un hombre del servicio le abrió la puerta.

-Señora Moulton -la recibió el hombre, haciendo una reverencia.

Tía Ardis asintió con la cabeza por toda respuesta. Joanna bajó a continuación y Cassandra fue la última en salir.

-Hola, John -lo saludó ésta, sonriente.

-Hola señorita. Me alegra verla de vuelta -contestó el hombre con voz cálida.

Como el resto del servicio de Moulton House, John Sommers pensaba que la mansión había mejorado mucho desde la llegada de los Verrere. A diferencia de tía Ardis y de su hija, los Verrere conocían el nombre de todos y siempre tenían una sonrisa en la boca para ellos.

-¡Cassie! -la llamaron a coro los gemelos, seguidos de cerca por una chica con trenzas rubias.

-¡Crispin!, ¡Hart! -Cassandra abrazó a sus tres hermanos-. Olivia, creo que estás todavía más guapa que cuando me fui.

-¡Si sólo has estado fuera tres días! -dijo la hermana con una risilla infantil-. ¿Qué ha pasado? Habéis vuelto antes de lo esperado.

-¡Sí! Tenías que haber visto la cara de tío Barlow cuando oyó que John anunciaba vuestra llegada -comentó Crispin-. Parecía una liebre asustada.

-Ha estado en casa todas las noches desde que tía Ardis se fue. Y nos ha dejado cenar con él y hemos hablado de muchas cosas -la informó Olivia.

-¡Ha sido estupendo! -exclamó Hart-. Dice que la próxima vez que vaya de caza nos llevará con él si tía Ardis nos deja.

-¿Dejarnos pasarlo bien? ¡Ya me extraña!

-Calla, Crispin. Quizá consiga convencer a tía Ardis. Le recalcaré las ventajas de no tener a dos niños ruidosos en casa.

-¿Lo harás? -preguntó Hart, ilusionado.

-Lo intentaré. No prometo nada, pero...

-Ya, ya -comprendió Crispin, sabedor de que ni la inteligencia de Cassandra podía doblegar en ocasiones el poder de su tía.

-¿Qué tal ha sido la fiesta? -preguntó entonces Olivia.

-¿Hablaste con Sir Philip -añadió Hart, ansioso-. ¿Va a ayudarnos?

-Esperad, luego os lo cuento todo. Dejadme que salude antes a tío Barlow.

Cassandra entró en el salón, le dio un abrazo y un beso en la mejilla y, un par de minutos después, subió con sus tres hermanos a la habitación que compartía con Olivia.

-Venga, cuéntanoslo todo -le dijo ésta, una vez arriba-. ¿Por qué habéis vuelto tan pronto?

-¿Eso qué importa? Cuéntanos lo de Sir Philip y el tesoro- dijo Crispin.

-Tía Ardis y Joanna tuvieron u pequeño contratiempo -respondió Cassandra sin más-. Pero me temo que no traigo buenas noticias: Sir Philip se negó a ayudarnos.

-¡Sabía que no podíamos contar con un Neville! -lamentó Hart-. No deberías habérselo pedido.

-No pasa nada. Lo encontraremos nosotros solos -aseguró Cassandra, forzándose a sonreír-. Nos llevará más tiempo, pero no pienso rendirme. Lo primero es encontrar las cartas. Seguiré yendo a Chesilworth siempre que pueda, para registrar el desván. Una vez que consiga las cartas, podré enseñárselas a Sir Philip y seguro que entonces se convencerá de que el tesoro existe, y se decidirá a ayudarnos -añadió con más convencimiento del que sentía.

-Te ayudaremos a buscar -afirmó Crispin.

-Por supuesto -convino Olivia-. Cuando esa bruja arpía no esté vigilando, nos escaparemos a ayudarte.

-Olivia, ¡esas maneras! -le reprochó Cassandra, esbozando una sonrisa indulgente-. Sabía que podía contar con vosotros -añadió luego, emocionada.

Tía Ardis no veía con buenos ojos las visitas de Cassandra y sus hermanos a su antigua casa.

-No entiendo qué quieres hacer allí todo el día -protestó tía Ardis cuando Cassandra le anunció que pasaría el día en Chesilworth.

Cassandra le había ocultado el motivo de sus visitas a su antigua casa, pues temía que su tía lo considerase una bobada y que prohibiese a sus hermanos acompañarla.

-Intento que no se eche a perder del todo. Limpio un poco, compruebo que las cañerías estén bien...

-Deberías emplear ese tiempo en esta casa. Ahora vives aquí.

-Por supuesto, tía Ardis. Pero Chesilworth sigue siendo la herencia de Crispin. No podemos abusar de vosotros y permitir que sigáis gastándoos dinero en nosotros cuando los pequeños se hagan mayores - la manipuló Cassandra.

-Eso es verdad -dijo tía Ardis-. Pero eso de ir tan a menudo...

-Sólo cuando no me necesites, por supuesto.

Así, Cassandra y sus hermanos lograron poder escapar tres o cuatro días a la semana. Era ella la que hacía casi todo el trabajo, pues lo chicos, aunque tenían buena intención, solían distraerse con cualquier objeto extraño que encontraran, y Olivia se cansaba pronto y acababa saliendo a descansar. Pero a medida que buceaban entre los armarios y baúles del desván, iban descubriendo ropas y papeles más y más antiguos.

Cassandra tenía la certeza de que no tardarían en encontrar las cartas.

A pesar de que tal perspectiva la animaba, no siempre conseguía librarse de las tareas que le encomendaba su tía. Una mañana, después de trabajar durante varias horas, la llegada de un desconocido abortó su salida.

-El señor David Miller, señora -le anunció a tía Ardis, el mayordomo.

-¿Quién?

-Creo que es de Estados Unidos, señora. Dice que es pariente de Lord Chesilworth.

-¿De Crispin?

-Sí, señora.

Tía Ardis y Joanna miraron a Cassandra, la cual se encogió de hombros, tan asombrada como las otras.

-Nunca he oído hablar de él, tía Ardis.

-En fin, supongo que debemos verlo -dijo esta.

Un minuto más tarde, el mayordomo regresó acompañado por un hombre joven, que miró sonriente a las tres mujeres que lo aguardaban sentadas. Tenía veintitantos años, ojos azules, pelo rubio y bigote. Vestía a la moda y Cassandra lo consideró un hombre respetable y atractivo.

-Perdonen que me presente sin anunciarles antes mi visita, pero he venido a Londres por asuntos de negocios y no he podido resistir la oportunidad de conocer a mis primos ingleses. Espero que no les resulte demasiado atrevido.

-Siéntese, por favor. Soy la señorita Cassandra Verrere -se presentó esta-. Mi hermano es Lord Chesilworth, pero me temo que sigue siendo un chiquillo. Esta es mi tía, la señora Moulton, y su hija, la señorita Joanna Moulton.

-Son los Verrere con quienes guardo parentesco. Lejano, por supuesto -dijo el señor Miller tras tomar la mano de las tres mujeres, hacer sendas reverencias y sentarse-. Una de mis antepasadas era una Verrere. Ella y su marido se establecieron en Boston hace casi doscientos años.

-¿Qué? -Cassandra lo miró atónita-. ¿Cómo... Cómo se llamaba su antepasada?

-Margaret Verrere.

-¡No puedo creerlo! ¡Es increíble! -exclamó Cassandra-. Hace poco he leído sus diarios, ¿sabe?

-Espléndido -sonrió él-. Espero que le gustaran. Yo fui quien se los vendió al señor Simons. Soy comerciante en Boston y de vez en cuando vengo a Londres por asuntos de negocios. Este año fui a su librería y me dijo que se los había vendido a Lord Chesilworth, un Verrere al igual que Margaret. Me alegró enterarme de que los diarios volvían a manos de su auténtica familia y, bueno, aunque seamos parientes lejanos, pensé que debíamos conocernos.

-Me alegro mucho de que haya venido.

Joanna, a pesar del atractivo del señor Miller, había perdido todo interés en él, por tratarse de un simple comerciante.

Yo también me alegro -dijo David, sonriente-. Tenía miedo de no ser bien

recibido sin haber anunciado mi visita con antelación.

-Al contrario. Los diarios de Margaret me parecen fascinantes, como se lo parecían a mi padre. Fue él quien se los compró al señor Simons. Pero lamento decir que falleció hace unos meses.

-¿Tenemos que hablar de libros? -protestó Joanna.

-Pero, dígame -prosiguió Cassandra, haciendo caso omiso de su prima-: ¿cómo encontró los diarios y por qué decidió venderlos?

-Mi madre murió hace casi dos años. Es por ella que desciendo de Margaret Verrere. El caso es que cuando murió, empecé a revisar sus cosas y me encontré con unos baúles. Al parecer, se los había dejado mi abuela, y estaban llenos de reliquias de familia, entre las que se encontraban los diarios de Margaret.

-¿Por qué no le enseñas el jardín al señor Miller? -propuso Joanna para librarse de los dos, aprovechando una pausa de éste.

-Perdone, señorita Moulton. Me temo que estoy aburriéndola, pero me hace tanta ilusión conocer... bueno, a una especie de prima.

-Tienes razón, prima. Será mejor que le enseñe el jardín al señor Miller -accedió Cassandra, deseosa igualmente de librarse de Joanna-. ¿Le importa que continuemos allí nuestra conversación?

Miller aceptó encantado, admiró las flores del jardín, y finalmente, se sentaron en un banco.

-Cuénteme el resto -lo instó Cassandra-. ¿Leyó los diarios de Margaret?

-La verdad es que no. Les eché un vistazo, pero no leí casi nada. Reconozco que no me importa el árbol genealógico de mi familia -dijo David-. Al principio no sabía qué hacer con ellos, y un amigo me dijo que los vendiera en Inglaterra la próxima vez que viniese. Me pareció una buena idea; sobre todo, porque Margaret era de aquí. Y, como digo, después de intentar vendérselos a otros libreros, al final me los compró el señor Simons.

-Me alegra que lo hiciera -dijo Cassandra-. A mi padre lo entusiasmaron esos diarios.

Siguieron charlando un buen rato sobre Margaret, sobre lo que había sido de los Verrere en los últimos años, y cuando Cassandra le dijo que la casa de Margaret era la misma en la que había vivido ella hasta la muerte de su padre, Miller le preguntó si podía ir a verla.

Fueron esa misma tarde, acompañados por los gemelos y Olivia, los cuales ametrallaron a David con preguntas sobre Estados Unidos y el barco en que había ido a Inglaterra.

-¿Vas a ayudarnos a encontrar el tesoro?

-¿Qué?

-Se refiere a algo que aparece en los diarios -explicó Cassandra.

-¿De veras?

-Hay un tesoro y en los diarios pone cómo encontrarlo -dijo Crispin-. Estamos buscando una carta con un mapa o unas instrucciones.

-¡Qué emocionante! Lástima que no pueda quedarme mucho tiempo para ayudaros. Tengo negocios pendientes y me marcho dentro de una semana. Aunque quizá pueda prolongar esta visita una segunda noche... ¡Si es un castillo! -exclamó de pronto el señor Miller al ver Chesilworth-. En Estados Unidos no se ven cosas así. Es majestuoso. Seguro que lo echáis de menos.

Cassandra asintió, aunque no era la grandeza lo que echaban de menos, sino el hogar en el que había crecido con su familia. Le enseñaron Chesilworth por completo, ruinas incluidas, y regresaron la tarde siguiente a registrar el desván. Finalmente, Miller prolongó su visita una tercera noche, tras la cual acabó marchándose, muy a su pesar.

Después, la rutina se reinstauró en Moulton House. Cassandra sustituía a tía Ardis al frente de la casa y se acercaba a Chesilworth a la menor oportunidad.

Una tarde, una semana después de que el señor Miller se fuera, estaban los cuatro hermanos en el desván. Hacía mucho calor y tanto los gemelos como Olivia estaban cansados. También Cassandra estaba agotada. Le dolía la espalda y estaba sedienta.

Entonces oyó a su prima, que estaba subiendo por las escaleras y la llamaba con voz alegre.

¿Qué hacía allí Joanna?, se preguntó asombrada Cassandra. Se giró hacia la entrada del desván y vio que entraba un hombre.

-Buenos días, señorita Verrere -la saludó jovialmente Sir Philip Neville.

Capítulo 5

-¡Sir Philip! -exclamó Cassandra.

-Señorita Verrere, es un placer verla de nuevo -repuso Neville.

Cassandra era consciente de que estaba sudando, estaba llena de polvo y despeinada.

-Es... una sorpresa, Sir Philip. No esperaba volver a verlo, menos aún aquí.

-Volvía a casa y me pareció que Dunsleigh sería un lugar agradable para hacer una parada -explicó él.

Pero Cassandra sabía que Dunsleigh no estaba de camino a Haverly House. Era obvio que mentía y que había ido para hablar del tesoro.

-Por favor, disculpe mi apariencia -murmuró Cassandra cuando Neville se acercó.

-No hay por qué disculparse. Está usted fabulosa, como siempre.

-Yo... permítame que le presente a mis hermanos -dijo ella, azorada-. Mi hermano Crispin, Lord Chesilworth, y su hermano gemelo, Hart. Y esta es mi hermana, Olivia Verrere. Chicos, os presento a Sir Philip Neville.

-¡Qué calor hace aquí! -se quejó Joanna-. Cassandra, no entiendo cómo lo aguantas. Te juro que yo me desmayaría.

-Ve abajo si lo prefieres. Allí se está más fresco -respondió Cassandra.

-Sí -Joanna esbozó una dulce sonrisa y se dirigió a Sir Philip-. Será mejor que

volvamos a casa. Cassandra y los chicos se unirán a nosotros cuando hayan terminado.

-Gracias por su interés, señorita Moulton -contestó Sir Philip-. No deje de irse a casa si se encuentra mal. Pero yo me quedaré aquí. Parece que a la señorita Verrere le puede venir bien un poco de ayuda.

-¿Los va a ayudar a limpiar el desván? -preguntó Joanna, atónita.

-Si eso es lo que están haciendo, sí.

-Pero.... no puedo volver sola a casa -protestó ella.

-Su mozo espera abajo.

-Sí, pero no es lo mismo. Quiero decir...

-Si te da miedo volver con Jessup -sugirió Olivia, toda inocencia-, puedes esperarnos abajo. Estoy segura de que terminaremos dentro de unas horas, ¿verdad, Cassie?

-Sí -confirmó ésta-. Creo que es una excelente idea.

Joanna lanzó una mirada fulminante a sus primos, elevó los bajos del vestido, sacó un pañuelo, limpió mínimamente el polvo de un baúl y se sentó encima.

-¿Por dónde empezamos, señorita Verrere? -preguntó Sir Philip.

-Por... acabo de terminar con este baúl, e iba a empezar con el de al lado. Si quiere, puede ocuparse de aquél -contestó Cassandra, indicando hacia un baúl que había en el otro extremo.

-Por supuesto -pero se acercó al baúl que había justo junto a Cassandra.

-¿Ha decidido creerme por fin? -le preguntó ella.

-Nunca desconfié de usted, señorita Verrere. Pero pensaba que la habían engañado.

-¿Y qué le ha hecho cambiar de opinión?

-No estoy diciendo que exista ningún tesoro, ni que vayamos a encontrar esas cartas que supuestamente nos conducirían hasta él -contestó Sir Philip en voz baja, para que Joanna no pudiese oírlo-. Digamos, simplemente, que no lo descarto del todo de momento.

Lo cierto era que seguía pareciéndole una idea absurda, pero se había aburrido en la casa de Lady Arrabeck tras la marcha de Cassandra, en cuyos grandes, grises e inteligentes ojos no había podido dejar de pensar.

-Estoy segura de que pronto se convencerá de que lo que digo es cierto -afirmó ella-. En cuanto lea los diarios de Margaret, no le cabrá la menor duda.

Siguieron vaciando los baúles, inspeccionando el contenido de todas las cajas y desdoblando todos los vestidos, para asegurarse de que las cartas no estaban dentro.

-¿Se puede saber qué hacéis? -gruñó Joanna. No comprendía a Sir Philip en absoluto. Se había llevado una gran alegría cuando el mayordomo había anunciado su visita, convencida deque había ido a verla a ella.

Pero no había parado de preguntar por Cassandra y no entendía por qué seguía con ésta en el desván de Chesilworth, tirado entre baúles viejos y riéndose con su prima de cosas a las que Joanna no le veía la gracia.

-¿Qué estás buscando entre estos trastos? -insistió Joanna, dirigiéndose a su

prima.

-Se me ocurrió que podría encontrar algo interesante -repuso Cassandra con vaguedad.

-Pero estás haciendo que Sir Philip se ensucie.

-No me importa, señorita Moulton -aseguró él-. Me estoy divirtiendo mucho.

Y lo curioso era que de veras se estaba divirtiendo. Nunca lo había hecho y le resultaba muy entretenido explorar los objetos antiguos del desván, compartir con Cassandra el interés por aquellas cartas y escuchar fragmentos de los diarios de Margaret.

-Este calor es insoportable. Me bajo -resolvió Joanna, harta del comportamiento de Sir Philip.

-Muy bien, Joanna -dijo Cassandra en tono amistoso-. Lo que tú prefieras.

-Buenos días, señorita Moulton -se despidió Neville sin más, distraído por un pequeño fajo de cartas, amarilleadas por el paso del tiempo, que había visto en una esquina del baúl-. Cassandra -susurró él, llamándola por su nombre de pila, a pesar de lo poco que se conocían.

Esta se giró y sintió que el corazón se le disparaba al agarrar el fajo de cartas. Luego, nada más ver la caligrafía de los sobres, suspiró decepcionada.

-Es la letra de Edna Verrere -informó Cassandra.

-¿Otra vez? ¡qué pesada! -refunfuñó Crispin-. Creía que de verdad habías encontrado algo.

-No, me temo que las cosas de estos baúles son demasiado recientes todavía -comentó Cassandra.

-¿Por qué no nos saltamos unos cuantos hasta llegar a los más antiguos? -propuso Sir Philip.

-Ya lo habíamos pensado. Pero, por desgracia, no están en perfecto orden.

Siguieron registrando cuanto iban encontrándose en los baúles. El mozo de Joanna los interrumpió en dos ocasiones, para comunicarles el deseo de esta de regresar a casa, pero no pararon de buscar hasta que el sol dejó de entrar por las ventanas del desván y se hizo imposible continuar trabajando.

Una vez afuera, el mozo de Joanna les acercó los caballos. Esta montó con ayuda del mozo, pero Sir Philip dijo que iría paseando, llevando al caballo de la rienda, dado que los Verrere irían todos a pie.

Cuando llegaron a Moulton House, se encontraron casualmente con tía Ardis, la cual estuvo a punto de desmayarse al ver el aspecto con el que llegaba Sir Philip.

-¡Santo Cielo! ¿No... no quiere pasar? -le ofreció ella, tratando de no pensar en lo mucho que se ensuciarían de polvo sus sillas si Sir Philip se sentaba en una de ellas.

-No, no. Debo regresar a donde estoy alojándome. Necesito cambiarme y tengo allí toda mi ropa -se excusó él.

-¿Entonces no se queda con nosotros? -preguntó tía Ardis, desencantada.

-Imposible. Pero les prometo que mañana les haré una nueva visita -dijo Sir Philip.

Luego, cuando éste se hubo alejado, tía Ardis entrelazó las manos sobre su regazo en aparente éxtasis.

-¿Podéis creerlo? Sir Philip Neville en Dunsleigh... ¡y sin más propósito que visitarnos! -exclamó eufórica-. Joanna, ha sido maravilloso. No podía separarse de ti.

-Seguro que se ha marchado por tu culpa, Cassandra -la acusó su prima-. Se habría quedado a cenar por lo menos si no le hubiera dado miedo que lo cazaras y lo pusieses a trabajar otra vez.

-Yo creo que tenía miedo de otro tipo de trampas -replicó Cassandra, lanzándole una mirada desafiante.

-¿cómo te atreves? -gritó Joanna, indignada-. Está claro que Sir Philip ha venido porque no aguantaba más tiempo lejos de mí. Espero que no te estés engañando, pensando que ha venido a verte a ti.

-Yo no me engaño, tranquila -contestó Cassandra sin alterarse-. Y ahora, si me disculpáis, tengo que darme un baño.

Y se marchó, dejando a Joanna con la palabra en la boca, mirándola alejarse con desconfianza.

Sir Philip regresó al día siguiente a primera hora. Tía Ardis no se molestó en comunicárselo a Cassandra, de modo que ésta no se enteró de que estaba allí hasta que Olivia entró corriendo a su habitación para decírselo.

-¡Esa mujer es una bruja! -exclamó ésta, enfurecida-. Está intentando apartarlo de ti cuando sabe de sobra que no es a Joanna a quien ha venido a ver.

-No creas -Cassandra trató de apaciguar a su hermana-. Seguro que tía Ardis piensa que Sir Philip está aquí por Joanna. Ya sabes cómo estima la belleza de su hija. En cuanto ve a una persona con pantalones, ya piensa que está enamorada de Joanna.

-Tiene una capacidad increíble para engañarse -convino Olivia-. Y estoy segura de que no te ha anunciado la llegada de Sir Philip adrede.

-Ya sabemos que a nuestra tía no le gusta compartir -comentó Cassandra-. Pero creo que esta vez ha dado con alguien que está todavía más acostumbrado que ella a salirse con la suya. Y dado que, como sabemos, Sir Philip no ha venido aquí porque arda en deseos de ver a nuestra querida prima, será interesante ver qué sucede -añadió sonriente.

-Eso es verdad -dijo Olivia-. Es un hombre atractivo, ¿verdad? -añadió mientras se sentaba en la cama junto a su hermana.

-¿Sir Philip?

-¡Pues claro! ¿de quién si no voy a estar hablando?

-Es atractivo -respondió Cassandra, sin aparentar especial interés.

-¡Vamos, Cassie! -exclamó la hermana-. Todavía no eres una vieja solterona, por más que intentes disfrazarte como si lo fueses. Y sir Philip también lo sabe -sentenció Olivia.

Entonces llamaron a la puerta y una de las doncellas asomó la cabeza:

-La señora Moulton quiere que baje al salón, señorita Verrere -anunció Janie- He

oído que cierto hombre pregunto por usted -añadió, sonriente.

-Gracias, Janie -Cassandra intercambió una mirada cómplice con su hermana y se levantó para bajar.

Poco después, Sir Philip pareció aliviado al verla entrar en el salón.

-Señorita Verrere, me alegra ver que está bien.

-Sí... ¿por qué no iba a estarlo?

-Su tía me ha dicho que quizá se encontraba algo indispuesta -replicó él con ironía, mientras se acercaba a Cassandra, para tomar su mano y hacerle una reverencia.

-No, tía Ardis -Cassandra sonreía a su tía-. Te agradezco que te preocupes por mí, pero estoy perfectamente, igual que cuando bajé a desayunar.

-Estaba contándole a su tía y a su prima lo mucho que me entretuve ayer en Chesilworth -comentó Sir Philip-. Me gustaría mucho volver.

-¿De veras? Entonces podríamos acercarnos esta misma tarde -sugirió Cassandra.

-Me encantaría.

-Sir Philip, le aseguro que hay infinidad de lugares mucho más interesantes que esa casa destartalada -terció Joanna-. Habrá visto que se está cayendo a trozos.

-Si, admiro las casas antiguas -contestó Sir Philip con suavidad-. Nada me fascina más que las cosas con historia.

-De veras, Sir Philip, estoy segura de que hay un sinfín de excursiones que le resultarían más enriquecedoras y agradables -insistió Joanna, la cual pasó lista a las distintas actividades que podían realizar por los alrededores.

-Me ofrece usted opciones tentadoras, señorita Moulton. No sabía que Dunsleigh tuviera tantos atractivos -replicó él con una sonrisa cortés-. Sin embargo, esta tarde iré a Chesilworth con la señorita Verrere. Ahora, si me disculpan, tengo que ocuparme de un par de asuntos antes de la excursión a Chesilworth de esta tarde. Lamento tener que retirarme tan pronto -concluyó Sir Philip.

Joanna y tía Ardis procuraron retenerlo, pero Neville insistió en que debía ausentarse.

-Está bien -acabó resignándose Joanna-. Pero tiene que venir a la fiesta de mañana por la noche.

-¿Qué fiesta?

Cassandra era la primera que no tenía noticias de fiesta alguna, pero le costó no echarse a reír al ver la cara de espanto de Sir Philip.

-Poca cosa, vivimos tan retirados... no será nada grande, como la reunión de Lady Arrabeck -contestó tía Ardis.

-Una fiesta pequeña con unos pocos amigos -añadió Joanna-. Diga que vendrá, Sir Philip. Sería una desilusión tremenda para todos si no lo hiciese.

-Por supuesto -accedió él -. Me encantará asistir. Ahora, de veras, he de irme.

Le hizo una reverencia a tía Ardis, otra a Joanna, y, al llegar a Cassandra, murmuró:

-Dentro de diez minutos en la fuente por la que pasamos ayer.

-Buenos días, Sir Philip -respondió ella, sonriente-. Espero verlo pronto otra vez.

Capítulo 6

Nada más despedirse Sir Philip, Joanna y su madre empezaron a cotorrear sobre la fiesta que tendrían que improvisar para la noche siguiente, sobre la suerte de contar con un invitado tan distinguido para la cena, así como del dinero y las propiedades de Neville. Apenas notaron que Cassandra había salido de la habitación.

Había subido por los diarios de Margaret y un sombrero. Luego había bajado y salido por la puerta trasera, había cruzado el jardín a todo correr y había tomado el camino hasta la fuente.

-Señorita Verrere, llega usted a tiempo -dijo Sir Philip, sonriente-. Admiro la puntualidad en las mujeres.

-¿Quiere decir que no le importa que los hombres se retrasen?

-Creo que me he expresado mal. Debería decir que admiro a las personas puntuales -se corrigió él. Luego señaló hacia un banco de madera que había junto a un roble enorme-. ¿Quiere sentarse? Ayer vi este sitio cuando volvíamos de su casa y sospeché que quizá necesitaríamos algún punto de encuentro clandestino.

-Lo siento mucho. Le pido disculpas por mi prima y mi tía.

-Es lógico que piensen que estoy interesado en alguien. No hace falta ser muy inteligente para darse cuenta de que Dunsleigh no está camino de mi casa.

-Lo sé. Pensará que soy tonta por ocultarle mis planes a mi familia.

-En absoluto -Sir Philip tomó asiento junto a Cassandra-. Lo entiendo perfectamente, y creo que hace lo correcto. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

-¿Para ahorrarse la vergüenza cuando descubra que todo era un engaño?

-Quizá. ¿Quién sabe lo que la gente diría o haría? Hablar de tesoros transforma a las personas -Sir Philip enarcó una ceja-. Míreme a mí: jamás me habría imaginado registrando un desván antiguo en busca de unas cartas.

Cassandra sonrió y le entregó los diarios de Margaret.

-Puede que después de leerlos, justifique su extraño comportamiento.

-Debo reconocer que parecen antiguos de verdad -comentó Sir Philip tras examinar la encuadernación y hojear las páginas amarilleadas-. No soy ningún experto, pero debo decir que si estos diarios no son auténticos, ha llevado mucho tiempo y talento falsificarlos.

-Le aseguro que mi padre sí era un experto -contestó Cassandra-. Además, he conocido al hombre que se los vendió al señor Simons -añadió con una sonrisa triunfal.

-¿Qué? -preguntó Sir Philip, asombrado.

-Vino a visitarnos. Se llama David Miller y, aunque lejano, es pariente mío.

-¿Cómo lo sabe?

-Creía que había decidido no ser tan desconfiado -respondió Cassandra-. No le hice un examen de mi árbol genealógico. Me dijo que era descendiente de Margaret Verrere y no vi por qué no iba a creerlo.

-Y si sabía que eran familia ¿por qué no le vendió los diarios a su padre directamente?

-Porque entonces no lo sabía. Es comerciante y viene a Inglaterra todos los años. Tenía curiosidad por saber si el señor Simons había vendido los diarios y éste le dijo que los había comprado un descendiente de Margaret Verrere -explicó Cassandra-. Fue entonces cuando se enteró de que éramos familiares. Sintió curiosidad y vino a vernos. Creo que sus recelos son infundados, Sir Philip.

-Sí... tiene razón. Cuesta creer que estos diarios no sean auténticos. Sería una falsificación demasiado perfecta -accedió Sir Philip-. ¿Y está segura de que son de Margaret Verrere?

-Totalmente, sólo tiene que leer el principio para salir de dudas -Cassandra abrió el primer diario-. Empieza justo después de fugarse, durante el viaje a Boston.

Sir Philip empezó a leer.

-Si, es evidente que está escrito por una chica joven, con un gran sentido dramático y de intensas emociones -dijo él al cabo de un par de minutos.

-Lo que sin duda le parece censurable -contestó Cassandra. Luego abrió el diario por una página que tenía señalada con un trozo de papel-. Aquí menciona la carta a su padre por primera vez. Y abajo explica lo de su deseo de que ambas familias trabajen juntos para encontrar la dote. Y en éste otro diario dice que dejó un mapa a los Neville, escondido en El Libro de la Reina -añadió, al tiempo que abría uno de los volúmenes posteriores.

-¿El Libro de la Reina? , ¿qué es eso? -preguntó Sir Philip.

-Esperaba que usted lo supiese, dado que está en su casa.

-Que estaba en mi casa hace casi doscientos años -corrigió él-. El caso es que conservamos algunos volúmenes antiguos; sobre todo, en las estanterías más altas de la biblioteca. Siempre podemos echar un vistazo en Haverly House.

-¿Podemos? -preguntó Cassandra, que había tenido miedo de que Sir Philip quisiera proseguir con la búsqueda del mapa por su cuenta después de que ella le proporcionase las pistas para localizarlo.

-Por supuesto. Si yo registro su desván, usted me ayuda a registrar mi biblioteca -contestó Sir Philip.

-Será un placer, se lo aseguro -afirmó Cassandra, radiante.

-Sin embargo, me da la impresión de que no va a ser fácil desembarazarnos de su tía y su prima.

-Sí, no sabe cómo lo siento -Cassandra suspiró-. Me consta que no es correcto actuar a sus espaldas, pero creo que la mejor manera de manejar esta situación es continuar nuestra búsqueda en secreto.

-Es usted una mujer muy inteligente... y amable.

-¿Por liberarlo de la compañía de Joanna y tía Ardis?

-¿Le he dicho que también es increíblemente directa? -Sir Philip sonrió.

-No -Cassandra le devolvió la sonrisa-. Pero tampoco hace falta. Ya me lo han dicho otras veces.

Era absurdo estar disfrutando tanto con el comportamiento de esa mujer, pero Sir Philip no podía negar el deleite que le producía verse en secreto con Cassandra y gatear por el desván de Chesilworth junto a los hermanos de ésta, examinando todos los baúles.

-Señorita Verrere -dijo entonces con seriedad, al tiempo que le agarraba una mano-. No sólo he venido por los diarios y la dote... Quería disculparme por el modo en que me comporté en el laberinto de Lady Arrabeck.

-¿En el ...? ¡Ah! -Cassandra recordó el final de aquella conversación, el modo en que la había besado Philip.

-No tengo excusa, pero... parece que usted tiene cierto efecto sobre mí.

-¿De veras? -preguntó ella, incapaz de creer que sus encantos pudieran arrebatar a ningún hombre.

-Querida mía, esa no es forma de responder a una disculpa -Sir Philip sonrió-. Hace usted que me entren ganas de demostrarle de nuevo por qué la besé la anterior vez.

-Oh...

-No me disculpo por lo que sentí, entiéndame. Ahora... mirándola en este momento siento el mismo deseo de besarla -confesó con voz ronca-. Por lo que le pido disculpas es por haberla puesto en una situación violenta, por haberla hecho sentir que no había atendido a sus palabras y que lo único que me interesaba era... bueno, una relación física. Quería que supiera que la tengo en gran estima y que no pretendía degradarla de ninguna manera.

-Yo... -Cassandra tuvo que apartar la mirada de Sir Philip-. Acepto sus disculpas.

-Y quiero que sepa que no pretendo valerme de esta situación... de estar trabajando juntos en el desván... para aprovecharme de usted.

-Por favor... no necesita disculparse. No sería sincera si fingiera que la culpa no fue compartida -respondió Cassandra.

-Entonces, ¿no fui yo el único que se sintió atraído? -preguntó Sir Philip mientras le rozaba una mejilla con los nudillos.

-Pero el hecho de que fuese un impulso recíproco no significa que debamos permitir que vuelva a suceder -prosiguió ella-. Yo... vamos a trabajar juntos y creo que deberíamos tratarnos como dos colegas profesionales. De lo contrario, el trabajo podría resentirse y nos sentiríamos incómodos.

-Ya le he dicho que no deseo hacer que se sienta incómoda -insistió Sir Philip, levantándose del banco.

-Perfecto. Entonces, ¿quedamos en Chesilworth esta tarde?

-No, debe usted permitirme que la escolte -protestó él-. Al fin y al cabo, hoy no nos veremos en secreto.

-Es más seguro que nos veamos allí. Quién sabe lo que mi tía y mi prima podrían planear para retenerlo -le recordó Cassandra-. Además, no necesito escolta: iré con mis hermanos. Por otra parte, Dunsleigh es un lugar seguro. Olivia suele quejarse de que nunca pasa nada.

-¡Cómo no! Supongo que a la señorita Olivia le gustaría protagonizar una gran aventura -comentó Sir Philip con ironía.

-Somos una familia soñadora. Y le recuerdo que se ha unido usted a nuestro sueño -repuso ella, sonriente.

-Me temo que sin su entusiasmo.

-No se preocupe. Llegará.

Sir Philip contempló su sonrisa y experimentó un deseo casi incontenible de besarla. A pesar de que le había prometido comportarse como un caballero, no estaba seguro de cómo podría lograrlo estando tan cerca de ella.

-Entonces nos encontraremos en Chesilworth esta tarde -se despidió Neville, haciendo una reverencia-. ¿A la una en punto?

-Allí estaremos -confirmó Cassandra.

Nada más regresar a casa, Cassandra se vio arrollada por la frenética actividad de su tía, la cual tenía que improvisar una fiesta para el día siguiente: debía escribir las invitaciones, pensar en la cena, limpiar todas las habitaciones, adornar la casa con flores y demás actividades que delegaba, por supuesto en su eficiente sobrina.

Cassandra logró dar las indicaciones oportunas a tiempo para salir hacia Chesilworth sin retraso. Estaba charlando con sus hermanos, cuando vio a un hombre que estaba apuntando a otro con una pistola. Cassandra apretó el paso y vio que Jack Chumley, un antiguo vigilante de Chesilworth, estaba amenazando a Sir Philip.

-¡Chumley! -gritó ella mientras corrían los cuatro a detenerlo.

-¿Qué le está haciendo a Sir Philip? -preguntó Hart cuando llegó a la altura de los dos hombres.

-¿Conocen ustedes a este señor? -preguntó el vigilante, sorprendido-. Acabo de cazarlo merodeando por la casa. Deduje que quería colarse.

-No pretendía colarse -le aseguró Cassandra-. Le ruego que baje la pistola. Este hombre es nuestro invitado... Lo siento infinitamente, Sir Philip. NO entiendo por qué lo ha asaltado Chumley.

-Yo le diré por qué -se ofreció éste voluntariamente-. Por las cosas tan extrañas que ocurrieron aquí anoche.

-¿A qué se refiere?

-¿Nadie se lo ha contado? Todo el mundo hablaba de ello esta mañana. Ned Plumpton fue quien me lo contó a mí. La gente dice que hay fantasmas en la casa. Al principio le dije que estaba loco. Pero la señorita Brookman y el señor Farmer Crawford aseguran que vieron luces en las ventanas.

-¿Luces en las ventanas de Chesilworth? -repitió Cassandra. Miró hacia Sir Philip y vio en la expresión de éste, la misma preocupación que la azuzaba a ella.

-Sí, señorita. En las ventanas del desván sé que no eran fantasmas, sino algún vagabundo que quería colarse. Así que vine a proteger la casa y me encontré a este hombre al acecho.

-No estaba al acecho, buen hombre -protestó Sir Philip-. Estaba esperando a la

señorita Verrere y a su familia.

-Es verdad. Chumley -le aseguró Cassandra-. Aunque le agradezco mucho que haya venido a vigilar la casa por nosotros.

-Es mi deber, en memoria de su señor padre, que descanse en paz.

-Papá se sentiría orgulloso de usted. Pero ya puede volver a casa. No hace falta que siga vigilando Chesilworth. Nos quedaremos nosotros a ver si hay rastros de algún intruso -dijo Cassandra.

-¿No prefieren que los acompañe? Quizá necesiten un arma.

-Estoy seguro que quien quiera que fuese ya se ha ido.

Pero Chumley no se dio por satisfecho hasta que no inspeccionó cada una de las puertas y ventanas y encontró el cristal roto por el que habían entrado en la casa.

Luego recorrieron la planta de arriba, pero, tal como esperaban, no encontraron a nadie.

-¿Y bien?, ¿quién es? -preguntó Crispin, después de bajar todos del desván y de que Chumley cambiara el cristal roto y se despidiera de ellos.

-Puede que sólo fuese un vagabundo -dijo Cassandra-. Alguien que sólo quería un sitio donde pasar la noche.

-¿En el desván?, ¿con todas las camas abajo?

-Ya sé que es absurdo, pero no se me ocurre otra explicación.

De pronto, se le ocurrió que Sir Philip podría haber intentado localizar las cartas por su cuenta para intentar encontrar la dote sin ayuda de ellos

-¿Y su primo de Boston? -preguntó Sir Philip entonces.

-¿Qué?

-Me refiero al señor Miller. ¿No se llama así? El antiguo propietario de los diarios.

-¡No! -contestó Olivia con vehemencia-. Él nunca haría algo así. David, quiero decir, el señor Miller era un hombre muy agradable.

-De veras Sir Philip, es usted de lo más desconfiado -dijo Cassandra-. Creía que tomaba al señor Miller como al falsificador de los diarios.

-Puede que esté reconsiderando mi posición -repuso él-. Después de ver los diarios, ya le di mi parecer sobre su más que probable autenticidad. Y el hecho de que alguien se haya colado en el desván lo confirma.

-Entiendo que alguien haya venido por las cartas que Margaret le escribió a su padre -dijo Cassandra-. Pero no comprendo por qué sospecha del señor Miller. ¿Por qué habría vendido los diarios si pretendía robarnos el tesoro? Podría haberse colado en Chesilworth y en su biblioteca directamente y nosotros nunca habríamos sabido qué habría desaparecido, pues no nos habríamos enterado de la existencia de las cartas de Margaret ni del mapa que dejó en su casa -argumentó ella.

-Cierto, pero recuerde que el señor Miller es un pariente muy lejano. Puede que al encontrar los diarios no supiera quiénes eran los Verrere y los Neville, ni si todavía seguía alguno vivo o si nuestras familias se habían unido y habían encontrado ya el tesoro. Lo mejor que podía hacer era intentar venderlos in Inglaterra, esperar a ver

quién se interesaba por ellos y seguir el rastro -contestó Sir Philip.

-¿Y por qué iba a haber esperado un año? Podía haberse presentado ante mi padre hace mucho, igual que ha venido a visitarnos a nosotros -repuso Cassandra-. A mí me parece importante el hecho de que sea precisamente ahora cuando han empezado a buscar las cartas. Es como si alguien acabara de enterarse.

Sir Philip enarcó una ceja y respondió con una calma siniestra:

-¿Insinúa que soy yo el ladrón?

Capítulo 7

-Tiene lógica, ¿no? -dijo Cassandra.

-Muchísima: estoy seguro de que cualquiera confiaría en un hombre al que no conoce de nada, como David Miller, antes que en alguien a quien sí conoce, perteneciente a una de las familias más antiguas y honorables de Inglaterra y, no lo olvidemos, con tanto dinero que apenas notaría la diferencia por encontrar la dote española.

-¿Es que sólo los pobres tenemos tan pocos principios como para robar?

-Yo no he dicho eso. Sino que es más lógico sospechar de un desconocido que de mí.

-Tampoco lo conozco a usted -replicó Cassandra-. De hecho, es probable que haya hablado más con el señor Miller, pues se quedó con nosotros varios días. Y lo que sí sé es que es usted un Neville y que estos no son amigos de los Verrere. Es usted al que no le gustan las coincidencias. ¿No le parece demasiada casualidad que hayan entrado en mi casa justo al día siguiente de su llegada?

-También es casualidad que haya ocurrido una semana después de que le contara al señor Miller dónde estaba buscando las cartas que dan acceso al tesoro -contestó Sir Philip, indignado, aunque tratando de mantener la compostura.

-Cierto. Por eso quiero ser justa y no pienso acusar a nadie hasta que tenga alguna prueba para hacerlo. No me gusta especular con algo tan grave -dijo ella.

-Pues eso s justo lo que llevamos haciendo desde que hemos llegado. En realidad, no tenemos la menor idea de lo que anoche ocurrió aquí. Ni siquiera estamos seguros de que estuvieran buscando las cartas. Sólo podemos suponerlo.

-¿Está diciendo que piensa que es sólo una coincidencia¿

-No. Es una posibilidad, pero no es lo que creo -contestó Sir Philip-. Creo que alguien vino en busca de las cartas y, con un poco de suerte, quizá no las encontrara. En cualquier caso, es imprescindible que las localicemos cuanto antes, ¿no le parece?

-Sin duda. Me alegra que estemos de acuerdo en algo. ¿Nos dejamos de conjeturas y nos ponemos a trabajar?

-De inmediato -Sir Philip se quitó el abrigo y se remangó la camisa-. ¿Por dónde empiezo?

Trabajaron en silencio durante un tiempo, registrando a fondo cada caja y cada baúl, hasta que Olivia llamó la atención de todos:

-Mirad -les dijo, al tiempo que les enseñaba una falda y un corpiño-. ¿De cuándo

es, Cassandra?, ¿crees que es de un vestido de novia? -preguntó emocionada.

-Parece muy especial, desde luego -contestó la hermana mientras agarraba la falda para examinarla-. Desde luego es antigua. Puede que de los tiempos de Carlos I o Carlos II.

Cassandra miró en el baúl de Olivia y sacó un zapato de terciopelo azul, bellamente bordado, con tacón alto y cuadrado.

-¿Te imaginas llevar algo así? ¡Es enorme! -le dijo Olivia a su hermana.

-Demasiado grande para ser de una mujer. Yo creo que perteneció a algún Lord Chesilworth -respondió Cassandra.

-¿Eso? -preguntó Crispin -. Estás de broma, ¿verdad?

-La vestimenta de los hombres era mucho más colorida en aquel entonces -comentó Sir Philip-. Tengo una foto de un antepasado con un zapato muy parecido. Todo su atuendo resultaba muy florido en comparación con la ropa de hoy día.

-¿Me puedo probar el conjunto? -preguntó Olivia, ilusionada-. Por favor, Cassandra.

-Supongo que sí. Pero con mucho cuidado. Es ropa muy antigua.

-¡Me queda grandísimo! -lamentó Olivia después de que su hermana la ayudara a cambiarse tras unas cajas-. Póntelo tú. Seguro que a ti te queda perfecto.

Cassandra accedió al capricho de su hermana.

-¡Cassie...! ¡Estás preciosa! -exclamó Olivia. Luego tiró de ella para que la vieran Sir Philip y sus hermanos-. ¡Mirad qué bien le sienta!

-Sin duda -dijo Neville, comiéndosela con los ojos.

Cassandra era muy consciente del modo en que el corpiño elevaba sus pechos, de modo que quedaban parcialmente expuestos por arriba.

-Me niego a ser la única que se disfraza para ocultar el rubor de sus mejillas-. Pruébese esta capa, Sir Philip -añadió tras sacar una prenda amplia, de anchas mangas y colores muy vivos.

Sir Philip vaciló un segundo, pero accedió a probarse la capa. Cassandra contuvo la respiración.

-Sólo le falta la espada y un sombrero con una pluma -comentó-. Venga, vamos a vernos en el espejo.

Cassandra lo guió a través de los baúles y las cajas hasta un espejo situado en una de las paredes des desván. No se dio cuenta de que le había agarrada una mano par conducirlo hasta que vio sus manos entrelazadas, reflejadas en el cristal. Se la soltó de inmediato, como si quemase, y lo miró a los ojos, a través del espejo... en los cuales vio reflejada la misma llama que se había encendido dentro de ella. De pronto, deseó que Olivia y los gemelos estuvieran en Moulton House, en vez de allí, con ellos.

-Así no encontraremos las cartas nunca -dijo por fin-. Deberíamos seguir buscando.

-Cierto -aceptó Sir Philip.

-¿Y qué pasa con las demás cosas del baúl? -protestó Olivia.

-Revísalas, por supuesto -contestó Cassandra-. Es el primer baúl que

encontramos del siglo que buscamos. Pero creo que no pertenece al padre de Margaret.

Siguieron trabajando durante horas, pero, a pesar de que cubrieron buena parte del desván, no dieron con nada de Margaret Verrere ni de su padre. Cassandra se sentó sobre los talones, suspiró y se frotó el sudor de la frente con el revés de la mano.

-Me temo que debemos parar -dijo Sir Philip tras consultar la hora-. He de volver para cambiarme y estar listo para la cena de esta noche.

-¡Santo Cielo!, ¿qué hora es? -preguntó Cassandra-. ¿En qué estaría pensando? Tengo que regresar a Moulton House a preparar la fiesta.

Lo había dejado todo en marcha, pero nunca podía saber si surgiría algún contratiempo.

Se despidió de Sir Philip y corrió con sus hermanos a Moulton House. Una vez en su habitación, tras cerciorarse de que el personal de servicio había obedecido sus instrucciones, se pudo un vestido marrón que había comprado hacía ya tres años y que nunca le había terminado de gustar. Pero era el único que tenía.

En cualquier caso, Cassandra no acostumbraba a lamentarse por cosas que no podía cambiar; de modo que se puso el vestido marrón y bajó a asegurarse de que todo iba bien en la cocina y, luego, de que no hubiera ningún invitado sin nadie con quien hablar.

Al cabo de media hora, intuyó la llegada de Sir Philip. NO sabía cómo, pues nunca había sentido algo así, pero de pronto se le erizaron los cabellos de la nuca, giró la cabeza y enseguida vio que Neville la estaba mirando. El cual sonrió cuando Cassandra se acercó a darle la bienvenida.

Sin embargo, tía Ardis se interpuso y se lo llevó para presentárselo al resto de los invitados. Así, Cassandra no logró hablar con Sir Philip hasta pasada la cena. Lo cual no le importaba. No quería que su tía pensase que trataba de competir con Joanna, pues cuanto más ilusión y atención pusieran en cazar a un hombre noble y de fortuna, menos se fijarían en lo que ella tenía entre manos.

Aún así, después de la cena, tras escapar de la soporífera conversación de la hermana del señor Winton, se topó con Sir Philip.

-No he hablado con usted en toda la noche -dijo éste-. Cada vez que voy en su dirección, desaparece. ¿Intenta evitarme, señorita Verrere?

-En absoluto -repuso Cassandra mientras se escabullían hacia el pasillo-. Pero es usted nuestro invitado de honor. Todos quieren conocerlo y he creído que no debía monopolizarlo. Al fin y al cabo, ya hemos estado juntos toda la tarde.

-Aun así, podía haberse compadecido un poco de mí -contestó Sir Philip, sonriente-. Habría aliviado mucho mi aburrimiento poder mantener unos pocos minutos de conversación inteligente.

-Me halaga, Sir Philip.

-Es la verdad, señorita Verrere. Una pizca de su ingenio habría compensado la insulsa verborrea de la mayoría de los invitados.

Sir Philip no pudo evitar fijarse en el modo en que brillaban los ojos de Cassandra. Como no pudo dejar de advertir que llevaba un vestido pasado de moda. Deseó comprarle un vestido bonito y elegante, que realzara el color gris de sus ojos y se ciñera a las curvas de su esbelta silueta.

Sin embargo, ninguna mujer con principios podía aceptar que un hombre le regalase un vestido o un collar, a no ser que fuese de la familia.

-¡Por fin! -exclamó tía Ardis al localizar a Sir Philip-. ¿En qué estabas pensando, Cassandra? ¡Sólo a ti se te ocurre entretener a Sir Philip en el pasillo! Discúlpela, me temo que mi sobrina no está acostumbrada a las reuniones sociales -añadió, dirigiéndose a Neville.

-Sí -contestó éste con frialdad-. Una novedad de lo más estimulante.

-Ya lo rescato yo -dijo tía Ardis mientras lo conducía al salón de nuevo-. Pero no utilice su encanto con las chiquillas de Dunsleigh, o acabará rompiéndoles el corazón a todas -agregó sonriente.

Y, de pronto, el brillo que había iluminado los ojos de Cassandra se apagó. A partir de ese instante, ya sólo esperó a que pasara el tiempo para que la fiesta finalizase.

Cuando por fin terminó, poco después de que Sir Philip se marchara, tía Ardis empezó a comentar el éxito de la velada, recordando una y otra vez lo atento que Neville se había mostrado con Joanna.

Cassandra prefirió subir a la habitación que compartía con Olivia, la cual era demasiado joven para haber participado de la fiesta y hacía tiempo que dormía.

Se desvistió en silencio para echarse una pequeña siesta, de la que despertó al cabo de dos horas, tal como había calculado. Olivia seguía dormida, de modo que Cassandra se vistió con sigilo, abrió el cajón que había bajo la cama, sacó una manta y salió de la habitación hacia el despacho de su tío. Una vez dentro, se acercó a un armario y sacó una pistola envuelta en un paño. Llenó el cargador y se metió el arma y las balas sobrantes en el bolsillo del vestido. Cassandra nunca había usado una pistola, salvo para disparar a una diana, pero su padre la había enseñado a utilizarla por si en alguna ocasión necesitaba defenderse.

Se dirigió entonces a la cocina por una linterna y salió por fin al jardín, camino de Chesilworth.

Después de lo que Chumley le había contado, había decidido regresar allí esa noche para sorprender al intruso. Se limitaría a ocultarse tras unos árboles, a la espera de algún signo de vida. Se había llevado la manta para hacer más llevadera la sentada, y la pistola para protegerse. Aunque en un principio había pensado en enfrentarse al intruso, había terminado desechando tal posibilidad, por considerarla demasiado arriesgada, por más que estuviese armada. Sería mejor contenerse y descubrir quién estaba buscando las cartas.

Se situó tras unos árboles, extendió la manta, apagó la linterna y se sentó a esperar. No veía ninguna luz en el desván y, al cabo de un rato, los párpados empezaron a pesarle. Por más que lo intentó permanecer despierta, no pudo evitar dar alguna

cabezada...

Hasta que, de pronto, notó algo extraño, y lo vio. Un haz de luz estaba bordeando la casa. Cassandra se levantó y agarró la pistola dentro del bolsillo.

Salió de su escondite y se acercó despacio hacia Chesilworth, sin encender la linterna, pues ésta la habría delatado, como había delatado al ladrón la luz de la suya.

Aunque ya no veía ninguna luz. O el intruso había apagado la linterna o había desaparecido a la vuelta de la esquina. Seguro que estaba buscando otra entrada, dado que Chumley había sustituido el cristal roto. Cassandra deseó que no lo hubiera reemplazado, pues ello haría sospechar al intruso, el cual sabría que su allanamiento no había pasado inadvertido y quizá hasta esperara que estuviesen vigilándolo.

De pronto notó algo a la izquierda, pero antes de poder girarse, se abalanzaron sobre ella y la tiraron al suelo.

Cassandra se resistió con todas sus fuerzas, pataleando y soltando manotazos contra el agresor. Pero éste era mucho más fuerte y logró inmovilizarla.

-¡Dios! -exclamó el hombre al ver a Cassandra.

Esta se quedó sin respiración al identificar la voz de su agresor. Permanecieron callados unos segundos, mirándose a la cara, apenas visibles con la tenue luz de la linterna.

-¡Sir Philip! -Cassandra sintió como si le hubieran traspasado el pecho con un puñal-. ¿Era usted ? ¿usted era el ladrón?

Capítulo 8

-Debería haberlo sabido -maldijo Sir Philip, al tiempo que la soltaba.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Cassandra, a punto de que se saltaran las lágrimas-. ¿Por qué iba a querer robarme las cartas?

-¿Cree que yo...? -Neville emitió un sonido de disgusto-. ¡Yo no soy el ladrón! Creía que lo era usted.

-¿Yo? Eso es ilógico. ¿Por qué iba a querer colarme en mi propia casa por la noche cuando puedo entrar siempre que quiera?

-Lo que intento decirle es que no sabía que era usted cuando la derribé. Vi la luz de una linterna y deduje que era el ladrón, así que fui por él y acabé tirándola a usted al suelo.

-¿Quiere decir que estaba escondido, tratando de sorprender al allanador? -preguntó Cassandra, exasperada.

-Por supuesto. Lo decidí en cuanto su vigilante nos contó lo que había ocurrido.

-Yo estaba haciendo lo mismo -Cassandra sonrió, inmensamente aliviada-. Cuando vi la linterna, salí de mi escondite.

-¿Es que iba a enfrentarse a él? -gritó Sir Philip-. ¡Ese hombre es peligroso!

-No se preocupe. Tengo una pistola -contestó ella mientras la sacaba del bolsillo.

-¡Una pistola! ¿Y quiere que no me preocupe? Por Dios, haga el favor de apartar esa cosa.

Cassandra bajó el arma y trató de ponerse de pie, pero Sir Philip le estaba

pilando la falda.

-¿A qué esperamos? El ladrón...

-Se ha ido hace tiempo -la interrumpió Neville -. ¿Acaso cree que sigue dentro después del escándalo que hemos armado?

-No -Cassandra tiró de su falda-. ¿Le importa quitarse de encima?

Sir Philip la miró. Las palabras de Cassandra quedaron suspendidas en el aire entre los dos, como recordando la única ocasión en que el musculoso cuerpo de Neville había estado sobre ella.

Miró a Sir Philip y vio que éste tenía los ojos clavados en su pecho. Entonces recordó que había oído un desgarro al caerse, bajó la cabeza y comprobó con espanto que tenía roto el corpiño por delante, hasta la cintura, de modo que sus senos quedaban expuestos, cubiertos sólo por una camisa de algodón.

Era una situación violenta, pero no era pudor lo que sentía, sino el mismo deseo que veía reflejado en la mirada de Sir Philip.

-La deseo -confesó Neville.

Cassandra se humedeció los labios. No sabía qué decir, notaba que los pezones se le estaban endureciendo y recordó la coba de Sir Philip sobre sus pechos.

-Aquello no fue un sueño, ¿verdad? -preguntó ella con voz ronca-. Aquella noche, cuando nos conocimos...

-No -Sir Philip notaba la sangre palpitándole en las ingles-. La besé, la acaricié.

Extendió una mano y tomó la de ella. Cassandra se quedó mirando el abismo de deseo que brillaba en los ojos de Sir Philip, el cual le rozó un pecho y notó el calor de su piel aún a través de la fina tela. Cassandra no pudo protestar cuando notó las manos acariciándole los pezones desnudos con el índice y el pulgar. Contuvo el aliento, notó una llamarada en el vientre y supo que se había humedecido.

-Cassandra... -murmuró Sir Philip mientras le bajaba la camisa y miraba con avidez sus pechos, la aureola enrojecida de los pezones-. Eres hermosa -añadió mientras le rozaba las puntos con un dedo.

A pesar de sus buenas intenciones, Philip supo que le haría el amor en ese momento. Sabía que la besaría hasta que tuviese los labios hinchados y que le separaría las piernas para introducirse dentro de ella y poseerla.

La rodeó con un brazo y la apretó con fuerza, hasta que Cassandra notó la erección de Sir Philip, el cual agachó la cabeza para hundir sus labios en los de ella.

-¿Quién anda ahí? -la voz de un hombre cortó la pasión del instante-. ¡Levántense o disparo!

-¡Chumley! -susurró Cassandra, aterrada.

-¿Otra vez? -preguntó Philip, frustrado.

-¿No me oyen? -Insistió Chumley, que no había reaccionado aún pues él sí que era un poco sordo-. ¡Les digo que se levanten!

-No dispare -dijo Sir Philip mientras se ponía en pie.

-Chumley, soy yo, Cassandra Verrere -intervino ésta mientras se levantaba también.

-¡Señorita Cassandra! -repitió el vigilante, estupefacto-. ¿Pero qué está haciendo aquí? ¡He estado a punto de disparar!

Philip, al ver el azoro de Cassandra, se despojó de la chaqueta y la colocó sobre los hombros de ella para cubrirla.

-Lamento haberlo alarmado, Chumley -dijo ésta, forzándose a sonreír-. Jamás pensé que estaría aquí fuera.

-Pues claro que estoy aquí. Alguien tiene que proteger la casa, ¿no?

-Parece que todos hemos pensado lo mismo -terció Sir Philip con sequedad.

-¡Otra vez usted! -exclamó Chumley, receloso.

-Sir Philip y yo habíamos venido con la misma intención que usted -se apresuró a explicar Cassandra-. Todos esperábamos sorprender al ladrón. Pero ninguno de los tres nos avisamos de nuestras respectivas intenciones. Me temo que el delincuente ha estado aquí y se ha marchado.

-Estoy seguro de que a su padre no le gustaría verla a estas horas de la noche con un desconocido, señorita Verrere.

-Sir Philip es un buen amigo de la familia, Chumley -repuso Cassandra-. Además, he venido sola. Pero me lo he ... encontrado al llegar aquí. Se creyó que yo era el ladrón.

-Peor todavía si ha venido sola.

-Mucho peor -reforzó Sir Philip -. ¡Una mujer sola e indefensa en medio de la noche!

-Depende de la mujer ¿no? -replicó el vigilante-. Si la señorita Cassandra lleva pistola, y es una mujer inteligente, diría que el ladrón corre más riesgo que ella.

-Gracias, Chumley -dijo Cassandra-. Intentaba explicárselo a Sir Philip, pero no parecía comprenderlo. Bueno, ¿vamos a seguir discutiendo toda la noche?

Sin esperar respuesta, echó a andar hacia la parte trasera de Chesilworth, seguida por los dos hombres.

-¡Ah! -exclamó en seguida Chumley, apuntando con una linterna a las ventanas traseras de la casa-. ¡Hay pisadas recientes!

-Son de hombre -dijo Cassandra después de que los tres se acercaran a inspeccionarlas.

-De un hombre alto -añadió Sir Philip.

-Pero no muy pesado. Las pisadas serían más profundas -observó Chumley mientras iluminaba otro extremo de la casa-. Aquí hay más, señorita.

Sir Philip y Cassandra examinaron la nueva huella, perteneciente al otro pie del hombre.

No nos servirá de nada mientras no tengamos un sospechoso -comentó él.

-Pensaba que usted ya tenía uno -espetó Cassandra-. A mi pariente extranjero.

-Todavía desconfío de él -aseguró Sir Philip-. Pero dado que no sabemos dónde se encuentra el señor Miller, será difícil mirarle los zapatos.

-El hecho de que David Miller no le cayera bien no significa que sea un ladrón -replicó Cassandra.

-Tiene que ser alguien de fuera. Nadie de aquí le robaría a su familia, señorita -apuntó Chumley.

-Lo que significa que el allanador está por los alrededores -dedujo ella-. Al fin y al cabo, ha venido dos noches seguidas. ¿Dónde ha estado durante el día?

-Siempre tan sagaz, señorita Cassandra -la alabó Chumley-. Es verdad, seguro que alguien lo ha visto. Preguntaré mañana por Dunsleigh, a ver si recuerdan haberse cruzado con algún desconocido.

Había tres o cuatro huellas más alejándose de la casa, pero luego se perdía el rastro.

-El ruido lo ahuyentó -comentó Sir Philip-. ¿La acompaño a casa, señorita Verrere?

Cassandra notó que antes la había estado llamando Cassandra, mientras que ahora volvían a señorita Verrere. Claro que antes habían estado... bueno, quizá era mejor no pensar al respecto.

-Le aseguro que puedo volver sola -contestó ella.

-No me cabe duda, pero no permitiré que lo haga, habiendo un delincuente en las inmediaciones.

-El caballero tiene razón, señorita Cassandra -convino el vigilante a su pesar-. Si no va él, la acompañaré yo.

-Está bien, Sir Philip -aceptó ella, sabedora de que la casa de Chumley estaba en dirección contraria.

Luego echó a andar sin esperar a ver si éste la seguía.

Sir Philip suspiró y le dio alcance. Caminaron en silencio casi todo el trayecto. Cassandra no podía dejar de pensar en el momento en que Neville se había abalanzado sobre ella, pero prefería no sacar a relucir el tema. No podía negar que había disfrutado de sus besos y sus caricias, pero ¿qué pensaría Sir Philip de ella por entregarse tan fácilmente?, ¿qué sentía por ella en realidad? Y, sobre todo, ¿qué sentía ella por él?

Por su parte, Sir Philip se hallaba tan confuso como Cassandra. Sabía que debía disculparse por haber perdido el control y haber dado rienda suelta a la pasión... después de haberle jurado que no volvería a tocarla.

-Ya estamos llegando -dijo Cassandra minutos después-. ¿Ve la casa de mi tía entre aquellos árboles?

-Sí.

-Será mejor que el resto del camino lo haga sola. No sería bueno que alguno de los criados me vieran llegar junto a un hombre a estas horas de la noche.

-Por supuesto -aceptó Sir Philip-. Adelante. La vigilaré desde aquí para asegurarme de que llega a salvo.

-No es necesario.

-¿Quedamos en Chesilworth mañana? -preguntó él, haciendo caso omiso de la objeción.

-Sí, ¿le parece bien a la una?

-Allí estaré.

Cassandra asintió, se dio media vuelta y se marchó. Sir Philip la miró alejarse, hacerse más y más pequeña hasta desaparecer dentro de la casa. Luego suspiró y regresó hacia donde se hospedaba.

Despertó cuando llamaron a la puerta de su habitación. Cassandra deseó no haberle dicho a la asistenta que la levantara pronto. Pero sabía que el mejor modo de tener contenta a su tía era limpiar la casa mientras ella y Joanna seguían dormidas. Después tendría tiempo libre para ir a trabajar a Chesilworth.

Apartó las sábanas perezosamente, se levantó de la cama y le abrió la puerta a la doncella, que la ayudó a vestirse y le sirvió un café y una tostada para desayunar. Luego bajó para organizar al servicio, sumándose a las tareas de limpieza de vez en cuando, para que no quedara rastro de la fiesta.

Terminaron de ordenar la casa a las once, de modo que disponía de dos horas más para registrar el desván. Así que se preparó una cesta de picnic y partió hacia Chesilworth antes de que su tía o su prima salieran de sus habitaciones.

Hacía un día tan bonito que Cassandra se olvidó de lo poco que había dormido. La animaba pensar que pronto encontraría las cartas... y la idea de ver a Sir Philip de nuevo.

Se detuvo cuando divisó Chesilworth y se quedó mirándola. Se alzaba tétricamente en el horizonte, con las ventanas sin luz, y, por primera vez en su vida, Cassandra sintió un escalofrío al verla. ¿Y si el ladrón había insistido y estaba allí en esos momentos?

Se sacudió los temores denegando con la cabeza y se recordó que estaba frente a su querida casa, no ante un castillo lúgubre de una novela. Echó a andar con paso decidido y, una vez en Chesilworth, entró en la cocina, agarró una lámpara de queroseno de la cocina y se encaminó hacia el desván.

El ruido de la carcoma y el crujido de las escaleras mientras las subía le erizaron el cabello. Y aunque sabía que se estaba asustando por nada, llegó a pensar en bajar y esperar afuera a que Sir Philip llegase.

Pero no tardó en desechar tal posibilidad. Sería una cobardía y una pérdida de tiempo. Seguro que en cuanto se pusiera a trabajar, se olvidaría de todas esas tonterías.

Cuando por fin abrió la puerta del desván, comprobó que estaba vacío y que sus temores habían sido vanos. Y, tal y como había predicho, el trabajo la absorbió tanto que en seguida se olvidó de la penumbra y las sombras fantasmales del desván. Poco después, en cambio, un ruido indefinido alertó su consciencia. Alzó la cabeza, se puso de pie y empezó a andar de puntillas... h asta que oyó, ya con claridad, que alguien estaba subiendo las escaleras en dirección al desván.

Cassandra dio media vuelta y corrió sigilosamente a esconderse entre una silla y un armario alto...

Y se abrió la puerta.

Capítulo 9

Era Sir Philip.

Cassandra respiró aliviada, pero antes de salir de su escondite advirtió recelosa que Neville había llegado casi dos horas antes de la hora a la que había quedado con ella.

¿Y si se había adelantado par robarle las cartas?

-¿Señorita Verrere? -la llamó él-. Cassandra ¿está ahí?

Esta permaneció oculta sin hacer un solo ruido.

-¡Maldita sea! ¿dónde se habrá metido? -exclamó Sir Philip-. ¡Cassandra!

Sobrevino un silencio tan profundo que Cassandra tuvo miedo de que la oyera respirar. Finalmente, Sir Philip, soltó un improperio y fue hacia la salida del desván.

¡Se iba sin buscar las cartas! Cassandra suspiró satisfecha y salió de su escondite.

-Estoy aquí...

-¿Se puede saber qué hacía? -preguntó él tras darse la vuelta y verla-. ¿Por qué no respondía?, ¿estaba escondida?

-Sí -reconoció avergonzada-. Estaba sola, oí que subía alguien y... me asusté un poco.

-Lógico -contestó él-. No sé cómo se le ocurre venir sola. No podía creérmelo cuando me lo comunicó el mayordomo de su tía.

-¿Ha ido a casa de tía Ardis esta mañana?

-Sí, tenía que agradecerle la invitación de anoche y esperaba llegar pronto para que las Moulton estuvieran aún dormidas, y así poder salir y charlar con usted un rato en algún lugar menos polvoriento -contestó Sir Philip.

-Así que este sitio no le parece elegante -dijo Cassandra, sonriente, simulando una pose arrogante.

-Nada más lejos de mi intención, señorita Verrere -Sir Philip se llevó una mano hacia el corazón teatralmente-. Cualquier pieza será elegante con tal de que esté usted en ella.

Cassandra rió y volvió hacia el baúl en el que había estado trabajando. Era sorprendente lo alegre que se sentía tras haberse desvanecido sus sospechas sobre Sir Philip.

Este se aproximó hacia ella para ayudarla a buscar en el baúl. Trabajaron entre risas, amenamente, mientras se acercaban a las cajas que Olivia había descubierto el día anterior. Neville abrió un nuevo baúl y sacó un traje de hombre que, a juzgar por su estilo, podía pertenecer a Richard Verrere, el padre de Margaret.

Se arrodilló junto a Sir Philip y registraron a fondo el baúl, pero sólo encontraron ropa.

-Al menos nos vamos acercando -la consoló él-. Vamos a correr esas cosas y abrimos el baúl de ahí.

Movieron el armazón de una cama, una silla, una mesa pequeña, bajo la cual había

una caja metálica. Philip desplazó un último mueble mientras Cassandra intentaba abrir la caja. Pero tenía un cerrojo y no veía la llave.

Era el tipo de caja donde podían guardarse documentos importantes, de modo que miró en derredor, agarró el atizador de una chimenea y empezó a golpear el cerrojo, hasta que lo hizo saltar.

Encima de todo había un libro. Cassandra lo abrió y vio la fecha que aparecía en la primera página: once años después de que Margaret se fuera con su amante. Apartó el libro y alcanzó los papeles de abajo, entre los que había recibos de diversas ventas de animales, y también de algunas deudas.

Entonces, encima de un libro con más anotaciones contables, vio un fajo de cartas, unidas por un lazo negro, escritas por una letra familiar.

-Philip...-dijo mientras agarraba el fajo.

-¿Son las cartas? -preguntó ilusionado al ver la expresión de Cassandra.

-Es su letra -respondió ella con la voz quebrada-. Casi no me lo creo. ¡Son las cartas que Margaret le mandó a su padre!

-Entonces es verdad -Sir Philip parecía asombrado-. No puedo creérmelo. Los diarios, las cartas, el mapa... todo es verdad.

-¿Acaso seguía sin creerlo? -preguntó Cassandra, extrañada.

Estaban sentados bajo la sombra de un roble, frente a Chesilworth. El fajo de cartas, de nuevo atado, yacía junto a la cesta de picnic de Cassandra, cerca de Neville, que de vez en cuando las tocaba, como para convencerse de que existían de verdad.

Habían leído todas las cartas, una serie de emotivos intentos de Margaret por reconciliarse con su imperturbable padre.

-No, en realidad no me lo creía -reconoció Sir Philip-. Creo que deseaba que fuese cierto y, después de que el ladrón se colara en Chesilworth, me convencí de que los diarios eran auténticos. Pero no podía creerme que las cartas siguieran aquí después de tanto tiempo, ni que en una de ellas hubiese un mapa del tesoro.

-Una especie de mapa -corrigió Cassandra mientras sacaba el documento para estudiarlo.

-Sigue teniendo tan poco sentido como la primera vez que lo miramos -comentó él.

Había unas líneas aquí y allá, un bloque que podía representar algún tipo de edificio, una flecha. En un sitio podía leerse Little John, Había varias pistas, pero ninguna resultaba esclarecedora.

-Esperaba que fuese más concreto -comentó Cassandra-. Seguro que cuando encontremos la otra mitad podremos entenderlo todo. ¿Conoce algún sitio cerca de su casa que le llame LittleJohn? -añadió.

-Demasiados. No es una gran referencia.

-Vaya -lamentó Cassandra mientras doblaba el mapa y lo colocaba junto con las cartas-. Da igual, seguro que lo descifraremos. Me niego a desanimarme hoy, cuando por fin hemos encontrado lo que ya casi había perdido la esperanza de conseguir.

Philip se acercó. Sus cabezas casi se rozaban, sus rostros estaban a escasos

centímetros. Cassandra lo miró a los ojos y deseó que Neville la besara, pero se retiró.

-Será mejor que nos vayamos -dijo ella mientras se ponía de pie -. Hay... cosas que hacer... ahora que tenemos el mapa.

-Por supuesto -Sir Philip se levantó con desgana-. Déjeme que la acompañe. Tenemos que... concretar los detalles de su estancia en Haverly House.

El corazón le dio un vuelco ante la idea de viajar a la casa de Sir Philip, el cual agarró las riendas de su caballo y lo guió mientras paseaban hacia Moulton House.

-Por supuesto -aceptó Cassandra-. ¿Cuándo... cuándo cree que podemos ir?

-¿Cuándo puede tener listo su equipaje?

-Esta tarde -Cassandra sonrió-. No necesito llevarme muchas cosas.

Sir Philip la miró sin creérselo del todo. Jamás había visto a su madre ir a Londres sin preparar el equipaje con una semana de antelación.

Poco después, cuando llegaron a Moulton House, encontraron a tía Ardis y a Joanna en el salón.

-¡Sir Philip!, ¡qué agradable sorpresa! -exclamó tía Ardis, sonriente, levantándose a saludarlo al instante.

-¡Qué bien acompañada vienes, prima! -dijo Joanna mientras batía los párpados para sir Philip.

-Nos encontramos mientras volvía de dar un paseo -comentó Cassandra-. Sir Philip venía de camino.

-Quería darles las gracias por la maravillosa fiesta de anoche -aseveró él-. Sir Philip venía de camino.

-Quería darles las gracias por la maravillosa fiesta de anoche -aseveró él. También he venido por una carta que he recibido de mi madre esta mañana -añadió después de varios minutos alabando la excelencia de la comida y los invitados.

-¿Y cómo se encuentra su querida madre? -preguntó tía Ardis.

-Perfectamente. Me ha escrito para decirme que está encantada con que haya decidido pasar unos días por aquí de vuelta a casa. Y me ha rogado que le permita a la señorita Verrere que vaya a visitar Haverly House.

-¿A Cassandra? -preguntó tía Ardis, súbitamente pálida-. ¿Su madre ha invitado a Cassandra?

-Sí. Como sabrá, mi abuela y la abuela de la señorita Verrere eran amigas -mintió Sir Philip.

-¿De veras? -vaciló tía Ardis.

-Sí. Grandes amigas, de hecho. Mi abuela está deseando ver a la nieta de su amiga. Así que mi madre me ha pedido por favor que lleve a casa a la señorita Verrere.

-¡No puede llevarse a Cassandra! Explotó Joanna, furiosa.

-Pobre Joanna -intervino tía Ardis-. No soportaría separarse de su prima. Pero estoy segura de que la invitación de Lady Neville nos incluye también a nosotras, Joanna. Después de todo, no esperará que una joven vaya sola a una casa desconocida sin que la acompañe ningún familiar. Yo jamás permitiría que Cassandra viajara con un caballero sin carabina.

Sir Philip captó la amenaza.

-Por supuesto, señora Moulton -contestó por fin-. Me temo queme he expresado mal. Mi madre ha invitado a toda la familia. A usted y a la señorita Moulton, y también a Crispin, Hart y a Olivia. Mi abuela quiere conocer a todos los nietos de su amiga.

-¿A los niños? -tía Ardis alzó la voz sin control-. Sir Philip, debe de estar bromeando. Los niños son demasiado jóvenes.

-Doce años tienen los gemelos y catorce Olivia, según creo. Una edad perfecta para disfrutar de un buen viaje.

Cassandra tuvo que contenerse para no romper a reír ante la expresión enrabietada de su tía.

-Pero, Sir Philip, no puede... no habrá espacio suficiente en el carruaje para tantas personas -se resistió tía Ardis-. Los niños son muy ruidosos. No podría soportarlo.

-Tranquilícese, ya había pensado en eso. Usted y la señorita Moulton irán en un carruaje. Yo he venido con el mío, y hay sitio suficiente para los Verrere -contestó Neville-. Todo arreglado. ¿Cuándo salimos? ¿mañana por la mañana?

-¿Mañana? -gritó tía Ardis-. No podemos preparar el equipaje en menos de unos días.

-Yo os ayudaré -terció Cassandra-. Estoy segura de que podremos marcharnos pasado mañana.

-¡Excelente! -Sir Philip sonrió a tía Ardis-. Lo espero con impaciencia. Y ahora, si me disculpan, tengo que encargarme de mi propio equipaje -añadió. Lo que no dijo fue que tenía que enviar un mensaje urgente a su madre, advirtiéndola de la llegada de seis desconocidos durante un tiempo indefinido... e informar a su abuela de que debía fingir ser amiga de la abuela de los Verrere.

Finalmente, después de que Sir Philip se despidiera, Cassandra dejó a tía Ardis y a Joanna hablando animadamente sobre aquel viaje tan inesperado, y subió a comunicarles las novedades a sus hermanos.

Cassandra dobló el último de sus vestidos y lo colocó en el baúl. Después de hablar con los gemelos y Olivia, se había pasado el resto del día preparándose para el viaje. Había dado instrucciones al personal de servicio, había hecho el equipaje de sus hermanos y había supervisado el de su tía y de Joanna.

Ya era la hora de acostarse, pero antes quería hacer varias copias del mapa que habían encontrado. No sólo pro temor a que se perdiera, sino a que se deteriorase si andaban abriéndolo y cerrándolo con frecuencia.

Sin embargo, justo cuando iba a echar el cerrojo de la habitación, tía Ardis llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Estaba embutida en una bata de satén, tenía la cara cubierta por una crema y estaba despeinada.

-¿Puedo ayudarte en algo? -preguntó Cassandra, sorprendida.

-No, cariño. Soy yo la que viene a ayudarte

-¿A mí?, ¿en qué sentido?

-Sabes que yo sólo quiero lo mejor para ti -arrancó tía Ardis-. Por eso debo prevenirte contra Sir Philip.

-¿En qué sentido? -preguntó Cassandra.

-Puede que ya no seas una jovencita, Cassandra, pero me consta que no tienes mucha experiencia y quizá no te des cuenta de lo que Sir Philip persigue.

-¿Quieres decir que Sir Philip es... libertino? -preguntó Cassandra.

-Exacto. Sé que sueles ser una mujer sensata, pero un hombre guapo, encantador y con dinero como Sir Philip podría confundirte.

-Te aseguro que para mí no es más que un amigo -contestó Cassandra.

-Espero que así sea. Sir Philip ha sido amable contigo estos días y sé que una chica poco acostumbrada a ese tipo de atenciones podría hacerse falsas ilusiones.

-No me he hecho ningún tipo de ilusión -replicó Cassandra con voz neutra-. No creo que Sir Philip sienta afecto por mí. Tranquila.

-No me refería al afecto -insistió tía Ardis-. Algunos hombres persiguen a las mujeres aunque no sientan afecto por ellas, sólo para obtener ciertos favores.

-¿Y Sir Philip es de esa clase de hombres?

-He oído rumores...

-¿Rumores?, ¿no tienes ninguna prueba?

-Cuando los rumores se extienden será por algo. La gente dice que tiene una querida.

-Muchos hombres las tienen -lo defendió Cassandra-. Al fin y al cabo, no está casado.

-Cierto, pero he oído que va detrás de muchas mujeres, que lo pueden los apetitos más bajos -repuso tía Ardis-. En la mansión de Lady Arrabeck oí que tiene una casa en Haverly House... para sus hijos ilegítimos.

-¿Qué?, ¿no hablarás en serio?

-Muy en serio. YO tampoco me lo podía creer, pero Lady Arrabeck no lo desmintió. La señora Livenham me juró que en total son seis o siete -prosiguió tía Ardis.

-No me lo creo -contestó Cassandra, desafiante-. Puede que sea cierto que sea un hombre que se deje acompañar por mujeres de la noche, pero no me creo que sea una persona ruin, capaz de arruinar la reputación de siete mujeres.

-En ocasiones, el diablo tiene cara de ángel -repuso tía Ardis.

-En cualquier caso, él no intenta seducirme. De hecho, pasamos casi todo el tiempo discutiendo -dijo Cassandra-. Y si es tan vil y tan libertino, no entiendo por qué fomentas el trato de tu propia hija con él. ¿No te da miedo que Sir Philip intente seducirla?

-Tu situación y la de Joanna es totalmente diferente -tía Ardis soltó una risilla-. Joanna está en edad de casarse y algún día tendrá una buena herencia. Si un hombre como Sir Philip se interesa por ella y la seduce, su familia lo obligará a que se case. En fin, lo que quería decirte era eso: que cuando ya no se es tan joven, como es tu caso, y no siendo especialmente bella y sin tener dinero, un partido como Sir Philip no puede

estar interesado en casarse contigo. Menos aún cuando tienes tres hermanos sin un centavo a los que criar. Eres la típica víctima de esta clase de hombres.

-¡Me alegra saber lo que opinas de mí! Pero puedes descansar tranquila: te aseguro que Sir Philip no tiene intención de seducirme -contestó Cassandra, enfurecida, poniéndose en pie-. Me niego a creer que sea un hombre tan vil como dices, pero aunque fuera así, no me dejaría atrapar en sus redes. Respecto a mis hermanos, no a todo el mundo le parecen una carga unos chicos inteligentes y divertidos. Es obvio que a Sir Philip le caen bien, pues lo ha invitado a su casa, ¡algo que no os ha ofrecido ni a Joanna ni a ti!

-¡Lo que hay que oír! -exclamó tía Ardis, totalmente roja-. Con todo lo que he hecho por vosotros, ¿cómo tienes la desfachatez de hablarme en ese tono?

-Sólo estoy diciendo la verdad.

-Te diré una cosa: nunca atraparás a un marido mientras no controles esa lengua tan larga que tienes.

-No pretendo atrapar a ningún marido que no soporte oír la verdad.

-Espero que mañana me pidas disculpas -dijo tía Ardis, justo antes de marcharse y cerrar de un portazo.

-¡Ja! -replicó Cassandra. Aunque sabía que acabaría haciéndolo... al día siguiente. En esos momentos, estaba demasiado enojada por la advertencia de su tía.

Se negaba a aceptar que Sir Philip fuese un hombre tan malvado, capaz de ir dejando un reguero de doncellas seducidas en sus viajes. Puede que fuese un hombre apasionado, pero no perverso. ¿O sí?

Debía reconocer que el modo en que Sir Philip la había besado la otra noche no se correspondía con el de un caballero. ¿Qué habría ocurrido si Chumley no hubiese aparecido? Nada indicaba que Sir Philip se hubiera detenido.

Y, sin embargo, no podía tener tan mal concepto de él. Sir Philip no hablaba y se reía con ella y simulaba que disfrutaba con su compañía, porque estuviera intentado llevarla a la cama.

Con todo, ¿por qué otro motivo, si no, podía estar interesado en ella?

Capítulo 10

Cassandra se recostó sobre el mullido respaldo del carruaje y suspiró contenta. Había dormido poco las dos noches anteriores y le había acabado pidiendo disculpas a su tía esa misma mañana, pero al menos ya iban camino de Haverly House.

Tía Ardis había intentado por todos los medios que Sir Philip fuera en el carruaje de las Moulton, pero él se había negado, alegando que prefería dirigir su propio caballo. De haber estado dentro del carruaje, junto a Cassandra y a sus hermanos, tía Ardis se habría puesto roja de ira.

Por su parte, Cassandra se sentía a gusto en el carruaje de Sir Philip, más espacioso y lujoso que el de su tía. Lo miró con atención a través de la ventana, y de nuevo, se preguntó en qué medida sería cierto lo que tía Ardis le había contado.

Pararon a que los caballos descansaran en una posada de Chipping Norton. Nada

más apearse del carruaje, Hart y Crispin empezaron a ametrallar a Sir Philip con preguntas sobre los caballos.

Este les sugirió que le preguntaran al cochero directamente.

-¡Will! -lo llamó-. Aquí tengo a dos futuros cocheros. ¿Por qué no les vas enseñando el oficio?

-Por supuesto, señor -respondió el cochero con afabilidad-. ¿Les gustaría subir a mi asiento y ver cómo es la vista desde ahí?

-¡Sí! -exclamaron los gemelos al unísono.

-¿Yo también puedo? -preguntó Olivia.

El cochero la miró sorprendido, pero Sir Philip se adelantó:-Por supuesto, señorita Olivia. Siempre y cuando su hermana esté de acuerdo.

Esta aceptó y sonrió, agradecida porque no le hubiera negado el capricho a Olivia, la cual se unió a los chicos acto seguido.

-Gracias por dejarla montar -Cassandra sonrió a Philip-. Sé que a muchos les parecería inadecuado para una chica, pero papá y yo siempre hemos pensado que no se debe restringir la participación en unas u otras actividades en función del sexo.

-Es evidente que su padre aplicó esos principios con usted.

-Gracias, me lo tomaré como un cumplido.

-Con esa intención lo he dicho. -repuso Sir Philip, sonriente.

-¡Olivia! -gritó la tía Ardis al salir de su carruaje y ver a su sobrina-. ¡Bájate de ahí ahora mismo!

-No pasa nada, tía Ardis -dijo Cassandra-. Sir Philip les ha dado permiso a los tres. El cochero está vigilándolos.

-Pero Olivia... -tía Ardis se detuvo al llegar a la altura de Cassandra-. Mal está que Lord Chesilworth dé un espectáculo así, pero una chica...

-Lord Chesilworth tiene doce años -le recordó Cassandra-. Es normal que se comporte como un niño, por más lord que sea.

-Una chica no puede estar en el asiento del cochero.

-Soy muy progresista en cuanto a la educación de los niños -terció Sir Philip-. No creo que la participación en una actividad u otra deba estar en función del sexo que se tenga.

-Por supuesto, Sir Philip -cedió tía Ardis-. Si usted lo desea...

-¿Entramos? -propuso él-. Seguro que el posadero puede ofrecerles una habitación.

-Una idea estupenda. Viajar es agotador -comentó Joanna, la cual se recostó sobre un brazo de Sir Philip, como si hubiera ido hasta allí corriendo, en vez de sentada.

-Id vosotras primero. Creo que antes voy a pasear un rato por los alrededores -dijo Cassandra.

-Perfecto -convino Sir Philip-. Déjeme que acompañe a la señora y a la señorita Moulton y en seguida me uno a su paseo.

Cassandra notó el puñal que Joanna le clavó con la mirada. Luego, Sir Philip las

guió hacia la posada. Regresó a los pocos minutos, tras lo cual echaron a andar por la carretera principal.

-No quiero pensar en lo que su madre dirá por tener que ocuparse de todos nosotros de repente -dijo Cassandra.

-Mi madre ya está acostumbrada a mis excentricidades. Mientras no la alteren demasiado, es mansa como un cordero. Y como tenemos un mayordomo excelente, es difícil que la alteren. Y a mi hermana la encantará recibir visita.

-¿Su hermana? -se sorprendió Cassandra-. No... no sabía que tuviera una.

-¿Me cree incapaz de ello? -preguntó él, esbozando una sonrisa divertida.

-No quería decir eso. Simplemente... creí que era usted hijo único.

-Es mucho más joven que yo, quince años.

-¿Cómo se llama?

-Georgette -Sir Philip sonrió-. Te gustará. Tiene mucha curiosidad y desparpajo.

-Estoy segura de que sí -contestó Cassandra.

-¡Señor! -lo llamó uno de los mozos de la posada-. La señora Moulton dice que la señorita no debe tomar demasiado el sol.

-¿Demasiado sol? -repitió Cassandra, alzando la vista hacia el suave cielo de junio.

-Sí, señorita. Me ha pedido que le diga que vuelva.

-De acuerdo, volveremos en seguida -se resignó Cassandra, sabedora de que era una artimaña más de su tía.

-¡Sir Philip! -lo saludó Hart con alegría cuando regresaron a la posada-. Ha sido magnífico. Nos han dejado darles agua a los caballos, y Will me ha dejado sujetar las riendas.

-Nos dejó sujetar las riendas a los tres -añadió Olivia.

-Dijo que podíamos turnarnos a su lado durante el viaje si a usted no le importa -terció Crispin.

-¿Will dijo eso?

-Sí -asintió Olivia-. Dijo que hacíamos preguntas inteligentes y que nunca había visto a unos chiquillos iguales que nosotros. Eso es bueno, ¿verdad?

-Sin duda -Sir Philip sonrió-. Si a Will le parece bien, yo no tengo nada en contra.

Echaron a suertes los turnos y al final fue Hart quien tuvo la oportunidad de montar primero, seguido por Olivia y, por último, Crispin, el cual puso un gesto de nobleza obliga, como si les hubiera cedido el turno por propia voluntad.

Mientras los chicos se rotaban en el asiento del acompañante del cochero, Sir Philip ató las riendas de su caballo y entró en el carruaje. No es que compartieran un viaje íntimo, pues siempre había dos hermanos de Cassandra junto a ellos, pero al menos podía charlar sobre lo que les apeteciera y romperse el cerebro una y otra vez, tratando de descifrar el mapa y preguntándose si podrían encontrar la otra mitad.

Pararon de nuevo al llegar a Banbury. Cassandra contempló divertida cómo rodeaban Joanna y su madre a Sir Philip al tomar asiento en la mesa. Joanna lo monopolizó con su cháchara infantil, y tía Ardis cubría los escasos silencios en que su

hija se paraba a respirar. Nada más terminar de comer, Sir Philip se levantó, visiblemente aliviado, y anunció que debían apresurarse si querían llegar hacia el anochecer a casa de unos familiares.

Por desgracia, no alcanzaron tal objetivo, pues se rompió una de las ruedas del carruaje de las Moulton. Lo dejaron para que lo reparasen y se lo mandaran a casa, y tía Ardis y Joanna se sumaron al carruaje de Sir Philip. Su alegría duró poco, en cambio, pues Neville advirtió que había demasiado peso dentro y decidió salir y volver a montar su caballo.

-Cobarde -susurró Cassandra mientras Sir Philip escapaba, el cual le lanzó una sonrisa cómplice.

Ya había anochecido cuando llegaron a una casa solariega, perteneciente a los tíos de Sir Philip, Lord y Lady Philby. Esta era una mujer muy estirada, tan aburrida que hasta tía Ardis tuvo que hacer esfuerzos por disimular sus bostezos. Por el contrario, su marido era un hombre afable y sobón, que en el transcurso de la velada llegó a tocarles el trasero a las tres damas presentes. Fue un gran alivio cuando por fin se despidieron, pretextando el cansancio del viaje, y se fueron a sus respectivas habitaciones.

Sir Philip le hizo una reverencia a Cassandra delante del dormitorio que ésta compartiría con Olivia, y dijo:

-En todos los árboles genealógicos hay un par de ramas que a uno le gustaría podar, ¿no le parece?

Cassandra, a pesar de lo cansada que estaba, se echó a reír.

La torre de la catedral se alzaba h hacia el cielo en la distancia, reclamando la atención de cuantos la veían.

-Ohhh -exclamó Cassandra-. Impone más de lo que había imaginado.

Era la tarde del tercer día de viaje, pero el mero hecho de ver esa catedral compensaba todo el cansancio del trayecto.

-El mejor momento para verla es al ponerse el sol en otoño -informó Sir Philip.

-¿Cómo se llama? -preguntó Crispin.

-Ely. Antes era una isla, y las anguilas que había en el agua eran el alimento principal de sus habitantes.

-¿Podemos entrar?¿ -quiso saber Olivia.

-Tiene fama de ser muy bella -comentó Cassandra.

-Lo es. Y os prometo que un día, dentro de poco, iremos allí. No está muy lejos de Haverly House. Pero creo que hoy deberíamos continuar.

-Sí, tiene razón -convino Cassandra.

Crispin asintió. La excitación del viaje había disminuido con el paso de los días, incluso para los chicos.

Después pasaron por otra catedral, más pequeña. Cassandra no dejaba de mirar por la ventana y de deleitarse con el paisaje.

-¡Qué llanura! ¿Y qué ese montículo de la izquierda?

-Un río. Las riberas de los ríos son más elevadas que la tierra que los rodean por esta zona. Las formaron artificialmente, para evitar que los ríos se desbordaran. Antes eran pantanos, tengo entendido. Pero decidieron desaguar la mayoría en el siglo diecisiete.

-¿Por qué? -preguntó Crispin-. Me habría gustado ver los pantanos.

-Y verás alguno en nuestras tierras. Los Neville de aquella época se negaron a desaguar todos sus pantanos. Ya iremos un día cuando estemos en Haverley House -repitió Philip.

-¿Pero por qué los desaguaron? -quiso saber Crispin-. No entiendo por qué querían deshacerse de los pantanos.

-La tierra que quedó después de desaguar los pantanos era muy rica, ideal para el cultivo. En vez de tener acres y acres de pantanos improductivos, conseguimos acres y acres de tierra, que vendimos o alquilamos, que da muchos beneficios.

-¿Qué son todos esos molinos de viento? -preguntó Olivia entonces-. ¿Por qué están ahí y por qué hay tantos?

-Para sacar agua de los pantanos. Ya no se usan, claro, pero todavía quedan muchos en pie.

-Es fascinante -afirmó Cassandra-. Parece... otro país.

-Mas de uno dice que este sitio es un mundo aparte.

Al cabo de poco más de una hora, se desviaron de la carretera principal y tomaron un sendero que conducía a Haverly House. El camino estaba flanqueado por abedules a ambos lados, entre los cuales podían verse multitud de rododendros, rosados y purpúreos, de enorme belleza. Cassandra contuvo la respiración, extasiada, y Sir Philip sonrió, complacido por tal reacción.

-¡Qué bonito! -exclamó ella.

Al fondo, los árboles daban paso a una majestuosa casa de piedra gris. Cassandra sintió un pinchazo de placer ante la belleza de la finca, mezclado con la lástima que le producía que el viaje hubiese finalizado.

Un hombre con librea abrió las puertas de la hacienda antes de que el carruaje se detuviese y, cuando el vehículo paró, un mozo se acercó a abrir la puerta. Un señor alto, de rostro amarillento y cadavérico y pelo canoso, bajó las escaleras de la casa con gran dignidad.

-Buenos días, Sir Philip. Bienvenido a casa -dijo, haciendo una reverencia.

-Buenos días, Shivers. Éstos son mis invitados: la señora y la señorita Moulton, Lady Cassandra Verrere, Lady Olivia, Lord Chesilworth y ahí, en el asiento del cochero, el señor Hart. No te extrañes si crees que ves doble: Lord Chesilworth y el señor Hart son gemelos.

-Por supuesto -dijo el mayordomo, que hizo una nueva reverencia a los hermanos.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió y una chica salió corriendo a arrojarse en brazos de Neville.

-¡Philip! -lo saludó cariñosamente.

-¡Georgette! -Sir Philip abrazó a su hermana después de recogerla en el aire-.

¿Nunca te comportarás como una dama? A saber qué pensaran mis invitados -añadió en broma.

Georgette se giró sonriente. Era una chica guapa, se parecía mucho a su hermano. Tenía los mismos rizos negros y los mismos ojos marrón dorado.

Una mujer mayor salió entonces de la casa y avanzó hacia ellos con los brazos extendidos.

-¡Philip, cariño!

-Mamá -Neville sonrió y le dio un beso en la mejilla a la mujer-. Estás preciosa, como siempre.

-Gracias, hijo. Preséntame a todo el mundo.

-Sí, Philip, por favor -terció Joanna, la cual se colgó de un brazo de Neville posesivamente-. Estoy deseando conocer a su familia.

Philip la miró extrañado. En ese momento, otra mujer apareció en las escaleras. Parecía tener veinte años, no carecía de atractivo, pero su vestido era muy sencillo.

-¡Sarah! -la llamó Lady Violet, la madre de Sir Philip-. Tenemos invitados.

-Ya lo veo. Por eso... no quisiera estorbar.

-Tonterías. Tú no estorbas. Casi eres una más de la familia -contestó Lady Violet-. La señorita Yorke nos estaba haciendo una visita. Ella se encarga de Silverwood y es una gran amiga de la familia.

¿Silverwood? Cassandra se preguntó qué sería eso y de qué se encargaría la mujer.

-Sí, cuida de los niños de Philip -dijo entonces Georgette.

Philip sonrió, se deshizo del brazo de Joanna y tomó una mano de la señorita Yorke:

-Buenos días, señorita Yorke. ¿Cómo están los chicos?

-Bien, Sir Philip. Por supuesto, han preguntado por usted a menudo.

-Mañana por la mañana sin falta iré a verlos -aseguró él-. Pero, disculpen, no les he presentado -añadió, dirigiéndose a las Moulton.

Cassandra se había quedado perpleja. El alma se le había caído a los pies y era incapaz de pensar. Sólo oía, una y otra vez, el eco de las palabras de Georgette: los niños de Philip.

¡Era cierto! Sir Philip era tan promiscuo que tenía una casa para sus hijos ilegítimos. Cassandra no había creído a su tía, la cual le dedicó una sonrisa muy significativa, que la hizo sentir aún más náuseas.

Philip estaba presentando a unos y a otros. Cassandra trató de sonreír, pero no comprendía cómo podía hablar de Silverwood con tanta naturalidad.

Lady Violet sugirió que entraran en casa, pero Miss Yorke se resistió:

-Estoy segura de que querrá atender a sus invitados. Volveré en otro momento -dijo Sarah-. Espero que vengan a Silverwood durante su estancia aquí -añadió, sonriente.

-Vamos dentro -repitió Lady Violet mientras la señorita Yorke se marchaba-. Estoy segura de que tienen que estar agotados después del viaje.

-Yo no. -dijo Joanna con frescura-. Ha sido un viaje muy ameno gracias a Sir Philip. Estoy deseando tener una buena charla con Georgette. ¿Puedo llamarte Georgette? Philip me ha hablado tanto de ti que siento como si ya te conociera. Estoy segura de que vamos a ser muy buenas amigas -añadió, al tiempo que la tomaba de un brazo y arrancaba hacia las escaleras.

-¿Lo ves? -le susurró entonces tía Ardis a Cassandra-. ¿No te lo dije?

-Sí, tía. Me lo dijiste.

-Espero que ahora hagas caso de lo que te advertí -prosiguió tía Ardis.

-Sí -Cassandra trató de no pensar en lo revuelto que tenía el estómago-. No te preocupes. Entre Sir Philip y yo no hay nada, ni lo habrá nunca.

Capítulo 11

Cassandra se puso su mejor vestido para la cena, pero aún así se sintió poco elegante en la enorme mesa de Haverly House. Una inmensa superficie de madera de teca, reluciente como un espejo. Un centro de fruta plateado dominaba el centro, y tanto la vajilla como la cubertería eran exquisitas. Encima, una araña de cristal los bañaba con una suave luz.

Cassandra sabía que Chesilworth también había sido una casa distinguida, pero de eso hacía muchísimos años. Habían vendido los objetos de plata y el techo del salón se había manchado tanto por fugas en las cañerías que habían acabado comiendo en una pieza mucho más pequeña, pegada a la cocina. Ni Moulton House, que tanto enorgullecía a tía Ardis, podía competir en elegancia con Haverly House.

El mejor vestido de Cassandra, fuera del que había lucido en la fiesta de su tía, era un arreglo que ella misma había hecho a partir de un vestido de seda negro de su madre. Le había añadido algún lazo beige y había conseguido que no pareciese pasado de moda, pero no combinaba con su delicada piel ni con su pelo rubio, ni había conseguido que el escote le sentara bien, por más retoques que había hecho. Además, era el tipo de color que llevaban las mujeres mayores, como lo demostraba el hecho de que la abuela Neville luciera un vestido de un tono similar.

Por supuesto, a Lady Neville le sentaba de maravilla, y más con las cuentas de topacio que le adornaban el cuello. También ayudaba que el diseño lo hubiera confeccionado un modista profesional, en vez de Cassandra misma, con ayuda de su hermana.

Al principio, la había chocado encontrarse sentada a la derecha de Sir Philip, cuya abuela lo acompañaba al otro lado. Y luego la madre, tía Ardis y Joanna. Pero al final se había dado cuenta de que, en cuanto a nobleza, su rango no sólo era superior al de su tía y su prima, sino también al de la madre y la abuela de Sir Philip.

-Así que eres tú a quien tantas ganas tenía de conocer -dijo la mayor de las Neville, mirando a Cassandra.

-Sí, señora -contestó ésta, agradecida porque la familia de Sir Philip estuviera dispuesta a proseguir la mentira.

-Sí -intervino tía Ardis-. Había olvidado... era usted amiga de la abuela de

Cassandra, ¿verdad?

-Sí -la mujer suspiró y miró al vacío, como en busca de un tiempo ya pasado-. Querida Caroline.

-¿Caroline? -preguntó tía Ardis, confundida-. Creía que tu abuela se llamaba Emma, Cassandra.

-Sin duda se confunde -le dijo Lady Neville a tía Ardis con tono indulgente.

-Creo que la abuela se cambió el nombre cuando se hizo mayor -comentó Cassandra-. Conoció a una prima que también se llamaba Caroline, así que empezó a usar Emma, su segundo nombre, que es por el que la conoció el abuelo, y que es por el que la conoció, por tanto, el resto de la familia.

-Exacto -convino Lady Neville-. Ahora me acuerdo de la prima. No era ni la mitad de bella que Caroline... ¿Le has contado a Philip lo del ladrón, Violet? -preguntó entonces la mujer, dirigiéndose a su hija.

-¿Qué? -dijo Philip con interés.

-Se me había olvidado -dijo la madre de éste-. Pasó hace varios días.

-Tres días, Violet. Tal como lo dices parece que fuera hace una eternidad -observó la abuela.

-¿Por qué no me lo contasteis? ¿Qué pasó?, ¿entró alguien en casa?

-En realidad no ocurrió casi nada. Por eso se me ha olvidado comentártelo -dijo Lady Violet, que lucía un bello vestido morado-. Yo no me enteré. Me lo dijo Shivers al día siguiente. Alguien entró en medio de la noche, pero, por suerte, uno de los criados oyó un ruido extraño y fue a investigar. Encontró al hombre en la biblioteca, forcejearon y el intruso salió corriendo. No se llevó nada.

-¿En la biblioteca? -repitió Philip, que no pudo evitar dirigir la mirada a Cassandra.

-¿Verdad que es raro? No intentó llevarse dinero ni nada de valor.

-¿Estás segura de que no se llevaron nada? -quiso saber Philip.

-No he revisado la biblioteca personalmente, aunque tampoco me daría cuenta aunque lo hiciese -respondió Lady Violet-. Te digo lo que Shivers me contó. Creo que el hombre que lo sorprendió fue Michael. Puedes preguntarle a él si quieres asegurarte.

A Cassandra le habría gustado seguir con ese tema, pero las dos mujeres Neville llevaron la conversación por otros derroteros menos sórdidos. Después de cenar, Lady Violet invitó Joanna a que tocara algo en el piano para ellas, y Joanna, que no era una gran pianista y estaba nerviosa por la presencia de la abuela de Philip, martilleó una sonata que resultó un castigo para todos.

Lady Neville dictaminó que ya habían oído suficiente piano esa velada, así que empezaron a charlar. Sólo cuando la abuela se retiró a su dormitorio y Lady Violet le ofreció a Joanna tocar otra pieza, pudo Cassandra hablar a solas un momento con Philip.

-¿Qué piensa? -le preguntó él.

-Que alguien estaba buscando el Libro de la Reina.

-Es muy sospechoso. Me extrañaría que no se tratara del mismo hombre que

entró en Chesilworth.

-Cierto, aunque no tenemos ninguna prueba de nada. No se llevó nada de Chesilworth... al menos que nosotros sepamos.

-Y estoy convencido de que tampoco se llevó nada de aquí. Aproveché mientras Joanna tocaba la primera sonata para salir un momento y le pregunté a Michael sobre su pequeña aventura. Dijo que lo sorprendió momentos después de que el hombre se colara. Michael no se había acostado todavía, oyó que rompían un cristal y fue a investigar al instante. Le he preguntado que qué aspecto tenía, pero dice que había muy poca luz.

Joanna tiró el cuadernillo de la partitura adrede, para forzar a Philip a que le pasara él las páginas.

-Hijo, ve a ayudar a la señorita Moulton -le pidió Lady Violet.

-¿Qué? -preguntó Philip, distraído-. Ah -puso un gesto de desagrado, pero obedeció a su madre si vacilar.

Después de que Joanna terminara de tocar esa pieza, Cassandra se retiró a su dormitorio, donde la estaban esperando sus tres hermanos. La sorprendió encontrarse también con Georgette, que estaba jugando a las damas con Olivia.

-¡Cassandra!

-¡Señorita Verrere! -Georgette saltó de la cama, al igual que Olivia, y corrieron a recibir a Cassandra-. Espero que no me considere una descarada por venir aquí así.

-Le dije que no había ningún problema -comentó Olivia.

-Muy bien hecho -dijo Cassandra-. Me alegro de poder charlar contigo.

-Bien -Georgette sonrió y aceptó el tuteo con gusto-. Quería haber hablado contigo antes: es tan raro y misterioso que Philip mandara esa nota para avisar de vuestra llegada, pidiéndole a la abuela que mintiese con lo de la tuya. No sabíamos qué pasaba. Mamá estaba segura de que Philip estaba enamorado. La abuela decía que era muy peculiar invitar a una Verrere de ese modo. Es lo más raro que ha hecho Philip en su vida.

Cassandra se calló su opinión al respecto. Le parecía bastante más excéntrico tener siete hijos ilegítimos y haberles puesto una casa junto a la de su madre.

-Pero no he podido acercarme a ti en toda la tarde, porque la señorita Moulton no paraba de hablarme. No quiero decir nada en contra de tu prima, ¿pero es siempre así de amistosa ?

-No, sólo intenta ganarse tu favor, para que le hables bien de ella a tu hermano -contestó Olivia sin rodeos-. O quizá piensa que si se muestra amabilísima contigo, le pedirá que se case con él.

-¿Y eso qué importa? -terció Hart -Aquí lo único importante es el tesoro.

-¡Sí! ¡la dote española! -exclamó Georgette emocionada-. Gracias a Dios que he decidido no bajar a cenar. Mamá me había dicho que podía, por ser una ocasión especial, pero después de pasar tanto tiempo con la señorita Moulton, pensé que no podría soportarla un minuto más. Así que le dije a la señorita Pritchard que prefería comer con tus hermanos. Me alegro mucho de haberlo hecho. Olivia, Hart y Crispin me

han contado todo sobre Margaret Verrere y la dote española. Quiero ayudaros a buscarla. ¿Puedo?

-Por supuesto. Si a tu hermano le parece bien.

-Seguro que no le importará -contestó Georgette. Philip es un hermano maravilloso.

-Estupendo. Cuantos más seamos, mejor. ¿Te ha enseñado Olivia el mapa que encontramos?

-No, no he podido abrir tu maleta -protestó Olivia, dolida.

-Es verdad, le puse un candado -Cassandra se llevó la mano a un bolsillo del corpiño y sacó una llavecita-. Puede que sea demasiado precavida, pero después de lo que he oído esta noche...

-¿Sobre el robo? -intervino Crispin-. ¿Verdad que es increíble? Georgette nos ha contado que alguien estaba buscando el libro que necesitamos.

-No sabemos si buscaba ese libro. Sólo sabemos que fue a la biblioteca.

-¿Y qué otra cosa iba a querer de allí -respondió Crispin-. Esto se está convirtiendo en una aventura emocionantísima.

- A mí, personalmente, ya me parece emocionante buscar el tesoro -repuso su hermana-. No necesito que además haya ladrones.

Cassandra abrió la maleta y le enseñó el mapa a Georgette, la cual frunció el ceño, pues tampoco ella encontró nada que le resultara orientativo. Luego echó un vistazo a las páginas del diario donde hablaba de la mitad del mapa de los Neville, pero no sabía qué podía ser el Libro de la Reina.

Poco después, Cassandra echó a los chicos de la habitación, para poder irse a la cama. Se sentía cansada, pero sabía que era el espíritu lo que le pesaba, más que el viaje que habían hecho. Confirmar que Sir Philip tenía siete hijos ilegítimos la había desanimado. Los besos que habían compartido, las caricias, no habían significado para él sino una oportunidad más de acostarse con otra mujer.

Ocupada con estos pensamientos, transcurrió un buen rato hasta que logró conciliar el sueño. Y cuando por fin se durmió, la asaltaron diversas pesadillas, de modo que al despertar al día siguiente, no se sintió mucho más descansada que al irse a la cama la noche anterior.

Abajo, se encontró con Georgette y Olivia en la mesa, las cuales estaban desayunando. Daba la impresión de que se habían hecho buenas amigas. Georgette la saludó y le comunicó con alegría que la señorita Pritchard había preparado una excursión para ellas.

-Iremos al mercado de Downham. La vida es mucho más entretenida cuando uno tiene invitados -comentó Georgette.

-¿Dónde están los gemelos?, ¿ellos también van?

-¡No! ¡Si vamos de compras! -dijo Olivia, horrorizada-. Serían un incordio. Además, Sir Philip les ha prometido que uno de los mozos del establo los llevará a ver los caballos cuando vuelvan.

-¿Cuándo vuelvan?

-Sí, se han ido con Philip a Silverwood.

-¿De veras? -preguntó Cassandra, aún extrañada por la naturalidad con que se hablaba en esa casa de los hijos ilegítimos de Philip.

-No te importa, ¿verdad? -preguntó Georgette.

-¿El qué?, ¿qué se haya llevado a Crispin y a Hart con él? No, se lo agradezco. Seguro que ellos estarán encantados.

-Hay personas a las que no les gustaría que sus hermanos jugaran con niños así. Les parecería incorrecto -dijo Georgette-. La señora Cartes dice que es una vergüenza que esos niños vivan aquí; que son una mala influencia.

A Cassandra le pareció una injusticia. Después de todo, los niños no tenían ninguna culpa y nadie debía condenarlos, no dejándolos jugar con otros chicos, por las circunstancias en que habían sido concebidos.

-Pero mamá dice que está muy orgullosa de Philip, porque la mayoría de los hombres no se ocupan de los niños así -prosiguió Georgette-. Y no tendrían ninguna oportunidad en la vida si Philip no los protegiera.

-Eso es verdad -reconoció Cassandra. La mayoría de los hombres no habría reconocido un hijo bastardo y habría abandonado a la mujer embarazada. Aún así, Cassandra no comprendía cómo podía enorgullecerse Lady Violet de tener un hijo tan lascivo.

Oyó que alguien se acercaba por su espalda, y supo de quién se trataba por la cara que la hermana de Philip puso.

-¡Georgette! -la saludó Joanna con entusiasmo-. ¡Cómo me alegro de volver a verte! ¿Dónde está tu querida mamá?

-Hola, señorita Moulton -respondió Georgette con menos alegría.

-Estoy deseando seguir hablando contigo -dijo Joanna.

-No puedo. Mi tutora... tengo que pasar el día con ella.

-Seguro que esta vez podrás librarte de tus estudios -intervino tía Ardis, que apareció entonces tras su hija-. Al fin y al cabo, no todos los días se tiene visita.

-Philip es muy estricto con mis estudios -replicó Georgette-. No creo que le gustara que me los saltase.

-Ah, bueno. Si lo dice Philip... -cedió Joanna.

-De hecho, será mejor que suba ahora mismo -Georgette se levantó del asiento.

-¿Adónde va Olivia? -preguntó tía Ardis, al ver que su sobrina seguía a Georgette.

-Creo que la señorita Pritchard le ha ofrecido que participe en.... los estudios de Georgette -respondió Cassandra.

-¿Y Olivia quiere? -preguntó Joanna.

-Eso parece.

-Siempre he dicho que tu padre os educó de un modo muy raro -sentenció tía Ardis.

-¿Dónde está Philip? -quiso saber Joanna-. ¿Ha bajado ya a desayunar?

-Estoy segura de que llegará en seguida, ahora que estás tú aquí -contestó su

madre-. Creo que es evidente lo interesado que está por ti.

Cassandra no comprendía cómo podía engañarse de esa manera tía Ardis. Poco menos que le había retorcido el brazo a Philip para que las invitara a ir a Haverly House y ahora lo veía interesado en su hija.

Tuvo que soportar la compañía de las dos Moulton durante el resto de la mañana, y tu tormento sólo se vio un poco aliviado cuando Lady Violet se unió a ellas en el salón. La madre de Philip era una mujer agradable. Tanto que no era capaz de cortar la retahíla de alabanzas que Joanna le hacía de Haverly House. También accedió a ir de picnic al día siguiente, cuando Joanna sugirió que podrían hacer una excursión.

-Los chicos se divertirán -comentó Lady Violet.

-¿Se refiere a Crispin y a Hart? -preguntó Joanna, desilusionada.

-Sí, y a Olivia y a Georgette.

-Por supuesto -Joanna se obligó a sonreír-. Georgette es una chica encantadora. Pero no creo que sea ninguna niña.

-¿No? Sólo tiene quince años -Violet suspiró-. Aunque es cierto que crece muy rápido. Dentro de dos años habrá que presentarla en sociedad. Odio tener que celebrar fiestas. Prefiero la vida tranquila y relajada que llevo normalmente.

-Es comprensible -terció Cassandra-. Este sitio respira tranquilidad.

-Quizá para entonces ya se haya casado su hijo, y su esposa pueda ocuparse de las fiestas de Georgette -comentó Joanna.

-No lo creo.

-No sería tan sorprendente -insistió Joanna.

-Ya me extrañaría -respondió Lady Violet-. Philip parece muy a gusto de soltero.

-Todos los hombres lo están hasta que encuentran a la mujer adecuada -repuso Joanna.

-Cierto... Creo que invitaré a la señorita Yorke a que venga mañana con nosotros -dijo entonces Violet-. Es una mujer muy dulce.

-¿La señorita Yorke? -repitió Joanna con cara de disgusto.

-Sí, la mujer que se encarga de la educación de los niños -Lady Violet se levantó-. Ahora, si me disculpan, voy a escribir la invitación. Y avisaré a Henri del picnic, aunque no tengo claro si lograré hacerme entender, porque es francés y no habla una palabra de nuestro idioma. No sé por qué lo contrató Philip... salvo por las salsas tan ricas que prepara. ¡Y los postres! A Lady Neville la encantan... Pero a mí me intimida. No le entiendo nada, gesticula mucho y se pone rojo.

-Estoy segura de que Cassandra hablará con él -dijo Joanna-. Mi prima sabe francés.

Cassandra miró sorprendida a Joanna. No estaba acostumbrada a que ésta destacase ninguna de sus virtudes, pero en seguida comprendió que lo que pretendía era degradarla, hacer que se ocupara de la cocina, y dejarle vía libre con Philip.

-¿De veras? -preguntó Violet con admiración.

-Sí, y estaré encantada de hablar con él si usted lo quiere -se ofreció Cassandra.

-¡Sería estupendo! -exclamó Lady Violet, radiante-. No quisiera forzarla, pero...

-No es molestia en absoluto -le aseguró Cassandra.

-¡Perfecto1 Acompáñeme entonces -Lady Violet se levantó-. Vamos ahora mismo y le traduce todo lo que yo diga. ¡Es usted una joya! Encontraron a Henri en la cocina, supervisando los preparativos de la comida. No pareció alegrarse de verlas, pero les hizo una reverencia y soltó algo en francés que Lady Violet no comprendió. Cassandra le devolvió el saludo y al chef se le iluminó la cara.

-¡Mademoiselle! -exclamó emocionado, como si acabara de descubrir un tesoro.

Les bastaron unos minutos para simpatizar. Cassandra dejó que el hombre se desahogara, que le contase cuánto echaba de menos su país, y le aseguró que Lady Violet estaba fascinada con su maestría culinaria. Cuando por fin le encargó la comida del picnic para el día siguiente, Henri contestó que no habría el menor problema.

Nada más salir de la cocina, yendo hacia la entrada de la casa, vieron que Sir Philip entraba por una puerta lateral.

-¡Mamá! Señorita Verrere. Justo a quienes quería ver.

-¡Hola, mi niño! -Lady Violet le ofreció una mejilla para que él se la besara-. Hemos estado hablando con el chef. La señorita Verrere sabe francés, ¿no es maravilloso?

-La señorita Verrere es una chica maravillosa -respondió él, sonriente.

-De chica tengo poco -corrigió Cassandra con frialdad. Le había dado un vuelco el corazón al verlo, pero estaba decidida a no dejarse seducir por él.

-Si no necesitas los servicios de la señorita Verrere -le dijo Philip a su madre-, le había prometido enseñarle la biblioteca.

-Adelante, cariño. Yo tengo que mandarle una invitación a la señorita Yorke.

-¿Para qué?

-Explíqueselo usted, querida -le dijo Violet a Cassandra.

-¿Qué hay que explicar? -preguntó Philip cuando su madre los hubo dejado a solas.

-Mañana iremos de picnic a un sitio llamado Linning Broad.

-¿Todos?

-Sí, incluida la señorita Yorke.

-Debí imaginarme que mamá trataría de entretenernos. En fin, tenemos que ponernos a trabajar, ya que mañana no podremos aprovecharlo. ¿Lista?

-Por supuesto.

Philip la guió por un pasillo que daba a la biblioteca. Era enorme, tenía dos plantas y un pequeño balcón en la de arriba, al que se accedía por una escalera de caracol. La luz se filtraba por los amplios ventanales de una de las paredes, había tres mesas y varias sillas donde sentarse a leer. Pero, sobre todo, había hileras e hileras de libros.

-¡Qué maravilla! -exclamó Cassandra-.¡Nunca había visto una biblioteca igual!

-Sabía que te gustaría -dijo Philip con satisfacción-. Me alegro -añadió sonriente.

-Bueno, pongámonos a trabajar -propuso ella, temerosa de caer en las redes de aquel hombre.

-Si, ¿por dónde empezamos?

-No estoy segura. Es tan grande...

-Sugiero que por la planta de arriba. Los libros más recientes suelen estar aquí abajo.

-De acuerdo -Cassandra echó a andar hacia la escalera de caracol-. ¿Por qué no empieza cada uno por un extremo y nos encontramos en el centro?¿

-¿Te pasa algo, Cassandra? -preguntó Philip, extrañado por el distanciamiento de ésta.

-No sé a qué te refieres.

-Te estás comportando de un modo muy raro.

-¿En qué sentido?

-Ya lo sabes -contestó Philip, frustrado-. Como si estuvieras enfadada conmigo, y no tengo ni idea de qué es lo que he hecho.

-Lo siento, no me he dado cuenta. Sólo quiero que sigamos con nuestra búsqueda. ¿Tú no?

-Sí -se resignó él-. Por supuesto.

Terminaron de subir las escaleras y fueron cada uno a un extremo. Cassandra trató de olvidarse de la presencia de Philip y comenzó a examinar las estanterías inferiores. Cada vez que encontraba un libro cuyo título pudiera tener alguna relación con las reinas, por más que remota, lo abría y lo hojeaba.

El trabajo era cansado y aburrido. En un principio, había imaginado que trabajaría codo con codo junto a Philip, charlando sobre los libros que veían y gastando bromas como habían hecho en el desván de Chesilworth. Pero era ella quien había impuesto esa distancia, aunque la h hiciera sentirse sola e insatisfecha.

Se recordó que lo importante era encontrar la dote española, no pasar tiempo en compañía de un hombre con siete hijos ilegítimos. Y así pasaron varias horas, haciendo sólo un alto entre medias para comer, sin salir de la biblioteca.

Luego siguieron revisando libros, pero con el paso del tiempo, Cassandra empezó a notar el cuello dolorido.

-¿Estás cansada? -preguntó Philip después de que ella diera un suspiro. Se acercó y empezó a masajearla. El contacto rea demasiado íntimo. Cassandra sabía que debía pedirle que se detuviera; pero los dedos de Neville estaban obrando milagros en su cuello-. ¿Mejor?

Cassandra dejó caer la cabeza hacia delante mientras él seguía relajándole los músculos. Sintió que podría caerse al suelo derretida... y no tardó en notar un ardor bajo el vientre, una humedad entre las piernas, el endurecimiento de los pezones.

Philip se agachó y le dio un beso delicado en el cuello. Cassandra contuvo el aliento estremecida, las piernas le temblaron. Quería girarse y echarse en sus brazos, saborear su boca y sentir sus manos por todo su cuerpo.

-Cassandra -murmuró él-. Eres tan dulce.

La agarró por los hombros para darle la vuelta y que lo mirara... y se agachó a besarla.

Capítulo 12

-¡No! -Cassandra se zafó de Philip. Lo miró temblando, asustada por el torrente de emociones que había despertado en su interior-. ¡No seré otra de tus conquistas!

-¿Mis conquistas? -repitió él, desconcertado -. ¿De qué estás...?

-¡Te digo que no! -Cassandra se alejó después de que Philip tratara de retenerla.

Corrió hacia las escaleras y las bajó apresuradamente. Agradeció que Neville no la siguiese, pues no estaba segura de si habría podido resistirse a su encanto en caso de que éste hubiera intentado acariciarla.

Cassandra salió de la biblioteca y se encerró en su habitación hasta la hora de la merienda. Apagó la luz, se tiró sobre la cama y trató de echar freno a sus emociones. La asustaba el poder que Philip tenía sobre ella. Siempre había sabido controlarse y afrontar con serenidad todas las situaciones, pero ahora se sentía como una doncella sin cerebro, gobernada exclusivamente por el deseo.

Cassandra gruñó contra la almohada. Le costaba creerse que Sir Philip fuera el villano que su tía le había pintado. Pero los niños de Silverwood parecían darle la razón a tía Ardis.

Cuando finalmente bajó a merendar, la alivió ver que Philip no estaba. Pero sí apareció para la cena, parco en palabras y con gesto serio. Estaba segura de que la odiaba, y aunque no le parecía que Philip tuviese motivos para hacerlo, Cassandra se sintió aún más desgraciada.

Después de cenar, Joanna se dedicó a coquetear con él con descaro, colgándose de su brazo, mostrándole el escote y llamándolo Philip como si tuviera derecho a dirigirse a él con tal familiaridad.

Lo peor de todo que a Philip no pareció molestarle demasiado tener que soportar a Joanna. Cassandra deseó haber dicho que se encontraba mal y haber pedido que le subieran algo de cena a la habitación. O haber ido a cenar con los gemelos, Olivia y Georgette. Eso habría sido infinitamente más divertido.

No bien se hubo retirado Lady Neville, Cassandra se levantó y se marchó también a su habitación incapaz de aguantar un segundo más las maniobras de Joanna.

Como no se le ocurrió nada mejor, se cambió de ropa y se acostó temprano; pero en seguida descubrió que era un error, pues estaba totalmente despierta y allí sola, tumbada sobre la cama, no podía sino pensar en Philip. Prácticamente llegó a desear no haber ido a Haverly House.

El picnic del día siguiente interrumpió la búsqueda del mapa, pero el hecho de no pasar el día pegado a Sir Philip aliviaba a Cassandra.

Nadie faltó a la excursión: las mujeres mayores y la señorita Yorke fueron en un carruaje sin capota, mientras que Sir Philip, Georgette y los niños optaron por ir a caballo. Joanna decidió cabalgar también, para no dejar suelta a su presa, y Cassandra, con tal de no soportar a su prima, se unió a las señoras Neville y tía Ardis. Varios criados las seguían de cerca, con comida y otras necesidades para el día.

El viaje habría sido agradable de no ser porque tía Ardis no paraba de hablar;

sobre todo, de las virtudes y excelencias de su hija. Después de oír por cuarta vez lo amiguísima que se había hecho Joanna de Georgette, y los muchos pretendientes que aquélla tenía, Cassandra estuvo en poco de hacer el resto del trayecto a pie.

Miró hacia un lado y vio reflejado el mismo deseo en los ojos de Sarah Yorke. Cassandra sonrió y giró la cabeza hacia otro lado, por miedo a echarse a reír. La señorita Yorke, pensó, podría ser una buena amistad.

Llegaron a un lago y el carruaje se detuvo. Cassandra descendió del carruaje con las piernas entumecidas, al tiempo que desmontaba el grupo que había ido a caballo. Al ver que Philip se acercaba a ella, se dio media vuelta y le propuso dar un paseo a la señorita Yorke.

-¿Hace mucho que vives aquí? -le preguntó Cassandra mientras caminaban.

-No, pero me parece un lugar muy bonito -Sarah se ruborizó un poco-. Siempre me ha gustado la flora y la fauna de esta zona. Es una de las cosas que más me gusta enseñarles a los chicos.

-Estoy segura de eres una buena profesora.

-Sir Philip fue muy amable contratándome -respondió la señorita Yorke con afecto-. Conoció a mi padre y sabía lo desvalida que me había quedado al morir él. Papá era un hombre maravilloso, me enseñó todo lo que sé de la naturaleza, pero ese amor apenas daba para vivir. Intenté escribir algún artículo para las revistas en las que él había colaborado. Yo misma lo había ayudado en más de u no. Pero se negaron a aceptar un artículo escrito por una mujer.

-Sé cómo te sientes.

-No sabía qué sería de mí. No tenía las cualidades que se le suponen a una maestra. No sabía pintar ni cantar ni tocar el piano. Mi padre prefirió enseñarme matemáticas y ciencias naturales, pero nadie parecía valorar esos conocimientos... Entonces llegó Sir Philip y me salvó -la señorita Yorke sonrió-. Siempre le estaré agradecida.

-Sí, puede ser un hombre muy amable -reconoció Cassandra. Tenía que reconocer, por ejemplo, que también había sido muy bueno con sus tres hermanos-. ¡Qué pájaro más bonito! -exclamó entonces, para cambiar de conversación.

La señorita Yorke siguió hablando de la flora y la fauna del lugar mientras regresaban hacia el roble anciano junto al que habían estacionado el carruaje.

Los criados ya habían extendido sábanas sobre el césped para Lady Neville, Lady Violet y tía Ardis. Georgette y Olivia estaban aparte, charlando y riendo. Los gemelos estaban jugando a atrapar a Sir Philip bajo la atenta mirada de Joanna.

Cassandra y la señorita Yorke se sentaron junto a las demás mujeres, pero ésta no tardó en levantarse para ofrecerle un vaso de limonada a Lady Neville.

-Esta chica es incapaz de estarse quieta y divertirse -suspiró Lady Violet, exasperada-. Ya le he dicho que los criados se encargarían de atendernos.

-A algunas personas les gusta estar ocupadas -dijo Lady Neville.

-Pobrecilla -dijo Lady Violet sin inmutarse por el comentario de su madre-. Se quedó sin un centavo cuando murió su padre.

-Entonces no se casará nunca -sentenció tía Ardis-. Una chica sin dinero ni belleza...

-La señorita no carece de atractivo -repuso Lady Neville.

-Pero hace falta ser muy bella para atrapar a un hombre si no se tiene dinero.

-Los hombres no se enamoran sólo por la belleza física -protestó Lady Violet.

-Yo no hablo de enamorarse. Estoy hablando de casarse, que no es lo mismo.

-Eso es verdad -convino Lady Neville-. Los jóvenes de hoy le dan demasiada importancia al amor, cuando las alianzas familiares se han basado siempre en la posición social y la riqueza.

-Esos matrimonios no siempre son buenos -se sintió obligada a decir Cassandra.

-¿En qué sentido? -preguntó Lady Neville.

-En el sentido de que no proporcionan la felicidad. Mis padres fueron muy felices.

-Y muy pobres -añadió tía Ardis.

-¿De qué les habría servido tener dinero si se hubiesen sentido desdichados toda su vida?

Siguieron discutiendo animadamente hasta que sirvieron la comida. Sir Philip volvió con Joanna colgada de su brazo, seguidos ambos por los gemelos, cansados, manchados de césped y contentos.

-¿De qué están hablando las damas? -preguntó Philip, sonriente.

-La señorita Verrere estaba compartiendo su visión sobre el amor y el matrimonio -contestó Lady Neville, también sonriente.

-¿De veras? -Sir Philip miró a Cassandra-. Me encantaría conocerla.

-Me temo que ya hemos agotado el tema -dijo ella, ruborizada-. Además, estoy segura de que le parecería muy aburrido.

-Al contrario. Soy todo oídos.

-Yo te lo resumo -se ofreció Violet-. La señorita Verrere y yo creemos en el amor y que el hombre es capaz de querer a una mujer aunque no sea especialmente bella. Lady Neville y la señorita Moulton, no.

Cassandra se alegró de que Lady Violet se hubiese puesto de su lado, y Lady Neville puso cara de disgusto por verse en el mismo bando de tía Ardis.

-Totalmente de acuerdo, mamá -Philip sonrió y a Cassandra le dio un vuelco el corazón-. Es de agradecer que alguien piense que los hombres no valoramos el físico de las mujeres únicamente.

-Vamos, Philip. No digas que no te gusta ver una cara bonita -dijo Joanna.

-Por supuesto que valoro la belleza -respondió él con sencillez-. En un cuadro, en una melodía y en las mujeres.

Luego se deshizo del brazo de Joanna, la ayudó a que tomara asiento y se sentó aparte, entre su madre y su abuela.

-Sin embargo -prosiguió Philip con la vista clavada en Cassandra-, creo que la armonía de los rasgos faciales no lo son todo en una mujer.

-Yo no he dicho eso -dijo Lady Neville mientras se abanicaba-. ¿Pero te casarías

por amor? Esa es la verdadera cuestión. Independientemente de que te enamores por la belleza o la inteligencia de una mujer, ¿te casarías si ella no tuviese dinero?, ¿si no tuviese un apellido noble?

-Está claro que quieres ponerme en un aprieto -contestó Philip, sonriente-. No puedo hablar por otros hombres, pero puedo decir que yo no me casaría con alguien de quien no estuviese enamorado. ¿Pero qué hacemos hablando de estas cosas tan serias? ¿No hemos venido a divertirnos?

Joanna le dio la razón y se apresuró a contar una anécdota insustancial que Cassandra le había oído multitud de veces. Se olvidó de su prima y se quedó pensando en las palabras de Philip. Había dicho que no podría casarse sin estar enamorado, pero no que estaría dispuesto a casarse con una mujer a la que amaba, aunque ésta no tuviese dinero. Aunque todo eso le daba igual, pues no tenía ningún motivo para pensar que Philip estuviese enamorado de ella.

Después de comer, Lady Neville se retiró al carruaje para echar una siesta, mientras que los gemelos, Olivia y Georgette corrieron a jugar. Joanna le pidió a Sir Philip que la acompañara a dar un paseo y Cassandra decidió caminar también, sin importarle en qué dirección, con el único propósito de alejarse de los demás. Se encontró con un sendero estrecho que acabó conduciéndola hasta un bonito arroyuelo. Se sentó sobre una roca, mirando el correr del agua, y se recordó que a ella le daba lo mismo que Joanna persiguiera a Sir Philip con avidez.

Prefirió pensar en la dote española, en la alegría que se llevaría al descubrir la otra mitad del mapa, lo maravilloso que sería descubrir el tesoro y tocar el leopardo de oro macizo...

-¿Pensando en las musarañas? -la voz de Philip la despertó de sus ensueños.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Cassandra.

-Te estaba buscando -reconoció mientras tomaba asiento en una roca junto a ella -.Perdona si te he asustado, creía que me habías oído llegar.

-Estaba pensando en la dote.

-Da la impresión de que tenemos bastante trabajo por delante. No pensé que fuera a costarnos tanto inspeccionar la biblioteca.

-Nos llevará algo de tiempo.

-Espero que no tengamos muchas salidas como la de hoy.

-Me sorprende verte aquí. ¿No estabas con Joanna? -preguntó Cassandra entonces, esbozando una tenue sonrisa.

-Lo estaba. Gracias a Dios se cansó pronto y la he podido dejar junto a su madre -contestó Philip, también sonriente. Luego, después de unos segundos en silencio, añadió-: ¿Qué es lo que he hecho?, ¿te he ofendido? ¿Estás molesta por el coqueteo de Joanna? Sabes de sobre que no...

-No es por Joanna -atajó Cassandra-. Yo... bueno, tenemos que concentrarnos en encontrar el mapa. Eso es lo importante.

-No es la única cosa en nuestras vidas.

-Puede que no. Pero tampoco quiero que nadie me arruine la vida.

-¿Arruinarte la vida? -preguntó él, desconcertado-. De qué estás hablando, Cassandra?

-Creo que lo sabes.

-¡Yo nunca te haría daño! Tienes que saberlo. ¿Todavía desconfías de mí?, ¿crees que intento robarte el tesoro? Te aseguro que ni se me ha ocurrido. Me da igual...

-¡No es eso! No me preocupa perder la dote -Cassandra se puso de pie-. Por favor, ¿podemos volver con los demás?

-No hasta que me digas cuál es el problema -Philip se levantó también y la agarró por un brazo.

-¡No hay ningún problema! -Cassandra se liberó y echó a andar.

-¿Crees que soy idiota? De pronto me odias, ¿y dices que no hay ningún problema?

-Yo no te odio.

-Entonces, ¿por qué me rehuyes?

-¡No te estoy rehuyendo! -Cassandra se detuvo y lo miró a los ojos.

-Pues me habré equivocado -dijo Philip con sequedad-. Últimamente me equivoco mucho: yo creía que sí, pero resulta que no me rehuyes, no me odias y que no hay ningún problema.

-Está bien, si te empeñas, no es nada que me hayas hecho a mí en concreto -contestó Cassandra-. Es tu comportamiento con ...¡maldita sea, Philip! ¿Cómo puedes tener esa casa?

-¿Qué? -preguntó él boquiabierto-. ¿De qué estás hablando?

-De Silverwood, por supuesto. ¿Cómo puedes haberla puesto ahí, a un tiro de piedra de Haverly House?

-¿Estás disgustada por dónde he puesto a los niños?

-Sí. Malo es que todo el mundo sepa que tú... ¡Pero insultar a tu madre de ese modo! Y a tu abuela también.

La expresión de Philip cambió por completo.

-¿Por eso me has estado evitando? -preguntó decepcionado-. ¿Por qué les he dado una caso a esos chicos?

-No, no porque les des un techo. Eso te honra.

-Gracias. Tu entusiasmo me abruma.

-¡No esperaras que te adule por lo que no es sino tu obligación! -espetó Cassandra-. Lo que no comprendo es cómo tienes a los chicos junto a la casa de tu madre. Es una vergüenza para ella.

-No todas las mujeres son como tú. Lo creas o no, mi madre está muy orgullosa de mí -replicó Philip-. Es verdad que hay personas arrogantes que piensan que esos chicos deberían estar escondidos en alguna parte. Pero nunca imaginé que tú serías una de ellas. Está claro que me equivocaba.

-¡Por supuesto que te equivocabas! ¿Cómo quieres que apruebe que críes a esos niños frente a la casa de tu familia? -explotó Cassandra.

-O se, que me honra darles cobijo, pero soy un canalla por tenerlos cerca de

casa.

-No, tenerlos cerca de casa es una falta de respeto hacia tu madre y tu abuela -contestó Cassandra, colérica-. Lo que es de canallas es haber traído al mundo a esos niños.

-Entiendo -dijo Philip, comprendiendo por fin el malentendido-. ¿Y cómo te has enterado de todo eso?

-Lo sabe todo el mundo. A mí me lo contó tía Ardis.

-Y tú la creíste, claro.

-Al principio, no -contestó ella-. ¡Pero no has hecho el menor esfuerzo por ocultarlo!

-No. Es que no me avergüenzo de Silverwood.

Cassandra sintió que se le iban a saltar las lágrimas, así que echó a andar de nuevo. Se negaba a que Philip la viese llorando por él.

Éste la siguió al cabo de unos segundos, guardando cierta distancia, sin intentar darle alcance. Cassandra siguió caminando sin apenas contener las lágrimas. Había esperado que Philip le diera alguna explicación, pero le había dicho bien claro que no se avergonzaba de Silverwood.

Continuó andando, tratando de olvidarse de que Philip la seguía. Por suerte, ya estaban llegando al roble con los demás. Cassandra aceleró el paso...

Y, en ese momento, un grito desgarró el aire.

Capítulo 13

Echaron a correr hacia el lugar de donde provenía el grito y enseguida vieron que alguien estaba ahogándose en el lago. La señorita Yorke, los gemelos y las dos jovencitas estaban gritando a la persona que estaba ahogándose. Una de las criadas tenía un ataque de histeria y otra se estaba remangando la falda para entrar en el agua. Los mozos se acercaban corriendo a la orilla mientras Lady Violet y tía Ardis miraban horrorizadas. Hasta Lady Neville se había despertado y estaba mirando desde el carruaje.

-¡Levántate! -le gritó Crispin a su prima-. ¡Haces pie de sobra!

Philip ya había alcanzado la orilla, se quitó las botas, entró en el lago y levantó en brazos a Joanna. El agua no le llegaba siquiera por la cintura.

-Gracias, Philip. Me has salvado la vida -dijo ella mientras Neville la tumbaba en el césped.

-¡De verdad, Joanna!, ¡bastaba con que te pusieses de pie! -dijo Crispin, disgustado.

-Ese lago no tiene profundidad -añadió Hart.

-¡Si casi me ahogo! -exclamó Joanna-. Seguro que fuisteis vosotros quienes me empujasteis.

-¿Qué?

-No seas idiota -la insultó Olivia-. Te resbalaste y te caíste tú sola.

-No, Noté que alguien me empujaba. No pude ver quién, pero seguro que fue uno

de tus odiosos hermanos.

-Vamos, vamos. Nadie tiene la culpa -dijo Cassandra con firmeza-. Estas cosas pasan, nada más -añadió mientras una de las criadas la secaba con una sábana.

-Cassandra estaba convencida de que todo había sido una artimaña de su prima para que Philip fuese a rescatarla. Pero, lógicamente, no podía demostrarlo.

-¡Joanna, mi vida! -exclamó tía Ardis mientras corría a abrazar a su hija-. ¿Estás bien? -preguntó, al tiempo que la apretaba contra su regazo teatralmente.

-Estoy bien, mamá, de verdad -aseguró Joanna.

-¿Por qué no nos apartamos y le dejamos espacio para que pueda respirar? -propuso Philip.

-Buena idea -convino la señorita Yorke.

Todos retrocedieron unos pasos y se quedaron mirando a Joanna como si fuese una pieza de museo.

-Por favor, Philip, ¿me puedes llevar hasta el carruaje? -le pidió ella entonces-. No creo que tenga fuerzas para llegar hasta allí.

Philip no pareció muy entusiasmado, pero no pudo negarse; así que se arrodilló junto a ella y la levantó en brazos.

Había sido un día desastroso, pensó Cassandra mientras iba hacia el carruaje con el resto de los allí presentes.

-Señorita Yorke -dijo entonces Cassandra, sabedora del favor que le iba a hacer a su amiga-, dado que no vamos a caber todos en el carruaje ¿por qué no vuelve en el caballo de Joanna junto a Sir Philip?.

-No sé si debo -se resistió Sarah, sólo por guardar las formas.

-Por supuesto que debe -terció Philip-. La señorita Verrere ha dado con la solución ideal, como siempre. Venga conmigo, por favor.

Sarah acompañó a Sir Philip encantada y Cassandra subió al carruaje junto a Joanna.

-Me alegro por ella -dijo Violet-. Seguro que le hace ilusión.

-Sí -convino Cassandra, al tiempo que sonreía a su prima-. Todo ha salido perfecto, ¿verdad?

A la mañana siguiente, después de desayunar, Sir Philip le preguntó a Cassandra si quería que siguieran revisando la biblioteca. Ésta aceptó con frialdad y en seguida reanudaron la tarea que los había llevado a Haverly House.

Trabajaron toda la mañana y toda la tarde, haciendo un alto tan sólo a la hora de la comida. Resultaba extenuante. Podían pasar días hasta que encontraran el libro que buscaban... y cada segundo en compañía de Philip era un tormento. Pensó con añoranza en los momentos que habían compartido en el desván, charlando y riendo alegremente... en contraste con la seriedad con que se trataban entonces.

Esa noche pidió disculpas y decidió cenar junto a los niños. No se sentía capaz de tener a Philip a su lado y tampoco le apetecía ver a Joanna coqueteando con él todo el rato.

Se fue a su habitación poco después de que terminaran de cenar. No sabía en qué ocupar el resto de la velada, pero prefería estar a solas. De pronto, sin embargo, llamaron a la puerta.

-Adelante -dijo Cassandra-. ¡Lady Violet! -la saludó sorprendida.

-Hola, cariño. Quería asegurarme de que te encontrabas bien -la madre de Philip llevaba un vestido en un brazo, pero no hizo mención al respecto-. Como no has bajado a cenar...

-Lo siento, no quería preocuparla. Es que mis hermanos están acostumbrados a que cenemos todos juntos y...

-No tienes por qué darme explicaciones -le aseguró Lady Violet-. Lo entiendo. Pero no he venido sólo por eso. ¿Puedo poner esto en la cama?

-Sí, por supuesto -contestó Cassandra-. ¡Qué bonito! -exclamó con suavidad después de que Lady Violet lo extendiera.

-¿Te gusta? Me alegro -respondió ésta, sonriente.-. Lo encargué hace unas semanas y me ha llegado hoy. Pero me lo he puesto y no me convence como me queda. Es demasiado grande para Georgette, así que se me ha ocurrido que quizá te siente a ti bien.

-¿A mí?

-Sí, somos de la misma altura más o menos, pero a ti no te quedará prieto.

-Yo... -Cassandra miró el vestido. Estaba deseando probárselo, pero no le parecía bien aceptar el regalo-. No querrá dármelo así sin más.

-¿Y qué otra cosa voy a hacer? Yo no me lo voy a poner.

-Pero seguro que hay alguien a quien podría dárselo...

-¿A quién? Eres la única que se me ha ocurrido. Pero si no te gusta, tampoco quiero presionarte.

-¡No, no! ¡Si es precioso!

-Entonces, ¿por qué no te lo pruebas a ver cómo te sienta?

-De acuerdo -aceptó Cassandra.

Lady Violet la ayudó a quitarse el vestido que llevaba y a ponerse el nuevo. Era como si lo hubiesen hecho a su medida.

-¡Te queda de maravilla! -exclamó Lady Violet-. Muchísimo mejor que a mí. Por favor dime que lo aceptas.

-Sí -Cassandra sonrió sin dejar de mirarse al espejo-. Gracias, Lady Violet.

-Es un placer -respondió ésta, radiante.

A la mañana siguiente, no vio a Philip en la mesa del desayuno, de modo que nada más terminar fue a la biblioteca a ver si ya estaba trabajando. Lo encontró allí, sentado en una silla y leyendo el periódico.

-Buenos días, señorita Verrere -la saludó con formalidad, al tiempo que se ponía de pie.

-Sir Philip.

-Anoche no bajó a cenar. Espero que no se encontrara indispuesta.

-No, comí con los niños. No les he prestado mucha atención últimamente.

-Entiendo -se quedaron en silencio unos segundos-. Entonces... ¿nos ponemos a trabajar?

Subieron las escaleras y de nuevo se separaron. Cassandra empezó a revisar una nueva estantería, pero en seguida tuvo la sensación de que alguien la estaba mirando. Se giró rápidamente y vio que, en efecto, Philip la estaba observando.

-¿Sí? -preguntó ella con frialdad.

-¡Maldita sea!, ¡ya basta! -exclamó Philip. Luego bajó las escaleras e hizo sonar una campanilla. Segundos más tarde, un criado apareció en la biblioteca y, después de hablar con su amo, volvió a salir-. Ya va siendo hora de que veas algo -añadió entonces, agarrando a Cassandra por una muñeca, que también había bajado a la planta inferior.

-¿El qué? -preguntó ella, estremecida por el roce de su mano en torno a su muñeca. Tragó saliva y trató de aparentar aplomo-. ¿Qué haces?, ¿adónde vamos? -añadió mientras Philip la sacaba de la biblioteca.

-Ya lo verás -contestó él, camino del establo-. Vamos a hacer una visita.

-¿Una visita? -repitió Cassandra, perpleja-. Tenemos que trabajar.

-Pero no puedo hacerlo hasta que no hayamos arreglado esto.

-¿Qué hay que arreglar?

-¿Tienes que hacer tantas preguntas? -contestó Philip, irritado.

-Es normal si te niegas a decirme adónde me llevas.

Un mozo estaba ensillando el caballo de Philip. Cuando terminó, ayudó a que Cassandra subiese al carruaje individual que había unido al animal y Neville empezó a galopar.

-No voy vestida para hacer una visita -protestó ella.

-Tranquila. Allí son muy informales. Si te dicen algo, te doy permiso para que cuentes cómo te he secuestrado.

-Lo haré -Cassandra sonrió de mala gana.

Pero debía reconocer que era un placer estar tan cerca de Philip, y a solas, en un día tan soleado como el que hacía. El viaje fue corto, en cualquier caso. No habían pasado más que unos minutos cuando llegaron a una casa rodeada de abedules. Había un grupo de niños jugando y todos saludaron a Philip con entusiasmo nada más verlo.

-¿Estamos en Silverwood? -preguntó ella.

-Sí -Philip mandó frenar al caballo- ¿Crees que manchará tu reputación?

Las mejillas se le encarnaron de ira y, a modo de respuesta, bajó del carruaje sin esperar a que él la ayudara.

-¡Philip!, ¡Philip! -el más pequeño de los niños corrió a abrazarle una de las piernas.

-Harry... me vas a tirar -dijo Neville, sonriente.

Los otros chicos estaban parados, mirando a Cassandra con interés. Uno tenía un brazo amputado, otro una cicatriz que le atravesaba la cara. El mayor tenía dieciséis años... Luego Philip había empezado cuando era muy joven, dedujo ella, que no le echaba más de treinta y cuatro años.

-Buenos días, chicos -los saludó Neville.

-Buenos días, Sir Philip -respondieron todos. Fueron a recibirlo gustosos, aunque sin tanto entusiasmo como Harry.

-Quiero que conozcáis a alguien -Philip les presentó a Cassandra y los niños respondieron con una reverencia cortés.

Entraron en la casa, seguidos por los chicos, donde los recibió Sarah Yorke, un poco nerviosa por la inesperada visita.

-¡Sir Philip! Qué sorpresa más agradable. Y la señorita Verrere.

-Señorita Yorke.

-SE me ha ocurrido traer a la señorita Verrere para que contemple con sus propios ojos tu excelente trabajo, Sarah -dijo Neville-. ¿Por qué no le enseñas la casa mientras yo juego un poco con los chicos?

-Por supuesto -la señorita Yorke sonrió-. Vaya a jugar con ellos, por favor.

Sarah condujo a Cassandra a una primera aula, donde había tres niños de diversas edades estudiado. Dos de ellos se levantaron al verlas llegar. Pero el tercero siguió sentado, pues le faltaban las dos piernas.

-Aquí damos clases de matemáticas -explicó Sarah-. Chicos, ha venido Sir Philip. Podéis salir a jugar con él si os apetece... Dennis, ¿no quieres salir a verlos? —añadió al ver que el niño lisiado no se movía.

-¿Para qué? -preguntó él.

-Bueno, sigue estudiando si lo prefieres -la señorita Yorke le dio una palmada en la espalda. Luego salieron al pasillo y susurró-. Dennis no ha superado todavía la pérdida de las piernas. Pero irá mejorando en cuanto lleve aquí un tiempo.

Entraron en otra aula, en la que había tres niños jugando bajo la atenta mirada de una mujer robusta. Era evidente que dos de ellos eran ciegos. Y el tercero, según le explicó Sarah, era sordo de nacimiento.

Cassandra no podía explicarse cómo era posible que tantos de los hijos de Philip tuviesen problemas físicos. Dos ciegos, un sordo, un niño sin piernas, un manco y un chico con una cicatriz en la cara... y todavía no había visto a todos.

-Estos niños tendrán una oportunidad gracias a Sir Philip -comentó la señorita Yorke. Los ojos se le iluminaron y Cassandra sospechó que Sarah tenía cierta inclinación romántica hacia su jefe.

-Sí, Sir Philip ha hecho mucho por sus chicos -dijo Cassandra con cautela.

-La mayoría de la gente no se fija en los niños así. Y aunque los vean tirados en la calle, pasan de largo. Pero Sir Philip es el colmo de la amabilidad. No sólo los viste y los alimenta, sino que los educa y los visita de vez en cuando. Para hablar y jugar con ellos. Y eso es muy raro.

Cassandra se sentía cada vez más inquieta. ¿Por qué sólo había chicos?

Entraron entonces en la cocina, donde una mujer estaba preparando un sabroso estofado, y se pararon a mirar por la puerta trasera, que daba a un jardín donde Philip estaba echando un partido de cricket con los chicos.

-Hay muchos -murmuró Cassandra.

-Sí -repuso la señorita Yorke-. Aunque Lionel nos dejará dentro de poco. Es muy

inteligente y Sir Philip le ha conseguido un puesto de aprendiz en la fábrica Wedgwood. Aún así, quedarán unas veinte.

-¿De dónde son? -preguntó Cassandra mientras Sarah la llevaba a una pequeña habitación que ella usaba como despacho.

-De todas partes -Sarah la invitó a que tomara asiento-. John fue el primero al que acogió. Lo trajo cuando lo sorprendió intentando robarle la cartera. Podía haberlo mandado a la cárcel, pero pensó que él no tenía la culpa de verse obligado a rogar. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de Silverwood. Le pareció un sitio perfecto para educar a chicos desamparados. Así que compró esta casa y me contrató. Empezamos con cuatro niños, pero Sir Philip no deja de recoger chicos abandonados. A Dennis lo descubrió mendigando en Manchester.

-Pero... me habían dicho que eran hijos ilegítimos de Sir Philip -susurró Cassandra.

-¡Malditos rumores! -exclamó la señorita Yorke, enojada-. La gente se empeña en creer lo pero de las personas.

Cassandra notó que los ojos se lo poblaban de lágrimas. Sir Philip estaba ayudando a unos pobres chicos sin hogar y ella le había dicho que Silverwood era una vergüenza para su madre y su abuela. Deseó que la tierra se la tragase.

Sarah siguió hablándole de los niños y de las asignaturas que ella les enseñaba, pero Cassandra apenas registraba lo que oía, pues se sentía fatal por lo injusta que había sido con Philip. Y cuando éste volvió a reunirse con ellas, no se atrevió ni a mirarlo a la cara.

Comieron al aire libre con los niños, los cuales parecían sentirse felices, a pesar de las deficiencias físicas de algunos y la humilde procedencia de todos. También la sorprendió la campechanería con que Philip los trataba, acariciándoles el pelo y bromeando con ellos.

Después de la comida se marcharon. Cassandra se despidió de la señorita Yorke y de los niños y subió al carruaje, ayudada por Philip.

-Es evidente que te debo una disculpa -dijo ella mientras regresaban.

-No te he traído para que te disculpes.

-De todos modos, tengo que hacerlo. Estaba equivocada, te he insultado y te he culpado...cuando no te lo merecías. No me extraña que tu madre y tu hermana estén tan orgullosos de ti -aseguró Cassandra-. ¿Por qué no me lo habías dicho?, ¿por qué no me lo explicaste el otro día?

-He descubierto que la gente sólo cree lo que quiere creer -contestó Philip-. Lo que no deja de asombrarme es por qué siempre quiere creer lo peor.

-¡Yo no quería! -protestó ella-. Intenté no creerlo.

Philip frenó, echó al caballo a un lado y la miró a la cara:

-Entonces ¿por qué lo creíste?, ¿por qué hiciste caso de los rumores?

-Tía Ardis me contó que eras un hombre lascivo, que hasta habías puesto una casa para tus hijos ilegítimos. Le dije que era ridículo, pero cuando llegamos a Haverly House, empezasteis a hablar de Silverwood y comprendí que era verdad que había una

casa con niños. Luego...tu madre los llamó tus niños.

-No lo dijo en ese sentido -murmuró Philip-. Sólo era una forma de hablar.

-Ahora me doy cuenta. Pero entonces sólo podía pensar que tía Ardis tenía razón...

-¿Cómo pudiste creer algo tan horrible de mí?

-¿Cómo querías que no lo creyese? -respondió Cassandra-. La casa de la que me había hablado tía Ardis existía de verdad. Tu madre y tu hermana se referían a esos chicos como tus niños. ¿Qué querías que pensase?

-Podrías haberme preguntado -contestó él, furioso.

-No habría servido de nada. Si hubieses sido tan infame como llegué a creer que eras, ¿qué te habría impedido mentirme? -argumentó Cassandra-. Además, sé que eres... un gran seductor. Yo... sé cómo besas y sé que eres capaz de que las mujeres sientan...

Cassandra sintió una llamarada dentro del cuerpo. Apenas lograba respirar.

-Yo nunca he intentado seducirte. Pero no puedo dejar de tocarte -prosiguió él, mirándola a los ojos apasionadamente.

Le puso una mano detrás del cuello y se inclinó para besarla.

Capítulo 14

Abrió la boca y colocó ambas manos sobre sus mejillas. Sus labios se juntaron, sus lenguas se enlazaron con fervor. Philip la atrajo hacia su pecho, le acarició la espalda con una mano y recorrió sus pechos, su cintura y sus piernas con la otra. Cassandra arqueó la espalda, gimió de placer, sintió como si la pasión fuera a engullirla por completo y su cuerpo no le perteneciera. Una sensación que lejos de darle miedo, le resultaba excitante, como si estuviese entrando en un mundo que jamás había pisado.

Philip le desabrochó el corpiño, le acarició los senos por encima del sostén mientras marcaba un reguero de besos hacia su oreja. Comenzó a mordisquearle el lóbulo mientras le pellizcaba los pezones hasta endurecérselos. Cassandra notó el calor húmedo que había anegado el vértice de sus piernas, apenas tenía resuello.

-Cassandra -susurró él mientras le besaba el cuello. La cambió de postura, de modo que la espalda de Cassandra se recostara sobre su pecho y ella notase en las nalgas la presión contenida de su erección. Luego introdujo las manos bajo sus faldas y empezó a subir por los muslos hasta apoderarse del centro cálido de Cassandra.

Siguió besándole el cuello, la despojó de la camisa de algodón y empezó a lamerle los pezones sin dejar de frotarle con los dedos la puerta de su feminidad.

De pronto, el caballo relinchó y los despertó de su apasionado arrebato.

-¡Dios! -murmuró Philip mientras retiraba a su pesar la mano de entre las piernas de ella-. Podría vernos cualquiera.

-Lo siento -se disculpó Cassandra, colorada de vergüenza-. No debería haber...

-No -atajó él-. No ha sido culpa tuya, sino mía. Intento convencerte de que no

trato de seducirte y luego me tiro sobre ti como una bestia hambrienta. Está claro que no puedo controlarme cuando estoy contigo.

-A mí me pasa lo mismo -admitió ella-. Philip... ¿tan malo es lo que estábamos haciendo? -añadió mientras se abrochaba el corpiño.

-¿Malo? ¡No! No creo que sea malo. Pero no es el momento ni el lugar adecuados. Creo que lo que quiero hacer contigo es estupendo, pero puede que no todo el mundo piense lo mismo.

-Eso es verdad...

-Cassandra, yo no quiero hacerte daño de ningún modo. NO quiero que te sientas triste ni que puedan pensar mal de ti -le dijo Philip, agarrándole la barbilla-. Te deseo como no he deseado a ninguna mujer, pero la decisión es tuya. Me niego a aprovecharme de ti.

-No sé cómo he podido pensar tan mal de ti -Cassandra sonrió-. Eres un hombre muy bueno.

-Hay muchos que no piensan igual, pero me doy por satisfecho con que tú lo creas -Philip le dio un beso suave en los labios y luego tomó las riendas del caballo-. Y ahora será mejor que hablemos de otras cosas... o no lograremos llegar a casa -concluyó con voz ronca.

Esa noche, Cassandra se puso el vestido que le había regalado Lady Violet el día anterior. Olivia y Georgette la ayudaron a peinarse y, cuando por fin salió a cenar, el rostro de Lady Violet se iluminó. Lady Neville comentó lo bien que le quedaba. Y hasta tía Ardis y Joanna la miraban como si no la conocieran.

-¿Intenta poner a prueba mi autocontrol, señorita Verrere? -le susurró Philip al oído en el salón, cuando hubieron terminado de cenar.

-Por supuesto, señor. Esa es la idea -repuso Cassandra con coquetería.

Durante los siguientes días, trabajaron con ahínco en la biblioteca, pretextando que Sir Philip había decidido catalogar los libros de la familia y que Cassandra estaba dispuesta a ayudarlo. Desaparecidas sus sospechas sobre Philip, la búsqueda dejó de ser tediosa.

Por las tardes solían hacer una pausa para dar una vuelta a caballo. Joanna intentaba acompañarles a menudo, pero Sir Philip aprendió a desembarazarse de ella con gran elegancia.

Cabalgaban sin un rumbo fijo, pero la mayoría de los viajes acababan en las ruinas de un antiguo monasterio.

-Si quisiera esconder un tesoro -comentó Philip mientras se apeaba del caballo-, éste es el sitio que elegiría.

-Sí -convino Cassandra, fascinada por la paz y la belleza del lugar-. ¿Crees que la dote de Margaret está aquí?

-No me extrañaría -Philip se encogió de hombros-. Pero no sabemos por dónde empezar a excavar... si es que de veras lo enterró.

-¿Qué quieres decir?, ¿qué podría haberlo escondido en una habitación secreta

del monasterio?

-No cabe duda de que imaginación no le falta -Philip sonrió, la abrazó y contuvo las ganas de besarla.

Por primera vez en toda su vida, no sabía lo que sentía. Quería hacerle el amor, de eso estaba seguro. Pero no quería arriesgarse a deshonrarla. De modo que la única solución aceptable para acostarse con ella y no arruinar su reputación era el matrimonio. Estaba convencido de que la vida nunca sería aburrida teniendo a Cassandra como compañera. Y sería una relación apasionada, al principio por lo menos. Y si con el paso del tiempo la llama de la pasión se apagaba, seguiría siendo una mujer inteligente y una amiga inestimable. Al fin y al cabo, en algún momento tendría que casarse para perpetuar el apellido de los Neville. Por otra parte, Cassandra provenía de una buena familia, por raros que fueran los Verrere en ocasiones.

No tenía dinero, pero eso no le importaba. Puede que a la mayoría le pareciese más guapa una mujer como Joanna, pero Cassandra era infinitamente más bella para él. Y si acababa teniendo hijos con ella, serían inteligentes, divertidos, cariñosos...

Se detuvo al advertir que estaba pensando en casarse. Nunca antes se lo había planteado siquiera. Por el contrario, siempre había pensado que prefería seguir soltero. Jamás había creído que podría amar a una mujer y ser feliz casado con ella. Hasta conocer a Cassandra.

En cualquier caso, debía ir despacio y no hacer nada h asta no tener claro qué debía hacer. Por mucho que la deseara y que le costara no besarla ni acariciarla, decidió contenerse.

-Será mejor que volvamos o no llegaremos a la hora de la merienda -dijo por fin después de soltarla.

-Sí -Cassandra sonrió y ambos echaron a andar hacia los caballos-. Ya sé que estás ansioso por hablar un rato con Joanna -lo provocó.

Philip emitió un gruñido de disgusto. En vista de lo inaccesible que se estaba mostrando con Joanna, ésta aprovechaba cada reunión familiar para sentarse a su lado, tratando de monopolizar su atención.

-¡Qué cruel eres! -bromeó él-. Nunca haces nada para ayudarme, me he dado cuenta.

Ya eres mayorcito -respondió Cassandra riéndose, mientras Philip la ayudaba a montar-. Estoy segura de que sabes manejar a una mujer que no llega al metro sesenta.

-Puede que no sea tan alta, pero en casa llega a todas partes.

Con el paso de los días, fueron perdiendo la esperanza de encontrar el Libro de la Reina . Ya habían mirado la mayoría de los estantes y sólo quedaban por revisar los que contenían los libros más recientes.

-No va a estar aquí -dijo Philip.

-¿Hay algún otro sitio donde tu familia puede haber puesto algún libro? -preguntó Cassandra.

-Mi padre y mi abuelo no eran grandes amantes de la lectura. Supongo que pueden haber almacenado algunos libros viejos en el desván. Al fin y al cabo, su interés por la biblioteca era meramente estético -dijo él-. Lo malo es que es posible que hasta los hayan tirado. No sé, le preguntaré a mi madre a ver si recuerda algo.

Era frustrante no obtener recompensa alguna con todo lo que habían trabajado. Sin la segunda parte del mapa no podrían encontrar el tesoro y, lo peor de todo, si dejaban de buscarlo, Cassandra regresaría a su casa.

Esa tarde, antes de cenar, Philip entró en la habitación de su madre.

-¡Philip, cariño! -exclamó Lady Violet mientras una doncella le ponía horquillas en el pelo-. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Recuerdas cuando eras pequeño y venías a verme mientras yo me preparaba para bajar a cenar?

-Por supuesto, es uno de mis mejores recuerdos de la infancia.

-Ven, siéntate -Violet apuntó hacia la silla que tenía al lado-. Termina con las horquillas y luego puedes marcharte. Ya te llamaré cuando vaya a vestirme -le dijo a la doncella.

Charlaron de todo y nada durante unos minutos, hasta que por fin se quedaron a solas.

-Bueno, ¿qué te trae por aquí? -le preguntó Violet a su hijo-. ¿Es por la señorita Verrere?

-¿Por Cassandra? -exclamó él-. ¿Por qué dices eso?

-No soy ciega, Philip. Te pasas el día con ella en la biblioteca, salís a montar a caballo, me pediste que encargara ese vestido y que se lo regalara como si lo hubiera comprado para mí -contestó Lady Violet-. Lo que quiero decir es que no debes hacerla concebir esperanzas, o le romperás el corazón y harás que todos se rían de ella y la compadezcan.

-¡Yo jamás le haría algo así a Cassandra!

-Entonces ¿qué piensas? ¿Es que vas a casarte con ella?

-¿Por qué lo dices como si fuese una idea tan descabellada? ¿No llevas años pidiéndome que me case?

-Por supuesto que sí. Y te aseguro que la señorita Verrere me parece agradable, una mujer buena y eficiente. De buena familia...

-¿Pero?

-Pero no es la mejor candidata posible. He oído que su familia está en la ruina. ¡Y su tía y su prima son insoportables!

-Nosotros también tenemos algunos parientes poco presentables -respondió Philip-. Y no busco dinero en una esposa. La señorita Verrere es única, me gusta. Jamás me había sentido atraído por una mujer de este modo.

-Philip... ¿hablas en serio? -preguntó Lady Violet, asombrada-. ¿Estás pensando en casarte con la señorita Verrere de verdad?

-¡No lo sé! -contestó él-. Sé que me gusta estar con ella. Pero no la estoy alentando en ese sentido. Estamos trabajando juntos en un proyecto. Por eso pasamos tanto tiempo juntos.

-¿Un proyecto?, ¿de qué estás hablando? -quiso saber Lady Violet.

-Tiene que ver con nuestros antepasados. Con la enemistad que ha separado a nuestras familias durante tantos años -respondió Philip-. De hecho, por eso he venido a verte. Necesito que me digas una cosa: ¿te suena que esta casa haya un libro titulado El Libro de la Reina ?

-No, pero ya sabes que no sé muy poco de libros -Lady Violet frunció el ceño-. ¿Por eso habéis pasado tanto tiempo en la biblioteca?

-Sí, pero no lo hemos encontrado -Philip suspiró.

-¿Por qué no miráis en el desván? Puede que allí haya más libros... aunque yo nunca he llevado ninguno. Déjame que lo piense. Igual recuerdo algo.

Philip le dio las gracias a su madre, salió de su dormitorio y fue al de su abuela, que ya estaba vestida para bajar a cenar.

-¿Cómo por aquí, jovenzuelo? -preguntó Lady Neville, sorprendida por la inesperada visita de su nieto-. ¿Ya te has decidido por esa chica?

-¿Qué chica?

-No intentes engañarme, sabes de sobra que me refiero a la señorita Verrere -repuso Lady Neville-. Parece que estás enamorado de ella.

-No lo estoy -contestó él.

-¿Quieres decir que no te parece la mujer adecuada para casarte?

-Cuando decida casarme, te prometo que serás la primera en saberlo. Bueno, puede que la segunda.

-La tercera, más bien. Bueno, si no querías mi consejo sobre la señorita Verrere, ¿Qué te trae hoy por aquí?

-Cassandra y yo estamos tratando de localizar un libro sobre una reina, o varias. De hace unos doscientos años -contestó Philip-. ¿Te suena de algo que pueda orientarnos?

-La verdad es que no... ¿doscientos años? -repitió Lady Neville-. ¿Quién te dice que lo hemos conservado?

-Tengo la esperanza de que sea un libro valioso.

-No creo que fuera valioso para mi difunto esposo. Su padre lo presionó tanto para que leyera cuando era pequeño, que juró no volver a leer un libro de mayor. Y creo que cumplió su palabra -Lady Neville se detuvo-. ¿Sabes? Ceo que tía Liliana podría echarte una mano.

-¿La tía del abuelo? Pero, abuela, la última vez que fui a verla no me reconoció siquiera, ¿Cómo va a acordarse de un libro de su infancia?

-No lo sé. La gente recuerda las cosas más extrañas. Sobre todo, cuando se hace vieja -contestó Lady Neville-. A veces se acuerdan mejor de las cosas lejanas que de lo que ha ocurrido esa misma mañana. Inténtalo: a ella le gustaba mucho leer.

-Gracias, abuela. Sabía que se te ocurriría algo. -Philip se puso de pie, le tomó una mano y le hizo una reverencia.

Luego salió de la habitación silbando, con los ánimos renovados. Puede que tía Liliane no fuese una gran baza, pero era mejor que nada. Y con la excusa de visitarla,

podría pasar un agradable día con Cassandra fuera de Haverly House.

-¿Tu tía abuela? -preguntó Cassandra mientras el carruaje avanzaba por el sendero.

-No, mi tía bisabuela. Era la tía de mi abuelo.

-Tiene que ser muy mayor.

-Unos noventa años.

-Entonces ese posible que sepa algo de El Libro de la Reina. -dijo Cassandra, esperanzada.

El viaje hasta la casa de tía Liliane duró tres agradables horas. Vivía en una casa muy antigua, cuya entrada era tan baja que Philip tuvo que agacharse para entrar. Como también tuvo que encogerse al subir las escaleras que daban al dormitorio dela tía Liliane, pues el techo descendía allí hasta una altura que apenas le permitía a Cassandra permanecer estirada.

-Vino a esta casa después de quedarse viuda. No soportaba a la esposa de su hijo y se negó a vivir con ellos -comentó Philip en alusión a tía Liliane-. Yo solía venir de visita. Me encantaba. Tenía todo tipo de libros y me dejaba hacer lo que quisiera. Comíamos a cualquier hora...

-Parece que la querías mucho.

-Y la quiero -afirmó Philip-. Pero es una lástima. Con lo inteligente que era y ahora apenas sabe quién soy yo.

Una doncella los condujo a un dormitorio, donde una anciana bajita y corcovada los esperaba con ilusión. Tenía el pelo totalmente blanco y estaba cruzada de brazos.

Tía Liliane los miró unos segundos y luego los invitó a que se sentaran haciendo un gesto con una mano. Philip le corrió una silla a Cassandra y luego tomó asiento él.

-¿Rosemary? -preguntó la mujer.

-No, señora... Yo soy Cassandra.

-Tía Liliane, permíteme que te presente a Cassandra Verrere.

-¡Verrere! -exclamó la anciana, indignada-. ¿Una Verrere en mi casa?

-No, tía. He dicho Ferrere -improvisó Philip-. Cassandra Ferrere.

-Ah -dijo tía Liliane-. Hacía mucho que no venías a verme, Edward.

-No, tía. Soy Philip, el nieto de Richard.

-Richard no es tan mayor como para tener un nieto -contestó ella, recelosa.

-Hemos venido a preguntarte por un libro, tía -prosiguió Philip.

-¿Un libro?, ¿qué libro? -preguntó tía Liliane, desconcertada.

-¿Recuerda la biblioteca de Haverly House? -terció Cassandra.

-¡Pues claro que la recuerdo!, ¡qué pregunta más tonta!

-Lo siento. Es que no la conozco mucho.

-Cierto, no me visitas tanto como tu hermana.

-Ya... -Cassandra se quedó pensando un segundo-. Pero mi hermana me habló una vez de un libro del que usted la había hablado a ella. Un libro sobre reinas.

-¿Sobre reinas? , ¿qué reinas?

-No estoy segura. Es un libro antiguo, estaba en la biblioteca de Haverly House -contestó Cassandra-. Mi hermana lo llamó El Libro de la Reina .

Tía Liliane enarcó ambas cejas y soltó una risotada:

-¡Ah!, ¡haberlo dicho antes! ¿Queréis que os hable del libro de la Reina? Pues yo os lo cuento todo.

Capítulo 15

-¿Lo conoces? -preguntó Philip.

-¡Por supuesto que lo conozco! Es el libro más valioso de la colección de papá -contestó tía Liliane-. Parece que el que no lo conoces eres tú.

-Exacto. Por eso he venido a verte. Alguien de nuestra familia lo perdió y queremos encontrarlo de nuevo.

-¿Qué han perdido el libro de oraciones de la Reina Isabel? -tía Liliane miró a Philip horrorizada.

-¡Ya está! -exclamó entonces Cassandra-. No era el título de ningún libro, sino el devocionario de la mismísima Reina Isabel. Margaret lo escondió allí porque sabía que era un libro valiosísimo, pero que nadie lo hojearía cuando estuviera aburrido y quisiera leer un rato. ¡Qué inteligente!

-Lo malo es que lo hemos perdido -insistió Philip, dirigiéndose a su tía.

-¿Pero cómo que lo habéis perdido? ¡Eso es imposible!

-A mí padre no le gustaba mucho leer y me temo que algún momento debió de extraviarlo -dijo Philip-. ¿Cuándo fue la última vez que recuerdas haberlo visto, tía Liliane?

-No lo sé, lo recuerdo cuando era pequeña. Luego... no lo recuerdo.

-¿Y estaba entonces en la biblioteca de Haverly House?

-¡Ni hablar! Era demasiado valioso. Mi padre lo guardó en una caja metálica con un candado, en el trastero que había junto a su dormitorio.

-¿Puedes decirnos cómo era para que podamos reconocerlo si lo vemos? -preguntó Philip.

-Era un devocionario, no muy grande. Tenía un forro de piel, con los cantos de las hojas dorados. Y había un rubí y dos topacios en el lomo. Y algunas perlas en la portada. En la primera guarda estaba dedicado a Sir Everard, firmado por la Reina Isabel -detalló tía Liliane-. ¿De verdad se ha perdido? -añadió desolada.

-¿Crees que seguirá en ese trastero? -preguntó Cassandra mientras regresaban a Haverly House.

-Es posible. MI padre guardaba las joyas y las cosas de valor en una habitacioncita que había junto a su dormitorio. Hay una caja fuerte, pero la he revisado más de una vez y no hay ningún libro.

-Al menos ahora sabemos lo que estamos buscando -dijo Cassandra.

Estaba deseando ponerse manos a la obra de nuevo. El día anterior había perdido la esperanza de encontrar la segunda mitad del mapa, lo cual les impediría descubrir el

tesoro... y la obligaría a marcharse de la casa de Philip.

Al llegar a Haverly House, sin embargo, tuvieron la mala suerte de toparse con Joanna.

-¡Philip! -exclamó ésta mientras se colgaba de su brazo-. Eres muy malo conmigo. Mira que dejarme todo el día con los niños -añadió, poniendo cara de puchero.

-Creía que se había hecho amiga de mi hermana, señorita Moulton -contestó él mientras se deshacía del brazo de Joanna-. Por cierto, ¿ha visto a mi madre?

-No... -respondió ella, confundida por el súbito cambio de conversación.

-Entonces discúlpenos, pero debo hablar con ella ahora mismo.

Philip hizo una reverencia y se marchó con Cassandra hacia el salón, donde encontró a Lady Violet y a Lady Neville.

-Hola cariño, ¿cómo está tía Liliane? -preguntó Lady Violet, ofreciéndole una mejilla para que su hijo la besara.

-Parece muy frágil, perola enfermera que la cuida dice que tiene una salud excelente -contestó Philip-. No me reconoció al llegar. Creo que ha perdido un poco la cabeza... pero se acordaba perfectamente del libro que estamos buscando. ¿Os suena algo de un devocionario que la Reina Isabel le dedicó a Sir Everard? -añadió esperanzado.

-Sí, creo que tenía tres joyas en el lomo y perlas por toda la portada. Sir Richard lo guardaba en una caja fuerte -comentó Lady Neville.

-Pero ya no está en casa. Recuerdo que mi esposo quería comprar unos caballos, pero andaba escaso de dinero y decidió vender algunas antigüedades: un salero de plata, una estatua griega o romana ... y ese libro de la Reina -los informó Lady Violet. Cassandra se desplomó sobre una silla, completamente hundida-. Cariño, ¿tan importante es el libro?

-Sí que lo es. Los Verrere son muy estudiosos y ese libro es... un documento histórico muy importante para ellos -dijo Philip. Luego se dirigió a Cassandra-. No te preocupes. Lo recuperaremos. Un libro así no puede haber desaparecido... Mamá ¿recuerdas si papá trataba con algún librero particular?

-No digas tonterías, Philip -terció su abuela-. Mi hijo Thomas soportaba los libros tan poco como su padre. Es imposible que tuviera una relación especial con algún librero.

-Puede que Stanley sepa algo de la venta -dijo Philip, en alusión al administrador de los Neville.

-Puede. Si siguiera vivo, quizá se acordara de algo. Pero hace muchos años que murió.

-Me refiero a su hijo. Seguro que guarda un registro contable de las transacciones de nuestra familia. Le escribiré inmediatamente -dijo Philip-. Y si no es así, preguntaremos a todos los libreros de Londres, a ver si alguno de ellos lo compró.

-¡Claro! El señor Simons nos ayudará! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? -exclamó de pronto, Cassandra-. Iremos a Londres a visitarlo. ¿Cuándo salimos?

-¿Os vais a Londres? ¿Así sin más? -preguntó Violet.

-La señorita Verrere es una mujer muy decidida, mamá -contestó Philip.

-Pero... ¿no pensareis ir los dos juntos? -terció Lady Neville, estupefacta.

-Por supuesto -respondió Philip- Me temo que la señorita Cassandra me cortaría la cabeza si fuese yo solo.

-Imposible -sentenció Lady Neville.

-Tu abuela tiene razón -dijo Violet-. No podéis ir los dos solos a Londres.

-Es que no vamos a ir solos -resolvió Philip al instante. Luego miró a su madre significativamente, pero esta denegó con la cabeza.

-No, yo no, Philip.

-A mí no me mires -se adelantó Lady Neville-. Yo ya soy demasiado mayor para viajar a Londres.

-Está bien -lamentó Philip-. Supongo que tendremos que llevarnos de carabina a la tía y a la prima de Cassandra.

Tía Ardis se mostró encantada con el ofrecimiento de Sir Philip Neville. Todos tuvieron que soportar sus efusivos agradecimientos y sus indirectas acerca del interés de Sir Philip por su hija, una que Lady Violet y Lady Neville no eran tan tontas como para no intuir que no era en Joanna en quien estaba interesado él.

-Pronto oiremos campanas de boda -comentó la abuela-. Se me hace raro que se case con una Verrere.

-Es una chica agradable -dijo Violet.

-E inteligente -añadió la suegra-. Aunque no tiene dinero. Sólo espero que no tengamos que aguantar a las Moulton cada dos por tres.

Mientras tanto, en otra habitación, tía Ardis hablaba sin cesar de lo enamorado que veía a Philip de su hija Joanna.

-¿Estás segura de eso? -preguntó Cassandra, incapaz de comprender la ceguera de las Moulton-. ¿Te ha hablado él de su interés por Joanna?

-Es demasiado pronto para eso -contestó tía Ardis sin más-. Pero es evidente: ¿no ves que no se separa de Joanna ni una sola tarde?

-¿Y qué quieres que haga si Joanna se pega a él como una lapa en cuanto Sir Philip entra por la puerta? -replicó Cassandra.

-¡Estás celosa! -exclamó su prima -. Te da envidia que me prefiera a mí. Pues espero que no te hagas ilusiones por el mero hecho de que trabajéis juntos en ese estúpido proyecto genealógico. A ningún hombre le gustan las mujeres que saben tanto de libros.

Cassandra decidió morderse la lengua, pues era obvio que su tía y su prima se negaban a ver la realidad.

-En fin, creo que no tiene sentido seguir hablando de esto -dijo con suavidad-. Me voy a la cama.

Salió de la habitación y se le ocurrió que podía darse un paseo antes de acostarse. Al fin y al cabo, en realidad no estaba cansada. Una vez en el jardín, se quedó mirando la luna, cuyos rayos rebrillaban a lo lejos sobre un pequeño lago.

-¿Nerviosa por el viaje? -le preguntó de pronto Philip.

-¡Me has asustado! -exclamó ella, sobresaltada. Luego, más relajada, respondió-: sí, he salido a dar una vuelta, a ver si me relajo.

-Ya... me temo que tendremos que posponer el viaje un par de días -anunció él-. Mi agente inmobiliario lleva detrás de mí desde que llegamos, pero lo he estado evitando para poder buscar el libro... Dice que tengo que atender unos asuntos antes de volver a marcharme.

-No pasa nada -Cassandra sonrió y se tragó su decepción-. No puedes emplear todo tu tiempo en mis cosas.

-También son las mías -le recordó él-. Además, me encanta pasar el tiempo contigo... Eres preciosa -añadió entonces, mirándola a los ojos.

-Me temo que la luna ha afectado a tu cordura -Cassandra sonrió-. La mayoría piensa que no soy más que pasable.

-Bueno, pero soy tan arrogante que creo que mi opinión es la única que importa -respondió Philip, al tiempo que estiraba las manos para rozarle ambas mejillas-. Jamás he visto unos labios tan tentadores -añadió, justo antes de posar su boca sobre la de ella.

Cassandra se pegó a él, tratando de lograr que sus cuerpos estuvieran tan unidos como sus lenguas. Luego, a pesar del imperioso deseo de hacerle el amor allí mismo, Philip logró contenerse, se apartó... y clavó los ojos en un mirador que había junto al lago.

-Ven -le dijo con voz ronca.

Capítulo 16

Cassandra sabía que debía resistirse, pero los últimos días trabajando junto a Philip constantemente habían avivado las llamas de su deseo. Agradecía que él se hubiese controlado par demostrarle que la respetaba, pero también le habría gustado que se hubiese dejado arrastrar un poco más por la pasión.

Una vez en el mirador, Philip se giró y la besó con ardor. Se apartó lo justo para desabotonarle el corpiño y despojarla a continuación de la camisa, tras lo cual empezó a pellizcarle los pezones hasta que éstos se endurecieron excitados.

-Llevo deseando este momento desde que te conocí -susurró Philip sin dejar de acariciarle los pechos, mientras ella le desabrochaba la camisa para poder tocar su torso desnudo.

Philip la abrazó para volver a besarla, apretándola con fuerza para sentirla piel contra piel. Cassandra terminó de quitarle la camisa y la tiró al suelo. Se había humedecido y quería sentir a Philip dentro de ella.

Siguieron besándose y desnudándose con fervor. Cuando todas las prendas se hubieron amontonado sobre el suelo, Cassandra sintió una mezcla de pudor ante su propia desnudez y miedo y excitación por la de Philip, cuyas manos la recorrieron metódicamente de arriba abajo, hasta enredarse en el vello de su pubis.

Luego empezó a besarle un hombro, el cuello, mientras le acariciaba las nalgas con una mano y avanzaba con la otra hasta el interior de sus piernas.

Cassandra se ruborizó, pensó que se caería al suelo de la excitación, pero Philip la sujetó, le dio media vuelta para que se apoyara sobre el pecho de él y siguió acariciándola íntimamente, apretando su erección contra el trasero de ella.

Philip le lamió el lóbulo de una oreja, continuó frotándola con ambas manos por el pecho, por el abdomen, por el miembro ardiente de su virilidad.

-¿Estás segura de que quieres seguir adelante? -susurró Philip mientras la tumbaba sobre un mullido y largo asiento del mirador.

Cassandra respondió separando las piernas y dio la bienvenida a la primera arremetida de Philip, que la besó con ternura hasta notarla relajada. Luego empezó a empujar y Cassandra experimentó una mezcla deliciosa de dolor y placer. Se hundió en ella hasta llevarla allá adonde nunca antes la habían llevado, moviéndose despacio al principio y más y más de prisa a medida que las garras de la pasión se apoderaban de ambos. Cassandra estaba transportada, sintió un espasmo, una explosión de deseo que la estremeció, justo a la vez que Philip se derramaba en su interior y caía rendido encima de ella.

Poco a poco regresó a la realidad y fue tomando consciencia de quién era y dónde estaba. Philip suspiró, rodó para no aplastarla y la colocó encima de él. La estrechó entre los brazos y Cassandra reposó la cabeza sobre su pecho, oyó el latir furioso de su corazón y sintió una paz inefable, como si allí, junto a Philip, hubiera hallado su hogar.

Un rayo de sol despertó a Cassandra a su pesar. Se dio media vuelta, suspiró y hundió la cabeza en la almohada recordando la noche anterior.

No habían permanecido apenas tiempo en el mirador, pues no había querido Philip que tía Ardis o Joanna fueran a buscar a Cassandra por cualquier motivo y no la encontraran en su dormitorio. Ella había obedecido sin rechistar, demasiado feliz como para preocuparse por nada. Había entrado en casa primero y, por suerte, no se había cruzado con nadie de camino. Se había dormido nada más caer en la cama y ahora era el primer momento en que reflexionaba sobre lo que había ocurrido.

Sonrió al recordar cómo habían hecho el amor y tuvo la certeza de que amaba a Philip. Y aunque sabía que su tía tenía razón cuando decía que los hombres como él no se casaban con mujeres sin dinero, lo único que le importaba era el amor que le llenaba el pecho.

Se levantó y se tomó tiempo para bañarse y vestirse. Cuando por fin bajó, ya habían retirado el desayuno, de modo que le pidió una taza de té y una tostada a un criado, el cual la informó de que Philip había salido a una reunión con su agente inmobiliario y no volvería hasta la hora de cenar.

Pasó el día preparando el equipaje par Londres y charlando con los gemelos y Olivia. Cuando por fin regresó Philip, tuvieron que mantener las apariencias durante la cena y la posterior sobremesa.

Cassandra se preguntó qué ocurriría esa noche, si Philip se arriesgaría a buscarla, a pesar deque sus dormitorios estaban en extremos opuestos y cualquiera podría sorprenderlo en el intento.

Por si acaso, cuando llegó la hora de retirarse, se echó más perfume y se puso su mejor camisón para recibirlo. Se metió en la cama, dejó dada la luz de la mesilla de noche... y se quedó dormida.

Una caricia en la cintura la despertó al cabo de un buen rato.

-Soy yo, no grites -susurró Philip mientras se acomodaba en la cama-. He tardado mucho porque quería asegurarme de que todos estuvieran dormidos.

-Me alegra que hayas venido -dijo Cassandra, sonriente.

-Y yo me alegro de que te alegre -Philip le dio un beso fugaz en los labios-. Tenemos que hablar. Mañana estaré ocupado con mi agente inmobiliario y luego será difícil deshacernos de las Moulton. Tenemos que hablar ahora -añadió mientras le acariciaba los pechos con las puntas de los dedos.

-Ya habrá tiempo después -murmuró Cassandra, que no sabía si quería oír lo que él quería decirle.

-¿Qué? Ah, sí... después -entonces la besó y ya no pudieron hablar.

Despertó sola. Agradecía que Philip se preocupara por su reputación, y no podía evitar fantasear con lo agradable que sería amanecer junto a él cada mañana.

Al igual que el día anterior, no se le ocurría qué hacer en ausencia de Philip. Ultimó la preparación del equipaje, bajó a comer y, poco después, una doncella llamó a su dormitorio y le entregó una nota. Cassandra la leyó y sonrió. Era de Philip, el cual le comunicaba que estaría libre por la tarde y le proponía que quedaran a las dos en las ruinas del monasterio.

Se cambió de ropa y se dirigió al establo acato seguido. Llegó al lugar de encuentro un poco pronto, ató al caballo a la sombra de un árbol y dio una vuelta por los alrededores.

Entonces oyó algo, se giró pensando que Philip había llegado y salió de la habitación en que se encontraba. Un destello extraño le llamó la atención, pero antes de que pudiera distinguirlo, algo le golpeó por detrás y la tiró la suelo. Sintió un latigazo de dolor en la cabeza. Luego nada.

Cassandra recuperó la consciencia poco a poco. Yacía sobre una superficie dura, pero no reconocía dónde estaba. Recordaba haber recibido un golpe mientras paseaba por el monasterio, pero no se hallaba allí, sino en una habitación muy alta, con una escalera de caracol que llegaba hasta un hueco del techo.

El suelo estaba cubierto de polvo y Cassandra vio las huellas de quien debía haberla arrastrado hasta allí. Era evidente que alguien le había hecho daño adrede y la había ocultado en aquel extraño lugar.

Se fue incorporando lentamente hasta ponerse de pie y se dirigió hacia la puerta, la cual no pudo abrir, tal como esperaba. ¿Dónde podía estar? Aquel sitio era

tan extraño que Cassandra se sentía como si la hubieran transportado a otro mundo.

Decidió sentarse y, después de pensar un rato, se le ocurrió que podría estar en uno de los molinos de viento que rodeaban Haverly House. Se preguntó cuánto tiempo tardarían en echarla de menos, pero trató de encontrar una salida por su cuenta, aunque sólo fuera por si acaso.

Aporreó la puerta y pidió auxilio a gritos, pero se cansó al cabo de unos minutos. Apenas entraba ya luz por las ventanas, de modo que debía de haberse perdido la cena. Pensó en escaparse por una de las ventanas, pero al ver el estado decrépito de las escaleras que conducían hacia el techo, comprendió que sería una locura intentar encaramarse hasta ahí arriba.

Echó un vistazo a los pocos objetos que había en la habitación: una escoba con la que podría atacar a su agresor si regresaba, una cuerda, una silla rota, unos pocos tornillos y una extraña máquina cuya utilidad desconocía.

Aunque le pareció improbable, se le ocurrió que podría tirar algo por la ventana, por si tenía la suerte de que alguien pasara por allí y lograra captar su atención. Así que rompió una pata de la silla y, después de estrellarla repetidamente contra el cristal de una de las ventanas, consiguió romperlo... pero nadie reaccionó afuera.

La habitación oscurecía por segundos. Rompió otra pata de la silla, pensando que sería un arma de defensa más contundente que la escoba, y se preguntó quién podría estar interesado en secuestrarla. Sólo se le ocurría que Joanna estuviese celosa de ella, pero era demasiado perezosa para llevar a cabo algo así.

No, seguro que no había sido Joanna.

Debía de tratarse de la misma persona que había entrado a robar en Chesilworth y en Haverly House. ¿Pero qué ganaba el ladrón secuestrándola? Entonces pensó que quizá quería ir a Londres antes que ella para encontrar el libro por su cuenta... aunque eso implicaba que sabía qué libro era el que estaban buscando, y ellos sólo se lo habían dicho a sus familiares.

Ya había anochecido por completo, cualquier ruido multiplicaba su volumen en las tinieblas. Por más que procuró serenarse, no podía evitar sentir miedo. Lo que era lógico: ¿acaso no la habían secuestrado?, ¿la dejaría encerrada su agresor hasta que se muriese de sed o hambre?

Prefirió olvidarse de tan lúgubres vaticinios y trató de centrarse en quién y por qué la había capturado. Puede que Philip no se hubiese equivocado al desconfiar de David Miller. Quizá había vendido los diarios de Margaret con la esperanza de descubrir a algún Verrere y de usarlo como cebo para dar con el tesoro de la dote española.

Sin embargo, ¿cómo podía haberse enterado David Miller del libro donde debía estar la otra mitad del mapa? No tenía sentido. La única persona que podía beneficiarse... Cassandra se detuvo, dio marcha atrás, incapaz de dar crédito a lo que estaba pensando... Pero tenía que afrontar la verdad: la única persona que podía beneficiarse de aquel secuestro era Philip.

Capítulo 17

Se negaba a aceptarlo, estaba convencida de que Philip jamás le haría daño. Pero debía admitir que era la opción más probable. Había visto el mapa de Chesilworth las veces suficientes como para memorizarlo y hacer una copia. Y ahora que ya sabía qué libro buscaba, podría localizarlo sólo y adueñarse de todo el tesoro de la dote.

No, Philip nunca le habría hecho el amor con tanta ternura si hubiese tenido en mente matarla de hambre en el interior de aquel molino. Aunque no tenía por qué llegar tan lejos. Bastaba con que la retuviera encerrada unos días. Philip podría enviar a alguien por el libro mientras fingía buscarla con el resto de la familia y luego, una vez la encontraran, podría acompañarla a Londres y regresar con las manos vacías... porque él ya habría conseguido antes la otra mitad del mapa.

Se le saltaron las lágrimas. Se negaba a creer que Philip fuese un hombre tan perverso y avaricioso. Recordó que ya lo había acusado injustamente por la casa de Silverwood y decidió que no lo volvería a condenarlo mientras no tuviera pruebas.

Los ruidos de la noche la asustaban, no conseguía dormirse a pesar del cansancio que pesaba sobre sus párpados, los minutos avanzaban con lentitud, hasta que, poco a poco, el alba empezó a despuntar. Sólo entonces, por fin, logró quedarse dormida.

Cuando despertó, horas más tarde, el interior del molino estaba totalmente iluminado. Se levantó y estiró los músculos. Se sentía sucia, tenía sed, hambre... y, de pronto, oyó unas voces afuera.

-¡Socorro!, ¡Auxilio! -gritó Cassandra.

-¡Cassandra!, ¡Cassandra!

-¡Crispin!, ¡Hart! -chilló ella, emocionada al oír a sus hermanos.

-¡La oigo! ¡Está por ahí!, ¡En el molino!

Los gemelos se acercaron y vieron que la puerta estaba bloqueada. Poco después, empezaron a golpear la puerta y, de repente, lograron que se abriera unos centímetros. Pocos, pero suficientes para que Cassandra saliese.

-¡Crispin!, ¡Hart! -Cassandra se abrazó a sus hermanos llorando y riendo de alegría.

-¿Qué hacías allí?

-Te estábamos buscando desde ayer.

-Sí, Sir Philip y los mozos se han pasado la noche en vela explorando los alrededores.

-Ahora está en el monasterio. No sé por qué cree que estás allí -dijo Hart-. ¡Mira, por ahí viene!

-¡Cassandra! -exclamó Philip, todavía espantado, nada más apearse del caballo.

-¡Philip! -sin pensárselo dos veces, Cassandra se tiró en sus brazos y empezó a llorar.

Philip la abrazó con fuerza mientras los niños le contaban cómo la habían descubierto. Había pasado la peor noche de su vida buscándola, pensando qué podía haberle ocurrido, que se habría escapado porque se avergonzaba de haberse dejado arrastrar por la pasión. Se arrepentía de no haberle dicho que jamás le habría hecho

el amor si no hubiese decidido antes casarse con ella.

-Ya pasó, ya pasó -la consoló sin dejar de abrazarla.

-Estaba a oscuras, no sabía si me encontrarían...

-Lo sé, lo sé -dijo Philip mientras le daba un beso en el pelo-. Ahora mismo te llevo a casa.

-¡Estás despierta! -exclamó Olivia mientras corría a abrazarse a su hermana.

-Agua -pidió Cassandra. Bebió dos vasos seguidos y luego miró el estado de su ropa-. Estoy hecha un desastre. He puesto las sábanas perdidas.

-Sí. Tenías que haber visto la cara de la asistenta cuando Philip insistió en meterte en la cama sin cambiarte ni nada. Pero no dijo nada, porque Philip parecía dispuesto a estrangular a alguien -comentó Olivia-. Quería pasarse todo la noche a tu lado, pero Lady Neville lo convenció para que durmiera un poco y se afeitase, no te fueras asustar al verlo.

Cassandra se levantó, se dio un baño de agua caliente y pidió que le subieran algo para cenar. Se había pasado durmiendo casi todo el día.

Luego, nada más terminar de vestirse, llamaron a la puerta.

-Me han dicho que te habías levantado -dijo Philip, entrando en la habitación sin esperar respuesta-.¿Cómo te encuentras?

-Bastante bien, gracias -respondió Cassandra con cierta reserva.

-Olivia, déjanos solos -le ordenó Philip-. Tengo que hablar con tu hermana.

Olivia no discutió, a pesar de que tía Ardis le había pedido que no dejara entrar a Philip en la habitación de su hermana.

-¿Cómo llegaste al molino? No he encontrado el menor rastro de nadie alrededor. Es totalmente incomprensible.

-Lo único que sé es que me dieron un golpe en el monasterio y que cuando desperté estaba dentro del molino con un terrible dolor de cabeza -contestó ella.

-Sabía que habrías ido al monasterio -dijo Philip.

-¡Pues claro! -espetó Cassandra-. ¡Fui donde me dijiste que quedáramos en la nota queme dejaste!

-¿Qué? -Philip se quedó pálido-. Yo no te dejé ninguna nota.

-Pues una de las doncellas me dio una nota firmada por ti.

-¿Dónde está? Déjame ver.

-No la tengo. La guardé en el bolsillo y cuando desperté ya no la tenía -respondió ella-. ¿Crees que me lo estoy inventando?

-En absoluto. Pero... no podía ser mi letra -aseguró Philip-. Alguien te puso una trampa para secuestrarte.

-¿Pero, por qué?, ¿qué iba a ganar nadie encerrándome en un molino de viento?

-Tiene que estar relacionado con el mapa -Philip frunció el ceño-. Alguien quería que retrasáramos nuestro viaje a Londres para encontrar el devocionario de la Reina antes que nosotros... David Miller, por ejemplo.

-David Miller ya honesta en Inglaterra.

-Que tú sepas.

-De acuerdo, ¿pero cómo se va a haber enterado del libro que estamos buscando?

-No lo sé, quizá alguno de los criados lo oyó y se lo contó a los demás. Basta con que el señor Miller hubiera sobornado a uno...

-¿Y cómo explicas que me haya citado en el monasterio? -lo interrumpió Cassandra-. ¿Cómo sabía que es nuestro sitio favorito?

-¡Dios! -Philip se quedó helado-. ¿Crees que soy yo quien te ha secuestrado para...? ¡Maldita sea!, ¿cómo puedes pensar algo así después de lo que ...?

-¡No quiero creerlo! -exclamó Cassandra, poniéndose de pie-. Me niego a hacerlo, pero resulta demasiado sospechoso.

-¿Cómo puedes ser tan desconfiada? -bramó Philip, colérico-. Te voy a decir una cosa: vamos a ir a Londres, vamos a encontrar ese maldito libro y cuando descubramos la dote, te vas a quedar con todo el tesoro. ¡No quiero ni un centavo de él!

-Philip, por favor...

-Por favor, ¿qué? No confías en mí y así es imposible que dejes de tomarme por un canalla. ¿Cómo voy a demostrarte que no escribí una nota que ni siquiera tienes?, ¿cómo voy a demostrarte que jamás te haría daño si no te he convencido después de haber hecho el amor? -replicó él-. Vamos, Cassandra, hazme al menos el favor de ahorrarme tus lágrimas -añadió al ver que los ojos de ésta se humedecían.

Luego se dio media vuelta, salió de su habitación y cerró la puerta con una serenidad sobrecogedora.

Cassandra se tiró al suelo y rompió a llorar.

Capítulo 18

Partieron hacia Londres al día siguiente, pues.

Cassandra insistió en que no necesitaba descansar más y quería terminar con todo cuanto antes para poder lamerse en Chesilworth las heridas de su corazón.

Joanna notó la repentina frialdad en el trato entre su prima y Sir Philip, circunstancia que aprovechó para coquetear con él. Por su parte, a Cassandra le habría gustado poder decirle que se había equivocado, pero lo cierto era que seguía sin confiar plenamente en Philip.

La casa que los Neville tenían en la ciudad era espaciosa y elegante, pero aquellas comodidades no le importaban lo más mínimo en esos momentos.

A la mañana siguiente de llegar a Londres, Philip la llevó al despacho de su administrador, el señor Satley, el cual le prometió que miraría los registros de cuando era su padre quien dirigía los negocios con la familia Neville y se produjo la venta del devocionario para comprar los caballos.

Luego se fueron a la librería de Priman Simons, el librero que le había comprado los diarios de Margaret a David Miller.

-¡Cassandra! -exclamó nada más verla- ¡Qué alegría! Lamento lo de tu padre. Era un buen hombre. Un auténtico erudito.

-Sí, gracias.

-¿Buscas algún libro? -preguntó Simons, mirando de reojo hacia el acompañante de Cassandra, la cual no dudó en satisfacer la curiosidad del librero y pasó a realizar las presentaciones.

-Sir Philip está buscando un libro que ha pertenecido a su familia durante muchas generaciones -dijo luego Cassandra mientras Simons los guiaba a la trastienda para que pudieran hablar más a gusto-. Es un devocionario firmado por la Reina Isabel.

-Con tres joyas en el lomo y perlas en la portada-añadió Philip.

-¡Sí, ojalá tuviera yo ese libro! -exclamó Simons-. A ver... Samuel Arrington podría saber su paradero. O si no, en la tienda de Cohn.

Abandonaron la tienda con las direcciones de otros tres libreros, pero ninguno de ellos había oído hablar siquiera del devocionario. Cassandra regresó a casa de los Neville deprimida y se acostó de inmediato.

Al día siguiente, mientras esperaba en el salón para salir en busca del libro, el mayordomo le comunicó que Sir Philip quería verla en su despacho.

-El señor Staley está con él -añadió.

Cassandra corrió al despacho de Philip, el cual esbozó una sonrisa que la hizo concebir ilusiones.

-Señorita Verrere, Staley tiene buenas noticias -dijo Philip con formalidad.

-Encontré un libro de contabilidad de hace veinte años. En él aparece una transacción de unos caballos por varios objetos valiosos, entre los que se encontraba un libro con joyas, según la anotación que hizo mi padre -arrancó Staley-. Se lo vendió a un librero llamado Harrington Jones. Su tienda sigue en funcionamiento.

Philip prometió recompensar a su administrador por la eficiencia de su gestión, y, acto seguido, salió con Cassandra a la caza del libro.

-¿En qué puedo ayudarles? -los recibió un dependiente de la librería nada más verlos entrar.

-Estamos buscando un libro que mi padre le vendió al señor Jones, hace veinte años. ¿Podríamos verlo? Soy Sir Philip Neville -dijo éste.

-Por supuesto. En seguida le anuncio su visita -contestó el dependiente.

Los condujo hasta un despacho y les pidió que esperaran fuera mientras él entraba para hablar con el señor Jones. Segundos después, un hombre mayor salió, se presentó como Harrington Jones y los invitó a pasar.

-Siéntese, por favor -le dijo a Cassandra mientras le ofrecía la única silla del despacho-. ¿En qué puedo ayudarles? -añadió, dirigiéndose a Sir Philip.

Éste le describió de nuevo el libro que buscaban, le prometió una recompensa generosa si les proporcionaba información sobre el devocionario y, tras unos minutos de negociación, el señor Jones se decidió a hablar.

-No recuerdo cuándo compré el libro, pero sí que se lo vendí hace unos años a uno de mis mejores clientes -arrancó Harrington-. Le advierto que no querrá desprenderse de él. Es un gran coleccionista y tiene mucho dinero. Se llama Ernest Bigby. Si quieren, puedo darles su dirección.

-Por favor.

Salieron dela tienda a los pocos minutos, después de satisfacer la cantidad que habían acordado a cambio de la información.

-¡Philip!, ¡Ya casi lo tenemos! -exclamó Cassandra-. ¿Crees que lograremos convencerlo para que nos venda el libro?

-Por lo menos, seguro que podremos echarle un vistazo. Me consta que a los coleccionistas les gusta presumir de sus joyas. Y cuando se descuide, intentaremos quitarle el mapa... si es que sigue ahí.

-Tiene que estar -afirmó Cassandra con fe-. No es posible que nos hayamos tomado tantas molestias para que el mapa se haya perdido.

Regresaron a casa, donde Philip escribió una nota a Ernest Bigby, comunicándole su interés por recuperar el devocionario. Después de ordenarle a un criado que la enviase, sólo quedaba esperar, así que cuando Joanna propuso ir de compras, Cassandra aceptó, pensando que así se distraería.

Lo que no imaginó, en cambio, fue que Philip decidiese unirse a ellas.

-¿Por qué vienes con nosotras? -espetó Cassandra mientras su prima se cambiaba de ropa para salir.

-Por desagradable que le resulte mi presencia, señorita Verrere -replicó él con frialdad-, le recuerdo que alguien intentó hacerle daño hace unos días. Sé que usted me considera culpable de su secuestro, pero dado que yo sé que no lo soy, también sé que su agresor está fuera y que no pienso permitir que salga de esta casa sin mi ¿Está claro?

-Cristalino -respondió Cassandra. Me parece que me duele la cabeza. Creo que al final no acompañaré a Joanna -añadió.

Luego se fue a su habitación y se puso a mirar por la ventana. ¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas entre ellos? Alegó encontrarse mal y no salió en todo el día, ni siquiera para asistir a la ópera, tal como había planeado el resto.

Se puso el camisón y se acostó, pero no logró dormirse ni cuando oyó a tía Ardis y a Joanna regresar de la ópera. No podía conciliar el sueño pensando que Philip había pasado la velada junto a su prima, en vez de con ella.

Los ojos le arrasaron de agua. Se dijo que era una locura amar a alguien del que desconfiaba... y, de pronto, lo comprendió.

Comprendió que tenía razones para desconfiar de Philip,. Pero que en el fondo de su corazón jamás lo había creído capaz de hacerle daño. De haberlo creído, no habría accedido a ir con él a Londres, con la exigua protección de su tía y su prima.

Cassandra se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por el dormitorio. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que, a pesar de lo que le dictara la lógica, en realidad nunca había sospechado de él?

Soltó un sollozo, mezcla de alivio, arrepentimiento y amor, abrió la puerta y salió corriendo hacia la habitación de Philip. Entró sin detenerse siquiera a llamar y lo encontró preparándose para acostarse, con la camisa desabotonada.

-¿Te pasa algo Cassandra? -preguntó él, tan sorprendido como preocupado por

tan intempestiva irrupción.

-Yo... no sé cómo decir esto. Tengo miedo de que me odies, pero ... he venido a pedirte disculpas -dijo Cassandra, con los ojos aún húmedos de lágrimas-. Siento haberme equivocado. Sé que había razones para sospechar que eras tú quien me había secuestrado; pero esta noche he escuchado a mi corazón y he comprendido que tú jamás intentarías hacerme daño.

-Por supuesto que no -Philip dio un paso hacia ella y abrió los brazos-. ¡Cassandra!

Ésta se fundió contra su pecho y sellaron la reconciliación con un beso fogoso. En esta ocasión fue ella quien tomó la iniciativa de desnudarlo y empujarlo hacia la cama hasta tirarlo sobre el colchón. Luego se quitó el camisón, se colocó a horcajadas sobre Philip y fue lamiéndole el pecho, acariciándole el abdomen y los muslos, el centro de su masculinidad, hasta situarse encima de él y bajar para consumar la unión. Cassandra gimió de placer y se movió con lentitud hasta que la pasión la descontroló y la obligó a acelerar más y más. Finalmente una explosión de placer los mandó a un vacío oscuro de sensaciones inefables.

Permanecieron juntos mucho tiempo, callados pero expresando todo lo importante con caricias, hasta que Philip le recordó que debía regresar a su habitación, no fueran a descubrirlos.

Cassandra se vistió y, después de que él comprobase que no había nadie, salieron al pasillo y la acompañó hasta su dormitorio. Le abrió la puerta galantemente...y vieron a un hombre registrando la cómoda de Cassandra.

Capítulo 19

Cassandra dio un grito mientras el hombre lanzaba un objeto que golpeó a Philip en la cabeza. Éste quedó aturdido unos segundos, lo justo para que el ladrón saltara por la ventana hacia un árbol y de ahí hasta el suelo.

-¡Maldita sea!, ¡ni que fuera un mono! -maldijo Philip, frustrado.

Acto seguido apareció tía Ardis, seguida de Joanna, alarmadas las dos por el estruendo.

-¿Qué ha pasado? -preguntó tía Ardis mientras miraba horrorizada el caos que reinaba en la habitación de Cassandra.

-Alguien ha intentado robar -contestó Philip.

-Si Cassandra no tiene nada de valor. El ladrón debe de haberse equivocado de habitación. Seguro que quería robar nuestras joyas -dijo Joanna-. ¡Ay! ¡Sólo de pensarlo me desmayo! ¡Ayúdame Philip!

-Lo mejor será que pases el resto de la noche en la habitación de tu tía -sugirió él, dirigiéndose a Cassandra, haciendo caso omiso de los fingimientos de Joanna.

Tía Ardis apartó la vista de los cajones que había desparramados pro el suelo y reparó en que Philip estaba en la habitación de Cassandra sin una bata siquiera

-¿Qué hace en el dormitorio de mi sobrina, Sir Philip? -preguntó con el ceño fruncido.

-No pasa nada, tía Ardis -contestó Cassandra-. Me oyó gritar cuando descubrí

que se había colado un ladrón.

-Yo sí que vine en cuanto gritaste. Pero él ya estaba aquí -insistió tía Ardis.

-No se preocupe, señora.

-¡Cómo que no me preocupe! -exclamó tía Ardis teatralmente-. Si la gente se enterara de esto, sería la ruina de Cassandra.

-Pero no tiene por qué enterarse, ¿verdad? -replicó Philip-. Además la reputación de su sobrina está a salvo. Me voy a casar con ella.

-¡Qué! -exclamó Cassandra, tan asombrada como su tía.

-Sir... Sir Philip, le aseguro que no es necesario -balbuceó ésta-. Al fin y al cabo nadie tiene por qué enterarse.

-Estoy convencido de que no se lo dirán a nadie -convino Philip-. Aún así, la señorita Verrere es mi prometida.

-¡Eso es ridículo! -protestó tía Ardis.

-A mí también me ha sorprendido que Cassandra me haya aceptado. Es evidente que no me la merezco -contestó él.

-Pero... -Joanna apenas podía articular palabra-. ¿Y qué pasa conmigo?

-Por supuesto, Joanna -respondió Cassandra con dulzura -. Serás mi dama de honor.

-¡Si no tiene un centavo! -prosiguió tía Ardis, desesperada.

-No necesito una mujer adinerada -repuso Philip-. Estoy seguro de que la hará muy feliz saber que el amor de su sobrina es tesoro suficiente para mí.

Cassandra tuvo que taparse la boca para no soltar una carcajada.

-¡No puedes! -le gritó Joanna a su prima-. ¡NO puedes casarte con él! ¡No puedes casarte... antes que yo!

La idea le resultaba tan insoportable que salió corriendo de la habitación, seguida por su madre, que tampoco podía creerse la escena que acababa de presenciar.

Cassandra encendió la luz de la habitación y vio la cabeza de Philip. Tenía un golpe en la frente y le caía un hilo de sangre por un lado.

-Tranquila, no es nada -dijo él al ver la expresión de preocupación de Cassandra-. Lo que importa es el mapa. Seguro que era lo que estaba buscando.

Cassandra se dirigió al armario y fue corriendo perchas hasta dar con un vestido concreto. Metió la mano en el bolsillo, sacó el mapa, se lo enseñó a Philip y volvió a guardarlo.

-No es el primer sitio donde uno buscaría un mapa, ¿no crees? -comentó ella mientras llenaba una palangana con agua para limpiar la herida de Philip-. ¿Llegaste a verlo?

-No - lamentó él-. Aunque sigo apostando a que el ladrón es David Miller... O el librero de tu padre.

-El señor Simons es demasiado gordo para escapar con tanta agilidad por la ventana -repuso Cassandra.

-En cualquier caso, me alegra que no estuvieras aquí cuando el ladrón entró -dijo Philip-. Tienes que prometerme que a partir de ahora cerrarás el pestillo de la

ventana. Puede que estemos prometidos, pero resultaría demasiado escandaloso que acampase en tu habitación todas las noches para asegurarme de que estás a salvo.

-Philip... tenemos que hablar de eso. Te agradezco que intentes protegerme, pero tía Ardis no dirá nada -dijo Cassandra-. Y si mi reputación está a salvo, no tienes por qué casarte conmigo.

-¿Pretendes usarme y luego abandonarme? -replicó él, fingiéndose indignado-. Si no te preocupa tu reputación, piensa al menos en la mía.

Cassandra contuvo las ganas de pegarle una bofetada para que se tomara la conversación en serio de una vez por todas. Porque, aunque no había nada que desease más que convertirse en la mujer de Philip, se negaba a que éste se casase con ella porque se sintiera obligado a hacerlo.

Sin embargo, tenía la sensación de que no podría razonar con él en esos momentos.

-Anda, vete a la cama -le dijo finalmente.

-Excelente idea. Espero que tú hagas lo mismo -Philip se acercó a la ventana y echó el pestillo-. ¿Seguro que no quieres dormir con tu tía y tu prima esta noche?

-¿Estás loco? Aquí sólo tengo que enfrentarme a un ladrón. Si duermo con ellas, es posible que entre las dos me asesinen.

Philip rió y salió de la habitación después de darle un beso prolongado que la dejó sin respiración. Cassandra recogió el dormitorio, se metió en la cama y pronto se quedó dormida... soñando con campanas y velos de boda.

-¡No puedo creerme que me hayas hecho esto! -exclamó tía Ardis, la cual llevaba diez minutos seguidos echándole la bronca a Cassandra.

-¿Y qué te hecho exactamente? -respondió ésta.

-¡Me has robado a Sir Philip1 -terció Joanna.

-¿Robártelo? Joanna, hablas como si Sir Philip fuese un mueble o algo así. No te pertenece. Es más, no soporta estar contigo. Cualquiera con un mínimo de inteligencia se habría dado cuenta de ello. ¿Es que no ves que hace todo lo posible por esquivarte? -contestó Cassandra ante la estupefacción de su prima y su tía-. Sir Philip me ha pedido que me case con él y eso es justo lo que voy a hacer. No hay nada que podáis decir ni hacer para evitarlo. Lo mejor es que no os enfadéis mucho, o no recibiréis ninguna invitación más a Haverly House. Ahora estaréis relacionadas con Lady Neville, lo cual implica participar en fiestas con solteros de alcurnia. Si tenéis un poco de cerebro, aprovecharéis esta oportunidad en vez de lamentaros por la pérdida de alguien que en ningún momento habéis tenido.

-¡Bravo, cariño! -intervino de pronto, Sir Philip-. Y ahora, si me disculpan, tengo que hablar con mi futura esposa -añadió dirigiéndose a las Moulton.

Philip le ofreció un brazo a Cassandra y ésta lo acompañó hasta su despacho.

-Perdona por la escena -se disculpó ella-. No suelo ser tan...

-¡Qué lástima! Ha sido muy entretenido -bromeó Philip. Luego, ya en el despacho, sacó una hoja del despacho-. El señor Bigby ha respondido. Se niega a vendernos el

devocionario... pero nos invita a que lo veamos esta misma tarde.

-¡Philip! -exclamó ella, entusiasmada-. Ya está, yo lo distraeré hablando de libros antiguos mientras tú examinas el libro. Seguro que...

-Cassandra -la interrumpió Philip con suavidad-, este libro ha pasado por muchas manos desde que Margaret escondió allí el mapa. Es posible que lo hayan encontrado hace años o que simplemente se haya perdido. Espero que aún podamos recuperarlo, pero no quisiera que te llevaras un disgusto muy grande si al final no conseguimos dar con él.

-No lo llevaré -le prometió Cassandra sinceramente. De pronto, empezaba a descubrir que su amor hacia Philip restaba importancia a cualquier otra cosa.

Horas después, el señor Bigby los recibió en el salón de su mansión.

-¡Sir Philip! -exclamó mientras le estrechaba la mano. A pesar de su fortuna, era evidente que se sentía impresionado ante la presencia de un barón-. Es un honor conocerlo. ¡Y la señorita Verrere! Una vez leí un artículo de su padre. Un hombre muy sabio.

Philip y Cassandra lo saludaron con la misma cortesía y, superadas las formalidades, Bigby condujo a sus invitados a la biblioteca, tan grande casi como la de Haverly House.

-Éstos son mis libros de más valor -comentó, apuntando a unas vitrinas que estaban cerradas con llave.

Bigby abrió la vitrina central y de la segunda estantería, sacó un libro pequeño y antiguo, forrado en piel, con perlas en la portada y tres joyas en el lomo. Luego se lo ofreció a Cassandra, la cual lo tomó entre sus manos con veneración.

-¡Es precioso! -exclamó, olvidándose por un momento del mapa. Los cantos de las páginas eran dorados y el devocionario estaba dedicado a Sir Everard, firmado por la Reina Isabel. Lo hojeó por encima y luego se lo dejó a Philip- ¿Verdad que es maravilloso?

Éste asintió y tomó el devocionario con tanta reverencia como Cassandra, la cual alejó al señor Bigby de Philip, con el pretexto de que le enseñara el resto de sus libros.

-Si alguna vez decide venderlo, no deje de hacérmelo saber, por favor -le dijo Philip al dueño al cabo de un buen rato.

-Por supuesto. Aunque no creo que llegue ese día -Bigby acarició el devocionario y lo devolvió a la estantería de su vitrina.

Cassandra miró a Philip, tratando de descubrir por su expresión si había encontrado el mapa, pero no sacó ninguna conclusión.

-¿Y bien? -le preguntó con ansiedad media hora después, cuando se hubieron despedido del señor Bigby.

-Bueno... meré hasta la última de sus páginas y no encontré nada.

-Oh -dijo Cassandra, desilusionada.

-Pero logré meter los dedos entre el forro y el canto del libro y encontré esto -Philip sacó un trozo de papel, doblado numerosas veces.

-¿El mapa? -Cassandra dejó de respirar un par de segundos.

Capítulo 20

Examinaron el papel mientras regresaban en el carruaje. Era evidente que la letra era la de Margaret, pero las indicaciones tenían tan poco sentido como la otra mitad del mapa.

-Quizá cuando juntemos los dos encontremos alguna relación -dijo Cassandra.

Pero al llegar a casa, tía Ardis les anunció que tenían visita. A pesar de la impaciencia de ambos, se dirigieron al salón, donde encontraron a un hombre sentado junto a Joanna.

-¡Mira!, ¡Tu primo de Boston! -exclamó ésta mientras él se ponía en pie, sonriente.

-Qué sorpresa... -acertó a decir Cassandra.

-¿Este es Miller? -quiso saber Philip.

-A su servicio -respondió él.

-¿No había vuelto a Estados Unidos? -le preguntó Cassandra después de realizar las presentaciones.

-Al final tuve que posponer el viaje de vuelta, por culpa de un retraso en una mercancía que quería llevar -explicó Miller-. Pero espero marcharme la semana que viene.

-¿Y qué ha hecho todo este tiempo? -preguntó Philip-. ¿No ha salido de Londres?

-No mucho, salvo cuando me acerqué a ver a los Verrere -respondió David Miller-. La verdad es que ya no sabía qué hacer para entretenerme. Por eso, cuando me acerqué a la librería del señor Simons y me dijo que estaba usted en Londres, me llevé una gran alegría.

-Si, estaba deseando verte -terció Joanna, tratando de poner celoso a Philip para que rompiese con Cassandra-. Cuando le dije que habías salido a ver unos libros a casa de ese Bigby, insistió en esperar a que volvieras.

Charlaron durante un rato, pero Cassandra no lograba concentrarse en la conversación, pues estaba deseando examinar los mapas y, además, trataba de determinar si David tenía la misma altura y constitución que el ladrón de la noche anterior.

Cuando por fin, se despidieron de él, Cassandra corrió a su dormitorio, sacó la copia que había hecho de la primera mitad del mapa y bajó al despacho de Philip.

-No tiene sentido -murmuró éste después de estudiar ambas partes durante varios minutos.

-No... -Cassandra se quedó pensativa-. Me pregunto por qué habría usado un papel diferente. El que encontramos en Chesilworth era de buena calidad, mientras que éste parece como si fuera a rasgarse en cualquier momento.

-Para poder doblarlo mejor en el lomo del libro -respondió Philip con pragmatismo.

-Es posible -Cassandra se quedó pensativa. De pronto, el corazón empezó a

palpitarle con fuerza-. ¡Dios!

-¿Qué?, ¿Se te ha ocurrido algo?

-No estoy segura, pero este papel tan fino es... como el que puse para calcar la primera mitad del mapa.

Cassandra agarró la segunda mitad y la colocó con nerviosismo sobre la copia de la otra. Los símbolos y los nombres se transparentaron y, de repente, todo encajó: la palabra riachuelo, de la segunda mita, apareció junto a Littlejohn; espesura cayó junto a árboles, el dibujo de un campanario coincidió con Saint Swithin; a no muchos metros de una carretera, junto al dibujo de una cabaña, salía una flecha bajo la que podía leerse quince pasos en dirección a un muro. Y al otro lado del muro aparecía la palabra dote.

-¡Conozco ese sitio, Cassandra! -exclamó Philip, eufórico-. ¡El tesoro en nuestro!

Al día siguiente partieron hacia Haverly House. Tía Ardis rezongó al enterarse de que regresaban tan apresuradamente, pero apenas protestó, pues se había tomado muy en serio la amenaza de Cassandra sobre la posibilidad de perder contacto con los Neville.

Ya habían terminado de colocar el equipaje, estaban a punto de marcharse cuando llamaron a la puerta con vehemencia.

-¡Sir Philip!, ¡no pienso tolerarlo! -exclamó el señor Bigby después de que el mayordomo le abriera.

-Parece usted disgustado -dijo Neville-. Quizá debamos entrar en mi despacho.

-¡Hablaré aquí y ahora! -bramó Bigby, encolerizado-. ¡Jamás pensé que podría hacer algo así!, ¡el devocionario de la Reina ha desaparecido!

-¿Y cree que se lo he robado? -contestó Philip sin perder la serenidad.

-¿Quién si no? -repuso el coleccionista-. Como no accedí a vendérselo, decidió quitármelo sin que me diera cuenta.

-Le prometo que Sir Philip no le ha robado el devocionario -terció Cassandra-. A nosotros también nos ha visitado un ladrón en tres ocasiones últimamente: aquí, en mi casa, y en la casa de los Neville en las afueras.

-Creemos que andaba detrás de ese libro y sospecho quién es el culpable. Le aseguro que si lo detenemos y recuperamos el devocionario de la Reina se lo devolveremos en seguida -añadió Philip.

-¿Estás investigando a David? -preguntó entonces Cassandra.

-Desde esta mañana -contestó Philip-. Te recuerdo que cuando vino ayer a visitarnos, la señorita Moulton le había contado que habíamos ido a casa del señor Bigby a ver unos libros -añadió, dirigiéndose también a éste, ya mucho más calmado.

Tía Ardis y Joanna se negaron a creer que el señor Miller pudiera ser el ladrón. Por otra parte, no se explicaban cómo era posible que alguien se interesara tanto por un libro. En cualquier caso, Philip y Cassandra lograron apaciguar al señor Bigby y pudieron salir de Londres poco después, sin apenas retraso.

El viaje a Haverly House fue mucho menos aburrido que el de ida. Philip se

resignó a soportar a tía Ardis y a Joanna con el fin de estar cerca de Cassandra, para la cual resultaba una exquisita tortura estar tan pegada a él y tener que mantener las normas.

Cuando llegaron a casa, todos salieron a recibirlos.

-No esperaba que volvieseis tan pronto -comentó Lady Violet-. Precisamente le estaba diciendo a la señorita Yorke que tardaríais un par de semanas en regresar todavía. Me has hecho que quede como una mentirosa, hijo.

-Hola, mamá, abuela. Parece que hemos terminado antes de lo que esperábamos, sí -Philip las saludó, les dio un beso en sendas mejillas y se dirigió a Sarah -¿Cómo está, señorita Yorke?

-Perfectamente, Sir Philip. Igual que los niños. Ahora, si me disculpan, debo volver con ellos. Seguro que querrá hablar con su familia.

-No, espere -la retuvo él-. Usted es casi de la familia y tengo que anunciar una cosa. Será más fácil hacerlo de una vez.

Cassandra se quedó pálida. Sabía que debería haber hablado antes con Philip para convencerlo de que no tenía obligación de casarse con ella.

-Mamá, abuela -luego, miró al resto de los presentes-. Le he pedido a la señorita Verrere que sea mi esposa y me ha dado su consentimiento.

Sobrevino un tenso silencio. Cassandra deseó que la tierra se la tragara.

-¡Hijo, llevaba años esperando este momento! -exclamó finalmente Violet-. No sabes lo feliz que me haces.

-¡Lo sabía! ¡Lo sabía! -Georgette corrió abrazar a su hermano-. ¿Por qué habéis tardado tanto? Dos días después de que llegarais le dije a Olivia que nunca te había visto tan colado por una chica.

El resto de la familia los rodeó para darles la enhorabuena y hasta Lady Neville le ofreció una mejilla a Cassandra y le dijo que su nieto tenía un gusto excelente.

-Pero... creí que estaría en contra -balbuceó ésta.

-¿Por qué? Los Verrere sois una familia noble. Eres la hermana de lord Chesilworth. Me parece un matrimonio muy apropiado.

-¡Y lo mejor de todo es que ahora tengo a una hermana y dos hermanos más! -exclamó Georgette.

-Señorita Verrere, le deseo lo mejor -dijo Sarah, tendiéndole la mano.

Estaba sonriendo, pero Cassandra notó una veta de tristeza.

-Espero que seamos buenas amigas ahora que voy a vivir aquí -le dijo ésta con sinceridad.

-Parece que todo ha ido bastante bien ¿no te parece? -le susurró Philip más adelante, cuando por fin lograron quedarse a solas.

-Philip, yo no quiero obligarte. Sé que lo dijiste para hacer callar a mi tía.

-¿Obligarme? -la interrumpió él-. Tenía intención de casarme contigo desde que decidí ir contigo al mirador aquella noche.

-Pero yo fui por propia voluntad. No pretendía aprovecharme...

-Ya lo sé -aseguró Philip-. ¿Es que no quieres casarte conmigo? -añadió, frunciendo el ceño.

-Sí, claro que sí.

-Perfecto -Philip le dio un beso en la frente-. Una cosa, cariño, no dejes que mi madre ponga una fecha de boda lejana. Quiero que nos casemos cuanto antes.

Cassandra lo miró a los ojos y sintió un fogonazo entre las piernas. Puede que hiciera mal permitiendo que Philip se casara con ella, a sabiendas de que no la amaba; pero no fue capaz de oponerse. Se casaría con él, con la esperanza de que Philip no se arrepintiese nunca y acabase aprendiendo a amarla.

Al día siguiente, salieron con los cuatro pequeños, mapa en mano, en busca de la dote. Llevaban una carretilla con palas para excavar y ropa adecuada para trabajar.

-Ahí está el arroyo Littlejohn -dijo Philip, apuntando a un punto en el horizonte.

Una vez cubierta la distancia, localizada también la carretera que aparecía en el mapa, trataron de encontrar el resto de las referencias que habían de llevarlos hasta el tesoro; pero no lograron hallar los árboles ni la cabaña, ni el muro uqe Margaret había indicado.

-Puede que alguien talara los árboles, y que en algún momento tiraran la cabaña y el muro -comentó Cassandra-. ¿Por qué no nos separamos y tratamos de buscar alguna señal que nos oriente?

Todos estuvieron de acuerdo y empezaron a desandar los pasos que había dado. Sin embargo, no consiguieron localizar ningún rastro que les fuera de utilidad.

-¿Por qué no hacemos una pausa y nos comemos lo que Henri ha preparado? -propuso entonces Cassandra.

Philip convino en que era una buena idea y todos se sentaron juntos bajo un grupo de árboles. Después, se recostaron contra los troncos de los árboles a descansar. Los gemelos hasta se durmieron un rato.

Luego siguieron buscando, con ánimos renovados, pero no vieron recompensados sus esfuerzos.

-Nunca lo encontraremos, ¿verdad? -preguntó Crispin, desolado.

-Seguiremos intentándolo -le prometió Philip-. Cassandra y yo volveremos esta noche. Y mañana iré a hablar con Jack Everson. Tanto él como su padre vivieron junto al arroyo varios años. Veré si se acuerdan de alguna cabaña.

-Pero si no se acuerdan, no podremos encontrar el tesoro -insistió Crispin.

-No veo cómo -reconoció Philip.

Cassandra estaba sentada frente al espejo de su coqueta, cepillándose el pelo. Estaba exhausta por el largo día de expedición, pero el agotamiento mental era peor. Tanto ella como su padre llevaban años detrás de la dote española, y desde que el año anterior habían conseguido los diarios, Cassandra se había concentrado en encontrar el tesoro, para sanear la economía de la familia y dar una satisfacción, aunque póstuma, a su padre y a Margaret Verrere.

Y ahora, a pesar de haber encontrado las dos partes del mapa, parecía que el tesoro seguiría perdido para siempre.

Cassandra sintió que los ojos se le poblaban de lágrimas. Sabía que ya no tendrían que vivir en casa de tía Ardis, pero seguirían a expensas de la caridad de Philip, al que no podrían pedirle que se gastara lo que hacía falta para reformar Chesilworth.

De pronto, notó que unos labios de terciopelo rozaban la nuca.

-Philip -dijo ella, de súbito sonriendo-. ¿cómo has entrado?

-Lo normal: por la puerta -contestó él-. ¿Estás triste? -añadió, al reparar en la expresión de su mirada.

-Un poco -reconoció Cassandra.

-Procura no preocuparte. Haremos lo posible por encontrar el tesoro. Y si no lo conseguimos, no te quepa duda de que me ocuparé de proporcionar una buena dote para Olivia, los chicos irán a Eton, haré que Chesilworth recobre su antiguo esplendor.

-Eres muy amable -dijo Cassandra, conmovida-. Pero no quiero que mi familia sea una carga para ti.

-No lo es. Y a partir de ahora sólo quiero que te preocupes por los preparativos de nuestra boda.

-Tu madre quiere una boda por todo lo alto -Cassandra sonrió.

-Lo sé. Y le he dicho que será tan grande como quiera, con tal de que se celebre en un plazo máximo de un mes.

-¡Un mes! ¡Apenas habrá tiempo para enviar las invitaciones! -objetó Cassandra, a pesar de lo ansiosa que estaba por convertirse en la mujer de Philip-. Además...

-No te esfuerces -la interrumpió él-. Créeme, mi madre ya ha esgrimido todos los argumentos posibles. Dijo que una boda antes de seis meses daría lugar a todo tipo de rumores, pero la convencí cuando respondí que haría más rumores si acababas teniendo un bebé a los tres meses de casarnos.

-¿De verdad dijiste eso?

-Sí -contestó Philip mientras le masajeaba los hombros-. Porque es absolutamente imposible que espere seis meses para volver a tenerte en mi cama. Eres tan guapa... No puedo dejar de pensar en ti. Te miro y te imagino desnuda -susurró mientras le acariciaba los pechos, mirándola a los ojos a través del espejo. Siguió acariciándola hasta que se le endurecieron los pezones.

Cassandra se levantó, se apretó contar él y fueron besándose y desnudándose hasta llegar a la cama. Hicieron el amor con ternura al principio, con más y más ardor con el paso de los minutos, hasta que no pudieron esperar más y Philip la penetró y culminaron aquel clímax de placer.

Philip cayó sobre el colchón y una deliciosa pereza los adormiló. Horas más tarde Philip abrió los ojos, estrechó a Cassandra entre sus brazos y, de pronto, se incorporó.

-¡Ya lo tengo! -exclamó-. ¡Cassandra, ya lo comprendo!

Capítulo 21

-¿Qué?, ¿De qué estás hablando?

-Sé por qué no pudimos encontrar el tesoro. ¡Es por los pantanos! Los desaguaron después de que Margaret saliese de Inglaterra y eso tuvo que cambiar el paisaje por completo -contestó Philip, fuera ya de la cama-. Seguro que en la biblioteca encontramos algún libro con mapas de los alrededores anteriores y posteriores al desagüe de los pantanos.

SE vistieron, encendieron una vela y caminaron con sigilo hasta la biblioteca. Cassandra recordaba haber visto un libro sobre recuerdos del siglo diecisiete, pero carecía de ilustraciones. Siguieron buscando durante horas, hasta que entraron los primero s rayos de la aurora.

-¡Mira! -exclamó de pronto Cassandra-. ¡El fin de los pantanos! ¡Y tiene tres mapas de la zona! -añadió, excitada.

-Sí. Uno de Saint Swithin, otro de la carretera... -dijo Philip mientras los examinaban-. ¡Y un tercero de un pantano! Aquí es donde hemos estado hoy. La carretera que hemos visto tuvieron que hacerla después de que desaguaran los pantanos. No es a la que Margaret se refería.

-¿Crees que la antigua carretera todavía existe? -preguntó Cassandra con cautela.

-Estará cubierta de césped, pero quizá podamos dar con ella y nos lleve hasta la cabaña y el muro -Philip sonrió-. ¿Lo intentamos?

-¿Ahora?

-Ya hay luz afuera.

-De acuerdo, voy a por un sombrero y bajo -decidió Cassandra-. ¿Despertamos a los chicos?

-No, no quisiera que se desilusionaran si no encontramos nada.

Minutos después, emprendieron la búsqueda nuevamente. Y en esta ocasión, cuando llegaron al campanario, no siguieron la carretera del día anterior, sino que avanzaron de acuerdo con las indicaciones de los tres nuevos mapas.

-¿Crees que es esta carretera? -preguntó Cassandra cuando, al cabo de un rato, hallaron un sendero estrecho.

Coincide con el mapa. Y el arroyo está más cerca de la carretera de ayer.

El sendero se interrumpía de vez en cuando, pero si seguían su prolongación imaginariamente, siempre volvía a aparecer.

-¡La espesura de árboles! -exclamó Cassandra de repente-. ¡Lo vamos a conseguir!

Entonces trataron de dar con la ubicación de la cabaña. Aunque hacía a tiempo que había desaparecido y la pasaron de largo en un primer momento, terminaron encontrando los restos: un grupo de rocas que formaban un rectángulo mal definido, cubiertas por hierbas y matojos.

Cassandra y Philip se miraron a los ojos. Tenían miedo de ilusionarse para no encontrar luego el tesoro, pero estaban tan cerca de conseguirlo que resultaba imposible no concebir esperanzas.

Philip se colocó en una esquina de la cabaña, de la que creía que salía la flecha del

mapa de Margaret, y avanzó quince pasos. No había restos del muro por ninguna parte, de modo que empezó a excavar sin más consideraciones; pero no sacó nada más que tierra. Fue desplazándose hacia un lado, hasta que el sol coronó el centro del cielo, y entonces se puso a excavar en la otra dirección.

Al cabo de unos minutos, la pala golpeó contra un objeto duro. Corrieron a agacharse a apartaron tierra y matojos con las manos, hasta ver una caja metálica redonda. Tiraron de ella con fuerza y, cuando por fin la sacaron, se sentaron en el suelo y se quedaron mirándola fijamente.

-Adelante -le dijo Philip al cabo-. Después de todo, es tu tesoro.

Cassandra respiró profundo y abrió la tapa de la caja, repleta de bolsitas y torres de monedas. Philip miró una de las bolsas, en la que encontró diversos zafiros, rubíes y una esmeralda. En el fondo, desperdigadas, había numerosas monedas de oro.

-Parece que Lord Chesilworth no tendrá problemas de dinero a partir de ahora -comentó Philip-. ¿No vas a desenvolver la estatua? -añadió, apuntando hacia un objeto sólido, cubierto con un paño de terciopelo.

Cassandra agarró la estatua con sumo cuidado y, al desenvolverla, descubrió un gran leopardo de oro macizo, con un collar de rubíes y una esmeralda en cada ojo.

-¡Qué maravilla! -dijo de pronto una voz.

-¡Señor Simons! -exclamó Cassandra tras girarse. No podía creerse que el librero de su padre estuviese apuntándolos con una escopeta.

-¿Eras tú? -preguntó Philip-. ¿Todo este tiempo?

-En efecto. En cuanto el señor Miller me vendió los diarios vi que podría sacarles mucho jugo. Y sabía que la señorita Verrere acabaría encontrando el tesoro -contestó Simons-. Al principio estaba demasiado ansioso y contraté a alguien para que encontraran los mapas directamente; pero comprendí que era inútil. Lo mejor era dejaros trabajar y que después os siguieran para robároslos. Me vino muy bien que me consultarais por el devocionario, aunque me llevé una gran desilusión cuando vi que allí no había ningún mapa dentro. Comprendí que os habíais adelantado, así que no me ha quedado más remedio que montar guardia en Haverly House y vigilaros -explicó el librero.

-¿David Miller era tu socio?

-¿Ese pobre ingenuo? -Simons rió con desprecio-. ¡No, por Dios! Jamás pensaría algo así.

-Sabía que no era él -le dijo Cassandra a Philip en tono triunfal.

-Y también sabías que no era el señor Simons.

-Vamos, vamos. No discutáis -terció éste-. Y ahora, señorita Verrere, haga el favor de darme esa preciosa estatua. Le recuerdo que los estoy apuntando con una escopeta, Sir Philip, así que no haga ninguna tontería.

Cassandra se levantó despacio y echó a andar hacia el librero con el leopardo de oro macizo en los brazos. De pronto, fingió tropezarse, la estatua cayó al suelo e, instintivamente, el señor Simons bajó la escopeta. Philip, que había esperado alguna maniobra similar de Cassandra, aprovechó para agarrarle el arma y arrebatársela. Una

vez hubo reducido al librero, lo registró y encontró el devocionario de la Reina.

-Esto de parte del señor Bigby -dijo Philip, justo antes de darle un puñetazo en la mandíbula.

Lo llevaron a Haverly House, Philip delante, con la caja del tesoro, y Cassandra unos pasos por detrás del señor Simons, apuntándolo con la escopeta.

Ya en casa, le entregaron el arma a uno de los mozos y le pidieron que se llevara al señor Simons a la Policía. Hecho lo cual, fueron a buscan a los niños, que se quedaron boquiabiertos al ver tan sucios y despeinados a Cassandra y a Philip.

Éste se acercó a Crispin con solemnidad y abrió la caja en la que se encontraba el leopardo y las bolsas con las monedas y las joyas.

-Lord Chesilworth... la dote española.

Pasaron el resto del día de celebración, contando una y otra vez la historia del señor Simons y soñando con lo que los gemelos y Olivia harían con el dinero. Fiel a su palabra, Philip quiso cederles todo el tesoro a los Verrere.

-Margaret quería que lo compartieran las dos familias -objetó Cassandra.

-Margaret quería unir a las dos familias -repuso él-. Y las uniremos con nuestro matrimonio. El dinero no es necesario.

-Eres un hombre muy generoso -dijo Cassandra, sonriente.

-Pero seré un marido exigente -contestó Philip, para darle un beso en los labios que no dejó lugar a dudas sobre el sentido de sus palabras.

Cassandra no podía negar el placer y la excitación que le producía el deseo que despertaba en Philip, pero lamentaba que ese deseo no estuviese sustentado por un amor profundo, pues la pasión podría morir y tenía miedo de lo que pudiera suceder entonces.

Pero no era lo único que la preocupaba. Después de la euforia inicial, tras guardar el tesoro, Cassandra empezó a reflexionar sobre los hechos que habían acontecido en los días pasados, y no podía dejar de pensar que no tenía sentido que el señor Simons la hubiera secuestrado.

Estaba tan escamada, que al día siguiente, antes de que se lo llevaran a la cárcel, fue a la policía para hablar con el librero de su padre.

-Señorita Verrere, me alegro de verla -la saludó él nada más verla llegar-. Comprenderá que nunca quise hacerle daño. Reconozco que me cegó la codicia. Espero que algún día pueda perdonarme.

-Yo también lo espero, pero tardaré un tiempo en hacerlo -contestó Cassandra con frialdad-. Si es verdad que no quería hacerme daño, ¿por qué me encerró en el molino de viento?

-¿Qué? Me temo que no sé de qué me está hablando -el señor Simons la miró realmente desconcertado-. ¿Cómo puede pensar que yo le haría algo así?

-¿Quién si no? -le presionó Cassandra.

Sin embargo, la cara de asombro del librero terminó convenciéndola de que éste no había tenido nada que ver con el secuestro. Mientras regresaba a Haverly House,

decidió que tampoco podían haber sido tía Ardis ni Joanna, pues, por muy codiciosas que fuesen no las consideraba tan malvadas.

Estaba ya en el jardín de la casa cuando se encontró con Sarah Yorke.

-¡Señorita Verrere! -la saludó aquélla alegremente-. Precisamente venía a buscarla. ¿Le apetece dar un paseo?

-Por supuesto -contestó Cassandra, aunque en el fondo habría preferido descansar un rato-. ¿Quería hablarme de algo?

-No... nada en especial. Sólo quería... que charláramos un rato.

-¿La puedo ayudar en algo? -se ofreció Cassandra al advertir que Sarah no se atrevía a mirarla a la cara y parecía muy nerviosa.

-¡Ayudarme!, ¿Cómo puede decir eso¿ -explotó ésta-. ¡Ya es demasiado tarde!

De pronto, Cassandra consiguió encajar todas las piezas del rompecabezas.

-¡Santo cielo!, ¡Fuiste tú la que me encerró en le molino!

-¡Sí!, ¡fui yo! -gritó ella al tiempo que sacaba una pistola del bolso.

-Señorita Yorke, haga el favor de bajar el arma -dijo Cassandra con calma-. No le contaré a nadie que fue usted. Estoy segura de que se arrepiente.

-¡Sigue andando! -ordenó Sarah, apuntando a un grupo de árboles que había junto a un pozo.

-De acuerdo -obedeció Cassandra sin perder los nervios.

-al principio creía que era en la señorita Moulton en quien estaba interesado Sir Philip -espetó Sarah, reconcomida por los celos-. Pensé que si la empujaba al lago se asustaría y volvería a su casa; pero ella lo aprovechó para pedirle auxilio.

Cassandra siguió andando, alejándose cada vez más de Haverly House, amenazada por la pistola de Sarah.

-Pero luego me di cuenta de que no podía interesarse por una mujer tan estúpida -prosiguió la señorita Yorke-. Era evidente que la esquivaba y que pasaba todo el tiempo contigo...¡Y ahora ibais a casaros!

-Librándose de mí no conseguirá a Sir Philip -contestó Cassandra.

-¡Claro que lo conseguiré! Al final se dará cuenta de que nadie puede quererlo más que yo. Y él me eligió para dirigir Silverwood. Sé que en el fondo, me quiere -dijo Sarah-. Parecerá un accidente, nadie sospechará de mí. Vamos, acércate al pozo.

-Sarah, esto no va a funcionar -trató de razonar Cassandra-. El poco está tapado y me llega por encima de la cintura. Nadie creerá que es un accidente.

-Sí lo creerán -insistió la señorita Yorke con obstinación-. Quita la tapa.

-No.

-¡Quita la tapa o disparo!

-Adelante, pero te aseguro que si me disparas, sí que no parecerá un accidente. Philip no parará hasta descubrir quién ha asesinado a la mujer a la que amaba, a la mujer con la que iba a casarse -contestó Cassandra, tratando de ponerla nerviosa, para que cometiese algún fallo-. Cuando descubra que fuiste tú la que me mató, te odiará y te despreciará para siempre.

Sarah levantó la pistola para golpear a Cassandra en la cabeza, pero ésta se

abalanzó sobre la señorita Yorke, la tiró al suelo y empezaron a forcejear. Consiguió que se le cayera la pistola al suelo, pero Sarah era más fuerte que ella, se puso encima de Cassandra y empezó a apretarle el cuello. No podía respirar, estaba a punto de morir estrangulada y, de pronto... Philip le pegó un puñetazo a Sarah en la cabeza y cayó al suelo.

Luego, al ver que Cassandra no se movía, la levantó en brazos y trató de espabilarla.

-¡Por favor, no te mueras! ¡Amor mío!, ¡no puedes abandonarme! -le suplicó Philip. Cassandra oyó el llanto contenido de su voz y logró abrir los ojos-. ¿Estás... estás bien? -añadió Philip, temblando.

-Creo que sí -susurró ella.

-¡Gracias a Dios! -Philip la abrazó con todas sus fuerzas-. Estaba muerto de miedo. Te vi hablando con Sarah en el jardín y supongo que noté algo extraño. Así que me quedé mirándoos. Cuando te apuntó con la pistola, corrí todo lo que pude hasta alcanzaros... ¿Por qué te ha atacado?

-Porque está enamorada de ti -contestó Cassandra.

-Pero... Nunca pensé... -balbuceó Philip atónico-. ¿Y pensó que si tú no...? Tu eres la única mujer a la que quiero. La única a la que jamás querré.

-¿De verdad? -preguntó Cassandra, tan pletórica de felicidad que pensó que se le saldría el corazón por el pecho-. ¿De verdad me amas?

-¡Pues claro! ¿por qué si no, te iba a pedir que te casaras conmigo?

-Porque tía Ardis te sorprendió en una situación comprometedora.

-Eso da igual -aseguró Philip-. Yo ya te amaba cuando fuimos al mirador. Si no, no te habría hecho el amor.

-¡Philip! -Cassandra le rodeó el cuello-. ¡Te quiero!

-Ya era hora de que lo dijeras -repuso él, sonriente-. Empezaba a pensar que tendría que esperar hasta que nos casáramos.

-Te prometo que yo no tendrás que esperar más a oírlo -le dijo Cassandra, labio contra labio-. De hecho, pienso decírtelo diez veces al día por lo menos. Te quiero, te quiero, te quiero -repitió, marcando las palabras con sendos besos.

Philip rió y la estrechó entre los brazos. Cassandra suspiró contenta y se fundió contra él. Y se dio cuenta de que había encontrado el verdadero tesoro que había estado buscando.

Epílogo

-Ha quedado precioso -dijo Cassandra, sonriente, contemplando maravillada la fachada de Chesilworth.

Philip había insistido en ocuparse de la restauración de la vieja mansión, como regalo de bodas a Cassandra. Ahora, año y medio más tarde, las obras habían terminado. Habían cambiado el tejado, las cañerías, la fontanería, el alicatado, las chimeneas, habían modernizado la cocina...

Y habían contratado a un equipo de jardineros, vigilados por el viejo y leal

Chumley, de modo que también el parque estaba más bello y florido que nunca.

-Muchas gracias -dijo Cassandra.

-No es nada. Seguro que será agradable pasar una temporada al año aquí.

Era otro de talle de Philip, el cual no quería que Cassandra y sus hermanos se desligaran por completo del sitio en el que habían crecido y vivido hasta entonces.

-Está precioso. Jamás imaginé que podría quedar tan bonito -comentó Joanna, sentada al otro lado de la mesa que los reunía.

Ella también estaba preciosa. Anthony Gordon, su prometido, no podía quitarle la vista de encima. Era un hombre tan rico como aburrido, pero parecía embobado con Joanna.

-En seguida supe que era perfecto para ella -le había comentado Philip a Cassandra en una ocasión-. No es muy inteligente, le gusta la belleza y, lo mejor de todo, vive en Escocia, así que no tendremos el gusto de recibir visitas de tu prima muy a menudo.

Era la boda de Joanna lo que había reunido a todos en Chesilworth, a excepción de Lady Neville, que había pretextado ser muy mayor a fin de poder quedarse en Haverly House.

Cassandra miró a los gemelos. Al menos habían crecido cinco centímetros en el último año. Y al siguiente se irían a Eton a estudiar. Luego se fijó en Georgette y Olivia, que estaban sentadas sobre una sábana, jugando con el bebé que Philip y Cassandra habían tenido cinco meses antes.

Las dos chicas se habían hecho muy amigas y, dado lo bellas que eran, no tendrían ningún problema en conseguir el marido que se propusieran.

-¿Le apetece dar un paseo conmigo, Lady Neville? -le preguntó Philip.

-Un placer, Sir Philip -aceptó Cassandra, sonriente -. ¿Sabes algo de la señorita Yorke? -le preguntó mientras caminaban por el jardín.

-La señorita Emmings dice que va mucho mejor.

Incapaces de mandarla a la cárcel, Philip la había enviado a un centro donde una mujer firme y amable se ocupaba de atender a diversas personas con trastornos mentales.

Con la ayuda de la señorita Emmings, Sarah se había ido recuperando y, aunque seguía diciendo que era la esposa secreta de Sir Philip Neville, no había vuelto a tener comportamientos violentos.

-¿Sabes? -Philip alzó una mano de Cassandra y la besó-. Soy el hombre más feliz del mundo desde que te conozco.

-Sí, gracias a mí te has visto perseguido y amenazado por ladrones, tienes un montón de niños que cuidar y has hecho una obra de año y medio a Chesilworth.

-Y me he divertido como nunca buscando mapas, descubriendo un tesoro, jugando con los niños, ocupado en un proyecto entretenidísimo, cuidando de un bebé que tiene una sonrisa angelical...y sobre todo, con la esposa más bella e inteligente del mundo. Una verdadera ganga -replicó Philip-. Lo malo es que no hay forma de que nos quedemos a solas... ¿Por qué no vamos al nuevo laberinto? -sugirió en tono pícaro.

-Te advierto que no sé la salida. Podríamos quedarnos atrapados durante horas, sin que nadie nos encontrara.

-Eso es justo lo que más deseo -repuso él, sonriente.

Cassandra rió y se levantó el borde la falda.

-¿A qué esperamos entonces?

Y echaron a correr hacia el laberinto.

Candace Camp - El tesoro perdido (Harlequín by Mariquiña)